



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

CAMPUS IZTACALA

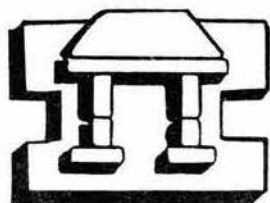
PO 1473/97
E.3

ASPECTOS SOCIOCULTURALES EN LA
CONFORMACION SENTIMENTAL DE LA
MUJER

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A N :
ECHAVARRI NOVOA ROBERTO ANDRES
MIRANDA NAVA RAFAEL ALEJANDRO

LIC. SERGIO LOPEZ RAMOS
MTRA. OLIVA LOPEZ SANCHEZ
LIC. JOSE VELASCO GARCIA



IZTACALA

MEXICO, D. F.

1997

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TS'UI
(La Reunión)

"El lazo de unión de la naturaleza es el cielo, así como el lazo de unión entre los hombres son los ancestros.

Una vez que uno conoce tales fuerzas, se le aclaran todas las circunstancias"

I CHING.

Enumerar, enlistar, distinguir, es, en último término, lo menos próximo a la conciencia global que implica reconocer en los otros lo propio y lo de otros en uno mismo: dar cuenta de la obscura simbiosis donde el producto de la mano del hombre se intoxica de manera inevitable por lo que le rodea.

Decir gracias a la luz de un esfuerzo concluido es reconocerse a sí mismo como un centro: centro vulnerable donde todo ha confluído; en él, las miradas, las caricias se encuentran, las palabras reverberan en ecos interminables -universo que es informe sobre caricias-.

Agradecer es, entonces, reconocer también al otro que habla su lenguaje y que vive en nuestra memoria, memoria escrita (Süskind, Flaubert, Brecht, Goethe, Cortázar), memoria musical (Aute, Sabina, Silvio, Stevens), o memoria hablada (la de parientes, amigos, la de todos los días); es seguir el curso de una voluntad centrípeta, del centro hacia afuera, devolviendo sólo en parte el regalo que insustituiblemente (insufriblemente también) se ha hecho propio, pero cuya génesis es colectiva.

Convergencia de lo íntimo y lo público: círculo inconcluso, arista que pone en un grito lo conocido, incógnita lanzada al futuro en donde el otro (ellas) me habitan, y de ninguna manera dejan de estar habitadas por mí.

Historia inventada, cómplices del tiempo y el afecto.

Rafael Miranda.

Primavera de 1997.

A Justine, a Marylin, a Jimena,
a la Mata-Hari, a la Magdalena,
a Fátima y a Salomé.

A las flores de un día
que no duraban, que no dolían;
que te besaban, que se perdían...

A la mujer que me brindó
la libertad suficiente para
poder desarrollar un criterio
amplio y propio, y a no temer
a llamarle a las cosas por su
nombre...

A Hugo, quien desde años atrás
sugiriera la idea de este fascinante
tema de estudio.

A los cuatro muchachos de Liverpool,
a sus Satánicas Majestades, a Bob Dylan,
Joan Baez, Bruce Springsteen, Billy Joel,
Jimbo y los Doors, los Traveling Wilburys;
a Luis Eduardo Aute, Silvio Rodríguez,
Chico Buarque, Caetano Velosso,
Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina,
Víctor Manuel, Ana Belén, Pablo Milanés,
Miguel Ríos, Charly García y Fito Paez,
quienes me ayudaron a conformar una idea de la mujer
más apegada a la realidad y a la fantasía.

A Woody Allen, quien nos muestra
tan crudamente la condición humana
que indudablemente involucra
el contexto de la mujer.

Roberto Andrés Echávarri Novoa.

INDICE

	Pág.
RESUMEN	1
INTRODUCCION	2
 CAPITULO I	
RELACION MADRE-HIJA EN LA CONFORMACION DE SENTIMIENTOS	14
1.1 Sistema familiar	14
1.2 La madre como deidad parental	32
1.3 Independencia emocional	48
 CAPITULO II	
IMPORTANCIA DE LA AUTOOPERCEPCION EN LA CONFORMACION SENTIMENTAL DE LA MUJER	62
2.1 Influencia de la cultura en la autovaloración femenina	62
2.2 El refrendo familiar ante actitudes impuestas como femeninas	82
2.3 Concepción de lo sexual en la mujer	100
 CAPITULO III	
CONCEPCION DE AMOR Y DEPENDENCIA EMOCIONAL	130
3.1 La mujer y su concepto de amor	130
3.2 Perspectivas psicológicas y el ciclo del amor	145
3.3 Amor maternal y amor erótico	160
3.4 Dependencia del amor	175

CONCLUSIONES	198
BIBLIOGRAFIA	207

RESUMEN

Este trabajo aborda la forma en que elementos socioculturales intervienen en el proceso de estructuración de los individuos en la esfera de los sentimientos. Las manifestaciones de los sentimientos aun cuando conllevan rasgos propios de la cultura y contexto del que surgen, poseen rasgos estructurales comunes que, de manera general entre culturas, lleva a la configuración de una identidad masculina o femenina. El análisis se centra en el proceso vivido específicamente en la mujer y la finalidad es aportar elementos de entendimiento a su condición actual.

La disposición de los capítulos corresponde al de un análisis interdisciplinario en donde la antropología, la sociología y la psicología analizan por separado diferentes instancias con miras a crear una visión complementada y precisa de la estructuración sentimental en la mujer.

Las conclusiones reflejan, por un lado, el impacto sobre el quehacer de la psicología respecto a la forma en que la mujer se concibe y se aborda desde la teoría y la práctica, y por otro, reflejo de lo amplio del tema, múltiples incógnitas que se abren a la reflexión y que han de llevar a futuros estudios que aporten nuevos datos en la investigación del tema.

INTRODUCCION

Este trabajo aborda la forma en que algunos elementos socioculturales intervienen en el proceso de estructuración de los individuos en la esfera de los sentimientos. Tal estructuración determina de manera importante actitudes, comportamientos y creencias en las formas de relacionarse tanto hombres como mujeres. Las manifestaciones de los sentimientos si bien conllevan rasgos propios de la cultura y contexto del cual surgen, poseen rasgos estructurales comunes entre culturas y géneros que de manera comparativa más allá de pertenecer a México o no, lleva a similitudes en la estructuración de una identidad ya sea masculina o femenina. El interés de llevar a cabo un análisis de esta índole específicamente sobre la mujer y sobre un tema además poco común responde, sobre todo, a interrogantes propias de los autores que se derivan desde un ámbito cotidiano hasta un serio planteamiento profesional en donde la única meta (la más general incluso) fue la de encontrar elementos que permitieran entender la condición actual de la mujer a partir de su historia sentimental-afectiva (y nos referimos no sólo a la historia individual sino también a la colectiva generacional). Elegimos los sentimientos porque creemos que a nivel de conformación o estructuración de individuos, son un elemento que bien podríamos decir que universalmente nos

constituye como seres humanos. A esta aseveración es apenas conveniente aclarar que no hablamos de la significación, trascendencia o incluso la "fuerza" con que se revisten los sentimientos desde su óptica histórica y social en diferentes culturas, sino que de una y otra forma, aún cuando lo llamemos distinto, los sentimientos son la interpretación sensible del mundo y la naturaleza expresado en signos, acciones, filosofías producto del hombre. (1) Reflejo de esto es el trabajo, tan variado y tan extenso, de filósofos, poetas, músicos y demás que sobre esto escriben, que pocos profundizan, pero que siempre habla del ser humano. El amor, junto con el sexo y el erotismo (incluso en Freud), han adquirido a lo largo del tiempo el carácter de espacios de configuración y representación del individuo histórica y socialmente; es la llama doble de paz, la "sustancia" de Spinoza, la "cristalización" de Stendhal, el "elixir" de Wagner y sus similares que, junto a una libido (freudiana o no) entendida como energía creadora orienta al individuo a una forma de concebir el mundo, de vivirlo y sufrirlo. Pero dado que esta experiencia conformadora de lo humano se vive distinta en hombre y mujer -por razones que

(1) Puede consultarse *¿Qué es una emoción?*, de Calhoun, Ch. y Solomon. R., México, FCE, 1989, en donde se hace una revisión de los conceptos que definen una emoción y un sentimiento pasando por diferentes campos del conocimiento, como la filosofía, en autores clásicos como Aristóteles, Descartes y más tarde Sartre, hasta su punto de encuentro con la psicología con autores como William James o el mismo Freud. El amplio espectro de disciplinas que se avocan al asunto de los sentimientos no es sino un reflejo de la incógnita que se cierne sobre todo ser humano acerca de aquello que también es o lo constituye: sus sentimientos.

veremos más adelante-, es que creamos el espacio a la discusión del carácter un tanto ontológico (sin que llegue a serlo realmente) de la relación mujer-sentimientos y la posible sobrevaloración que nuestra cultura ha dado a estas dos instancias no necesariamente similares ni mucho menos sinónimas.

Mucho se ha escrito sobre la mujer y numerosos son los campos de estudio que le dedican un espacio en sus investigaciones, tal es el caso de la antropología, la sociología y la psicología, entre otras, que abordan temas concernientes al aspecto personal, laboral, sentimental, económico, político, etcétera. De tal suerte que a últimas fechas la mujer y el universo de implicaciones que sobre ésta gira, ha cobrado la importancia que hasta hace años no tenía, y que brinda la posibilidad de aportar respuestas urgentes a interrogantes de siempre.

Desde hace tiempo, con muy diferentes criterios, con diversos enfoques y desde ángulos muy variados, la apreciación que se tiene sobre la mujer y su manera de ser se han ido transformando, de manera que, desde un punto de vista formal, mucho de lo que de ella se aborda tiene que ver con lo que hasta la fecha se podría adscribir como dos expresiones fundamentales de femineidad: aquella que es de tipo genital y la otra de tipo maternal.(2) Estas dos series

(2) Ver, por ejemplo, French, M., *La guerra contra las mujeres*, Barcelona, Plaza & Janés, 1993.

de expresiones pueden encontrarse ausentes, asociadas u operando alternativa y antagónicamente. De esa manera la máscara seductora de la madre buena se vuelve persecutoria y mala más que por culpa por defensa y negación adaptativa al mundo masculino, del cual es un producto mitificado y deformado.(3) Las ideas, las formas, las expresiones, el modelo de comportamiento que ha sido expuesto por la cultura masculina en función de lo que debe ser lo femenino como dulce, suave, trabajadora fiel, madre amorosa, esposa abnegada o, de otro modo, satanizada e inventada como traidora, simuladora, ambiciosa, explotadora y manipuladora, conforma dos versiones maniqueas donde la mujer jamás aparece como un ser humano, sino como el objeto y la creación de la ideología masculina (ya desde este punto es observable que la cuestión femenina no deja de lado o "excluye" al hombre, al contrario, ambos se deben uno al otro planos de conformación).

Esta última idea, la de crear una aproximación al tema de la mujer sin dejar de lado la participación recíproca que encuentra ésta con el hombre y la de incluirlo -con sus particularidades-, dentro de la misma problemática de conformación como sujeto fue de gran interés en el desarrollo de este trabajo, ya que supone romper con la

(3) La literatara a este respecto es muy amplia y va desde el tratado filosófico hasta los de interpretación psicológica. Ver, Gamero, A., *Antología del feminismo*, México, Alianza, 1989; y la bibliografía de esta tesis en autores como Beauvoir, Careaga, Levi-Strauss, por ejemplo.

habitual tendencia a conceptualizar lo femenino como únicamente de las mujeres sin nada que ver o incluso antagónico con lo masculino o "de los hombres" y viceversa. La consideración de que ambos se afectan y por lo tanto se constituyen parte de que la ideología tanto de hombres como de mujeres no se crea y se agota en ellos mismos, sino en el contexto de una cultura donde rasgos de actitud específicos a cada uno encuentran su valor de diferenciación típica que, por supuesto es, además, histórica. De esa manera el carácter violento y fuerte en el hombre y su opuesto, la sensibilidad a flor de piel y el llanto en las mujeres no son sino las más burdas caracterizaciones de lo que constituye el mundo sentimental en hombres y mujeres tal como lo viven.(4) Los sentimientos son, en este sentido, la materia menos trabajada o considerada como importante en la formación de los individuos.

Podemos observar que a este respecto, los sentimientos están minimizados y sobreentendidos únicamente como una cuestión de comportamiento genérico (las niñas esto, los niños lo otro), pero nunca como el pilar de edificación del carácter, personalidad y desarrollo individual. En una sociedad como la nuestra, llena de mitos, tabús, prejuicios, etcétera, la situación se recrudece puesto que las ideas

(4) El trabajo de Morgan M., *La mujer total*, (Barcelona, Plaza & Janés, 1982), no es sino un claro ejemplo de los extremos a los que se llega en la tipificación del mundo masculino y el femenino donde, por supuesto, no se contemplan ni por equivocación opciones de cambio.

típicas sobre la educación de los niños no concede ningún espacio para la observación y retroalimentación de vínculos sentimentales, más aún, los supuestos avances en educación contemplan casi siempre el desarrollo "intelectual" (y eso cuando llega a darse), pero omite por completo el enriquecimiento de ese espacio que consideramos más humano.

Los sentimientos tal como los entendemos son la pauta a una forma de conceptualizar el mundo, entenderlo y convivir con él con respeto a uno mismo y al entorno, lo cual, al margen del mundo en que vivimos, permanece todavía como una cuestión meramente utópica, puesto que los hechos actuales nos muestran una carencia de valores humanos que evidencian lo disfuncional que resulta la conformación sentimental de los individuos en general.

El interés de atender esta conformación específicamente en la mujer parte de que en el orden social existente, la balanza de equilibrio social, económico, político, etcétera, ha favorecido únicamente al sexo masculino y esto a lo largo de la historia no se ha modificado de manera sustancial hasta los últimos treinta años. Con todo esto, sin embargo, cabe señalar que si bien este tipo de orden ha sido ideado a partir de una visión masculina no deja de lado el que la mujer ha estado coludida a ella, en mayor o menor medida, adoptando una actitud de participación pasiva. Es esta actitud la que se origina en el seno de una conformación sentimental específica, la cual se fragua desde

el elemento primario social que es la familia y posteriormente se refuerza por lo social, que contempla mecanismos de desinformación, enajenación y aculturización, que permiten que este orden de cosas se mantenga latente.

Cuando hablamos de una visión masculina del mundo es claro que no dejamos de lado el hecho, por demás importante, de que incluso el mismo hombre está sujeto a sus propias reglas y participa, al igual que la mujer, en la controversia que supone vivir los roles que les toca desempeñar y lo que realmente desean hacer. En este sentido y dado que cualquier tipo de "revolución" tanto femenina como masculina supone la participación activa de ambas partes (dicho de otro modo, debe contemplar la evolución tanto del hombre como de la mujer), es que entendemos los movimientos feministas como un gran salto en la obtención de derechos que anteriormente no tenían -como el derecho al voto o la conquista de espacios y formas de expresión-, (5) así como el desquebrajamiento de papeles tradicionales que contemplan escenarios de participación únicos para la mujer (como el cambio de la casa a la oficina, por ejemplo); al mismo tiempo no podemos olvidar que al dejar de lado la participación del hombre y centrarse solamente en la mujer, esto representó para muchos una lucha y una revancha contra el hombre, lo cual, a su vez, condujo a grandes confusiones con respecto al propio concepto de mujer que dejó de

(5) Ver, por ejemplo, Franco J., *Las conspiradoras*, México, FCE, 1994.

ubicarse sólo en la esfera de la vida privada (tradicional) y empezó a desenvolverse cada vez más en el de la vida pública (la oficina, la política, etcétera).

En México gran parte de los movimientos feministas cuyo eje principal toma como centro de atención la mujer y su lucha (cualquiera que fuere), se han dejado influir en gran medida por la oposición/revancha entre hombre y mujer que acabamos de señalar. Gran parte de la literatura e investigaciones que se han llevado a cabo tienen que ver con la perspectiva de la víctima y aunque es bien cierto que en el orden social existente tenemos ejemplos patentes de agresión y negación de lo femenino, es claro que mucho de ese tipo de material más que generar una conciencia de lo que es ser mujer (o lo que podría ser), alza su voz en un reproche social que nunca acaba de terminar y que con mayor facilidad brinda la pauta a una abierta guerra de sexos. Entender que el problema de la mujer también atañe al hombre y viceversa, es entender que no existirá una real liberación de la mujer mientras no exista también una "liberación" del hombre.

La disposición de los capítulos en este trabajo, corresponde al de un análisis interdisciplinario en donde la antropología, la sociología y la psicología encuentran su espacio de expresión oportuna permitiendo analizar por separado diferentes instancias -propias a cada campo de estudio-, y en conjunto dar una visión complementada y

precisa de la estructuración de sentimientos en la mujer. También de esa manera aunque no abordamos directamente las características de la conformación sentimental específica en el hombre, es claro que este mismo atraviesa por un proceso similar al que se describe par ala mujer aunque evidentemente con significantes distintos. La mujer en este sentido se observa a la luz de instancias más allá de ella que crean las condiciones de desarrollo donde poco a poco se van determinando patrones sentimentales claros que por supuesto orientan su mundo: su trabajo, sus proyectos, sus relaciones, su vida sexual, de familia, etcétera. ;

De lo anterior la disposición de los capítulos es como sigue: partimos en el capítulo uno de un análisis primordialmente antropológico gracias a que desde esta perspectiva nos es posible "disectar" la familia cuyo estudio consideramos esencial para ahondar en la forma en que este grupo es el soporte primario de asociación y humanización de los individuos.(6) Bajo este análisis abordamos la manera en como la mujer viene a ser (de entrada), signada con un valor distinto al del hombre y alrededor de esto se brinde toda la estimulación y/o cancelación de sentimientos que moldeen a una mujer. En este punto resalta la participación de la madre como primer modelo de femineidad, así como los rasgos que distinguen la

(6) La noción de "humanización" de los individuos se lee continuamente en los trabajos de Agnes Heller (consultar bibliografía).

relación de ella con la hija de cualquier otro vínculo dentro de la familia.

La fuerza del sello que imprime la madre encuentra su espacio en el capítulo dos eminentemente de análisis sociológico, a lo largo del cual se analiza el resultado de la confrontación del ambiente familiar con lo social que genera además un concepto de sí como mujer, como parte de lo femenino y más importante, lo que se espera de ella como tal. Es en este capítulo donde se aborda la frecuente desvalorización de la mujer que por lo general le lleve a "actuar" conforme a patrones preestablecidos con miras a incrementar un sentimiento de autovalor francamente en déficit.

Como los sentimientos estructurados en el ambiente familiar bajo el ojo socializador de la madre después son catalizados por el ordenador social generando un concepto particular de amor es el centro de atención en el capítulo tres. En este, los sentimientos amorosos corresponden a una noción o concepto de amor que para nosotros tiene importancia fundamental dilucidar en este trabajo ya que si bien no pretendemos reducir toda la posible gama de sentimientos a un sólo grupo, son sobre todo los de este tipo (los "sentimientos amorosos"), los que en el imaginario social de la cultura mexicana -pero en general en casi todas las culturas occidentales-, circunscriben a la mujer al mundo de lo sensible versus razón/racional anidando de

manera profunda en la psicología de individuos y de relaciones que la mujer estructura. En este punto el análisis retoma lo trabajado en los capítulos precedentes enfatizando sobre todo el aspecto psicológico constituyendo así una pequeña cosmogonía alrededor de los sentimientos de la mujer. Resalta en este capítulo la sobrevaloración que la educación de la mujer cierra sobre la manifestación de los afectos de modo tal que podría decirse, sin temor a mentir, que el amor llega a ser el sentimiento guía alrededor del cual las mujeres constituyen la historia de sus vidas y que justifica, en muchos casos, el inútil intento de dar consecución a metas fantásticas e irreales. La manera en que incluso llega a ser importante el amor para muchas mujeres se refleja en lo que llamamos "dependencia de amor", lo cual supone, a nivel psicológico, la develación de una trascendente fuente de alteraciones y disfunciones clínicas que, en muchos casos, son moneda corriente en consultorios, cursos, historias de vida, hogares, divorcios, etcétera.

Por último se brindan las conclusiones de lo expuesto a lo largo del análisis, en donde intentamos dar una visión global de lo trabajado, así como recalcar la trascendencia que una adecuada conformación de sentimientos podría implicar en diferentes niveles: a un nivel micro o de individuo, la posibilidad de fijar actitudes reales, con metas también reales, más allá de la ficción que suponen individuos carentes de un sentido de valor propio y

autenticidad y, por otro, a nivel macro, el de crear, finalmente, con los elementos aportados en este trabajo, espacios de reflexión y cuestionamiento que abran la puerta a futuras investigaciones que permitan acceder a la posibilidad de transformación y desarrollo de los individuos -más allá de rótulos genéricos-, haciendo factible conceptualizar el problema no como masculino o femenino, sino humano, de ambos.

"Internarse en una realidad o en un modo posible de una realidad, y sentir cómo aquello que en una primera instancia parecía el absurdo más desaforado, llega a valer, a articularse, con otras formas absurdas o no, hasta que del tejido divergente (con relación al dibujo estereotipado de cada día) surge y se define un dibujo coherente que sólo por comparación temerosa con aquél parecerá insensato o delirante o incomprensible".

Nota de Morelli, en Rayuela.

CAPITULO I

RELACION MADRE-HIJA EN LA CONFORMACION DE SENTIMIENTOS

1.1 Sistema familiar

Resulta peligroso el empeño de reducir la historia a un esquema; la historia de las mutuas situaciones del hombre y de la mujer, no acepta ningún intento de esquematización debido a la multiplicidad de sus aspectos. No obstante es posible descubrir ciertas constantes en esta historia. Simone de Beauvoir señala una de estas constantes cuando afirma e intenta demostrar con argumentos convincentes que jamás ha habido un predominio de la mujer y el patriarcado no ha sido fortuito, sino el fruto de una revolución violenta. (7)

(7) Beauvoir, S., *El segundo sexo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 220.

Desde el comienzo de la historia de la humanidad las prerrogativas biológicas del hombre le han permitido imponer su primacía decisiva. También Levi Strauss opina que en las comunidades primitivas la autoridad estaba exclusivamente en manos del hombre; la mujer por el contrario, no tuvo nunca una "edad de oro", sin embargo, no hubo probablemente ciertos periodos en que la diferencia entre el hombre y la mujer no se expresó mediante una relación de fuerza. (8) El hombre primitivo estaba dedicado completamente a la lucha contra el ambiente circundante, mientras que la mujer gracias a su fecundidad, se equiparaba a la fuerza de la naturaleza o a la madre tierra, lo cual le confería cierta dignidad. En confirmación con tales ideas la imagen de la Divinidad era representada con una semblanza femenina, pero semejante halo de autoridad la aisló del hombre e impidió una verdadera colaboración con él; ella pertenecía a un mundo distinto, situación que se ha prolongado hasta nuestros días. Luego el hombre abandonó su condición nómada y la tribu y la familia empezaron a asumir caracteres con los que se fue desarrollando la familia occidental tradicional; el hombre conquistó ciertas propiedades defendiéndolas luego en beneficio de su propia tribu y familia, pero todo esto tuvo lugar a costa de la mujer. La humanización de la familia, que vino a continuación, no logró superar estas características fundamentalmente

(8) Levi-Strauss, C., *Las estructuras elementales del parentesco*, México, Paidós-Artemisa, 1985.

inhumanas.

Primeramente, para poder explicarnos los procesos de construcción de los sentimientos en las mujeres, debemos partir de la estructura bajo la cual se forja cualquier individuo, siendo esta estructura la familia. Las clasificaciones de la familia se han hecho en base a los siguientes componentes: el padre, la madre y los hijos. A esta familia se denomina "conyugal" o "nuclear", siendo esta básicamente la relación social formada por un hombre y una mujer cuyas funciones primordiales son: la relación sexualmente aprobada, la procreación y la socialización de la especie, la solidaridad y la protección, el sostenimiento económico y la transición cultural. Ralph Linton ha dicho que:

"Es indudable que el tipo conyugal de familia, como unidad funcional, fue el primero en la historia humana, el primero que se integró en las estructuras sociales. La relación consanguínea es, desde luego, tan antigua como la relación sexual y la reproducción, pero su reconocimiento y especialmente su utilización como criterio para delimitar la pertenencia de grupos sociales organizados, funcionales, deben haber exigido un grado considerable de refinamiento, de civilización. Incluso en los sistemas sociales actuales que atribuyen la máxima importancia a la familia consanguínea, esta unidad tiene un carácter hasta cierto punto artificial. (9)

Es por esta transmisión de la cultura que hacemos hincapié en el carácter histórico de las reglas o fundamentos bajo los cuales esta agrupación de personas ha

(9) Linton, R., citado en: Fromm, Horkheimer, Pisons, *La familia*, Barcelona, Peninsular, 1980, pp. 8-9.

venido manteniéndose a lo largo del tiempo y de las que depende en última instancia la relación que entre individuos se establece.

Así encontramos que la familia como tal no siempre ha existido, sino que subsisten en todo caso diferentes formas de reproducción doméstica.

En el trabajo de Engels, *El origen de la familia*, (10) se expone cómo es que el origen de la familia parte inicialmente de las formas en que los individuos se organizan de acuerdo a los medios de producción y que paralelo a esto también se estructura el desarrollo de la familia. Deja ver, inducido por los trascendentes trabajos de Morgan, (11) que rescatan toda una base prehistórica de organización de la humanidad, aquello que constituye a un grupo y le otorga un lugar como tal y que no es otra cosa más que lo que él mismo dio en llamar "sistemas de parentesco y formas de familia".

Son estas formas de parentesco las que dictan el tipo de unión entre los individuos siendo generalmente más fuerte la que tiene que ver con alguna vía de consanguinidad:

Los apelativos de padre, hijo, hermano, hermana, no son simples títulos honoríficos, sino que por el contrario, traen consigo serios deberes recíprocos perfectamente definidos y cuyo conjunto forma una parte esencial del

(10) Engels, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, México, Quinto Sol, 1987, p. 147.

(11) *Ibid*, p. 15.

régimen social... (12)

Así, la familia como grupo constituye una entidad social donde las formas de organización pueden variar, pero donde los sistemas de parentesco se mantienen a pesar de los cambios que en la familia se estructuren.

La familia (...) es el elemento activo; nunca permanece estacionada, sino que pasa de una forma inferior a una forma superior a medida que la sociedad evoluciona de un grado más bajo a otro más alto. Los sistemas de parentesco, por el contrario son pasivos; sólo después de largos intervalos registran los progresos hechos por la familia y no sufren una modificación radical sino cuando se ha modificado radicalmente la familia. (12)

Con este enfoque es claro que no es la familia sólo como grupo la que representa interés, puesto que en todo caso bien podría hacerse referencia a cualquier otro grupo humano, sino en todo caso que dada la cualidad cambiante que posee este grupo en particular, de manera que al no romper con los sistemas de parentesco y al contrario apoyarse en ellos para avalarlo y justificarlo, ha venido a funcionar desde hace mucho tiempo, como el principal esquema de reproducción doméstica.

La familia mexicana tiene connotaciones muy específicas y particulares en comparación con la de otras culturas, y no debemos dudar que existen ahí pautas de comportamiento muy significativas y asimilables para todos los integrantes de ésta; partiendo desde un marco teórico psico-social debemos atender que dentro del proceso social e histórico la cultura

(12) *Ibid*, p. 26.

mexicana encierra innumerables enigmas, muchas veces velados por la falta de autocrítica, pero precisamente para poder entender esta clase de comportamientos resulta fundamental el explicar la estructura familiar, cuna de los individuos. En términos generales, todos los investigadores sociales, incluyendo desde luego a los psicólogos, han dicho que uno de los pilares básicos de la estructura social es la familia; es, además, para muchos, una institución que tendrá que sobrevivir porque es el núcleo central de la organización social.

Sin olvidar que nuestra cultura es una cultura tradicional, y que desde luego en las sociedades tradicionales como la nuestra, el núcleo primitivo de relación, es un puente resultado de la sociedad rural y la expresión de las primeras sociedades industriales, cabe decir que funcionaron hasta el siglo XIX para algunos países y en otros, como el nuestro, aún prevalecen.

Con el desarrollo de las sociedades urbanas-industriales, la familia nuclear formada por los padres y los hijos, fundada en la homogeneización, en el prestigio de la autoridad paterna y en la seguridad de esta autoridad, comienza paulatinamente a acabarse, aunque en nuestra sociedad existen evidencias de resistencia, no obstante que el matrimonio tradicional como punto de apoyo a esa organización de la estructura familiar, está dejando de funcionar. El hecho de que la mujer trabaje y sea también un

objeto erótico, ha dado como consecuencia la inestabilidad y el malestar en el matrimonio. Por otra parte, el desarrollo de las técnicas anticonceptivas y la libertad creciente de la mujer, hace innecesario el matrimonio para satisfacer las necesidades primarias sexuales de la pareja.

Estas observaciones las han hecho muchos sociólogos. Careaga nos dice al respecto que en las actuales condiciones de la vida urbana, los hombres y las mujeres adultos pueden satisfacer sus necesidades básicas aunque no exista ningún tipo de asociación familiar, conyugal o consanguínea. Ahora el matrimonio es más bien una expresión de la necesidad de intereses sociales que el comportamiento de intereses nacionales. Por otra parte, el matrimonio tampoco tiende a durar como en la antigüedad, sino que por el contrario, se puede romper legalmente con relativa facilidad a través del divorcio. En la sociedad contemporánea el matrimonio empieza a aparecer como una institución obsoleta que en lugar de crear estabilidad, origina graves crisis de personalidad y neurosis en los cónyuges.

Indudablemente que existen muy diversas situaciones y/o circunstancias para que se consume un matrimonio, pero está más que visto que las familias a través de formas sociales tradicionales o de conveniencia social no puede seguir funcionando, como tampoco el matrimonio tradicional de parejas que se conocen superficialmente y que al cabo de los años se dan cuenta de que son totalmente diferentes y no

tienen nada en común; o el que se realiza por soledad, por aburrimiento de la familia de la cual se proviene y que varios años después, simplemente no se pueden soportar; o el típico matrimonio que sostiene relaciones de odio, agresividad y violencia, pero que se soporta porque les da pánico enfrentarse a la necesidad de organizar una nueva vida.

La importancia de estas características del común de la gente y que conforman de alguna manera el sistema familiar mexicano, es que indudablemente la familia que se unió bajo cualquiera de estas circunstancias si llega a tener descendencia definitivamente marcará a esta nueva generación, y asimismo impregnará esa ideología con respecto a las relaciones sociales y familiares, ya que esto nos indica que muchas veces la solidez del matrimonio deriva muchas veces más del miedo que del amor. Esto, que indudablemente estructura concepciones sobre el amor, la vida y el matrimonio, prueba que las personas se siguen casando para encontrar seguridad y, pese a los contrastes, se divorcian por temor a la inseguridad. Cuanto más inestable e imprevisible se vuelve el mundo en que las personas se ven obligadas a vivir, más intenso se hace el deseo de "echar el ancla" y encontrar el refugio en brazos de una persona fiel, posiblemente amada. Esto ocurre especialmente en las grandes ciudades donde el hacinamiento en las calles, en los medios de transporte y en los lugares

públicos es mayor, y agudiza de este modo el nerviosismo impulsando la búsqueda de un refugio tranquilo.

Los seres humanos como los animales, necesitan tener a su alrededor un pequeño espacio que puedan llamar propio. Y por lo general, este espacio libre se encuentra solamente en casa, un casa más fortaleza que nido. (13)

Si tomamos en cuenta que desde el nacimiento de un nuevo ser dentro de una familia que tenga estas características de unión, los valores que adquirirá serán en función de esta serie de relaciones ficticias intrafamiliares, dejando una fuerte huella, independientemente del sexo. Aunque como nuestro objetivo es el estudio sobre la mujer, no debemos dejar de mencionar que la situación del hombre no es muy diferente al de ésta y que también es digna de un estudio minucioso. Así pues, si la dinámica familiar en la que se forja un nuevo ser está inmersa en esa serie de relaciones ficticias, ya que no están basadas en la comunicación o en el amor real sino en la agresión y la intolerancia, a su vez se tienen que mantener por miedo al mundo exterior. La sociedad industrial hizo que la familia tradicional sucumbiera más visiblemente en las grandes ciudades; en los últimos treinta años en la sociedad mexicana una antigua familia rural que venía operando con patrones de una sociedad tradicional, no pudo funcionar más. Y esto es más acentuado como modelo de las

(13) Altavilla, E., *Proceso a la familia*, Barcelona, Plaza & Janés, 1972, p. 112.

clases medias.

Los miembros de la familia mexicana se han modificado: los hijos quieren participar del mundo de los adultos aquí y ahora, no toleran que se les haga esperar en función de la edad y quieren ejercer sus derechos sexuales, morales y sociales. Los padres que no pueden o no quieren entender este cambio en las nuevas generaciones, provocan actitudes rebeldes y desesperadas en sus hijos.

Pero una vez que nos hemos adentrado en como se conforman las familias en este obscuro y sórdido sistema familiar es muy importante develar también cómo se forma la "familia feliz" en México. Los padres y madres siguen construyendo su ideal de matrimonio en función de ideas trasnochadas que son producto de prejuicios y mitificaciones sobre el mundo, y que en gran medida fueron adquiridas de primera instancia en el hogar del cual provienen; así, pues, la familia mexicana no sólo es una carrera para la esposa, sino también un escape para el esposo, es decir, la familia va a ser la única alternativa para romper con la antigua familia autoritaria, conflictiva, de la cual provienen y de ahí dependerá también el que se preserve o se modifique.

Por otra parte, la llamada tradición de las mujeres mexicanas de "alcanzar el matrimonio como principio y fin de su vida", (14) es aquella donde la mujer se casará para poder

(14) Careaga, G., *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México, Océano, 1974, p. 84.

seguir consumiendo y viviendo en función de otro ser, del otro: el esposo. Ya desde la primera etapa del matrimonio empieza la carrera de la mujer: han puesto casa o departamento, puede haber estudiado la preparatoria o alguna carrera universitaria pero en cuanto se casó la abandonó. Cuando aparecen los hijos se dedica en cuerpo y alma a ellos y comienza una serie de manipulaciones y chantajes en los cuales los hijos serán víctimas, temas que más adelante explicaremos.

Pero sería tendencioso e ingrato hablar así de este papel de la mujer cuando desde su nacimiento se le inculcó y para él fue educada; así vio que su hermana mayor, su tía, su propia madre, lo vivieron. Es por eso que hablamos de la importancia de conocer desenmascaradamente lo que es en realidad el sistema familiar mexicano y, de alguna manera, poder explicar su instrucción sentimental en función de una escala de valores devaluados, que encierran únicamente los valores del chantaje y la manipulación, la posesión de objetos; una manera de ser felices a través de los engranajes de la dinámica familiar disfuncional.

Cuando una niña nace, crece hasta alcanzar la edad suficiente para darse cuenta que el mundo de su madre gira alrededor de ella, sus hermanos y su padres, a quienes pudiera llamar "los reyes de la casa" y a quienes vigila, persigue y agrede e intenta educar con el pretexto de que el mundo está lleno de trampas, de vicios, de gente malvada que

los acecha; la madre va inculcándoles intereses sociales, miedos morales, patrones de conducta y que a través de toda esta situación son muy pocos los hijos que pueden plantearse en términos de libertad personal y social un nuevo estilo de vida. Por lo general sucede que la mayoría seguirá repitiendo el esquema tradicional que da mucho más seguridad y no plantea otra clase de conflictos distintos a los que conocen.

Consideramos, sin afán de ser negativos ni apoteóticos, que los padres y las madres que conforman este sistema familiar no se han dado cuenta, o no quieren darse cuenta, de que su amor vicioso y chantajista(15) no educa sino deforma, no da confianza sino inseguridad, no infunde respeto sino miedo. En resumen, en lugar de formar seres humanos con alternativas, forman personajes de telenovela, haciendo de sus vidas un melodrama personal y social.(16)

De manera muy acertada Careaga nos brinda una reflexión al respecto cuando nos dice que los hijos producto de las

(15) Cuando hablamos de estos tipos de amor, nos referimos a que la dinámica de los afectos en la familia son una repetición continua de esquemas que nadie enfrenta e intenta romper, sucediéndose de generación en generación y que esos mismos afectos están en función de que se cumplan bajo la normatividad de los padres: "si sigues llegando tarde me voy a volver a enfermar", "si no vas a misa no sales", "...ya no te voy a querer".

(16) Creemos que este tipo de sujetos generalmente son productos de la familia mexicana que en esencia, va más allá de su estructura, independiente de su tipología (nuclear, extensa, etcétera), debido a que el esquema de enseñanza tradicionalmente empleado en la gran mayoría de las familias es ésta.

familias con las características de las cuales hemos estado haciendo mención, y que son la mayoría, no son capaces de alcanzar la tragedia ni la pasión moral; su mundo es el del sentimentalismo y la cursilería, la apatía y el conformismo. (17) De tal forma que sus vidas siempre girarán en un círculo vicioso.

Tampoco podemos dejar pasar de largo dentro de este esquema, de manera somera, la situación del hombre puesto que éste también interviene e intervendrá como coautor de la mujer en la conformación de nuevas familias, lo cual no evade sus responsabilidades en la perpetuación de esquemas puesto que la situación familiar es parte de una pareja. Así, pues, es muy común que los hijos jamás podrán escapar de tal estereotipo materno, costándole un enorme esfuerzo el poder ser libre, convertirse en "adulto", (18) ser autónomo. Por eso partiendo de esa situación el esquema tendrá que repetirse, sobre todo porque como apuntaremos continuamente, las niñas serán educadas bajo esta ideología y los niños vivirán el esquema del chantaje sentimental cuando a su vez crezcan y tengan hijos.

El resultado será que desde su infancia el hombre se verá envuelto en la inseguridad y la insatisfacción, lo que le va a provocar un carácter profundamente neurótico porque

(17) Careaga, *op. cit.*, p. 87.

(18) El término adulto al que nos referimos no está en función de edad (desarrollo físico) sino en función de la madurez y de asumirse asimismo como individuo autónomo.

a través de este proceso de chantaje sentimental antes descrito y que profundizaremos mas adelante, la madre no le permitirá que tenga más seguridad emocional que la que ella le tolere, ya que las instituciones y organizaciones de afuera son agresivas y no dan seguridad emocional. Margaret Mead ha explicado que el hecho de que una madre ame intensamente a su hijo, no resuelve sus problemas existenciales.(19) Para resolvérselos tendría que moverse autónomamente; el resultado es que el niño se convierte en un adolescente inseguro con ansiedad, y posteriormente en un adulto infantil-adolescente con una gran carga de agresión, porque el mundo del niño es mucho más inseguro, porque los papeles que tiene que representar no son fáciles de aprender. La niña tiene a la mano la posibilidad de identificarse, de imitar a la madre; juega sobre todo a ejercer el papel de ama de casa: cocina, lava, cose, plancha, etcétera; en cambio el niño no tiene un modelo de comportamiento fácil de imitar porque el padre no se encuentra en la casa, y cuando se encuentra está ocupado o descansando.

Los padres comunmente están siempre preocupados por proyectar en el hijo varón una especie de masculinidad compulsiva, y tienden a convertirle una personalidad dura que elimina toda actitud sentimental o de ternura como una reacción contra la identificación femenina. Los padres se

(19) Mead, M., *El hombre y la mujer*, Buenos Aires, Fabril, 1970.

presentan además, como figuras autoritarias que exigen al hijo un modelo de comportamiento ideal; siempre están contando que ellos tuvieron que trabajar desde muy jóvenes para mantenerse, que ellos se están sacrificando para que su hijo tenga lo mejor. De este modo van comunicando estereotipos y prejuicios sobre el mundo, la sociedad, la mujer. El niño es educado bajo el signo de la competencia. El padre tenderá a proyectarle una ideología de desconfianza, de recelo, de sospecha frente al exterior, y de buscar, a como de lugar, el dinero y el éxito social. Los padres autoritarios educan a sus hijos en función del éxito, del logro personal, de la acumulación de riqueza, de conseguir dinero, de tener nombre, de cuidar las apariencias; hacen que surja en el propio mundo de la familia la competencia entre los hermanos, poniendo ejemplos: *tu hermano si es un buen estudiante, él si ha sobresalido, en cambio tú eres un vago bueno para nada ¿qué va a pasar cuando yo muera?, si no te esfuerzas en ser un buen estudiante no podrás mantenerte y hacer una familia decente.* Desde luego en función del status que tenga el padre, es decir el nivel de ingresos que tenga y el tipo de trabajo que realice, en esa medida el hijo varón será una repetición del esquema paterno (de la figura paterna) y le será más fácil escalar en la pirámide social. Obviamente dependiendo del nivel socioeconómico, se facilitará o se dificultará ingresar a círculos más altos.

Caso contrario a la hija dentro de la competencia, aun en el caso de que trabaje siempre se le exigirán menos cosas; y cuando ésta haya crecido y se haya casado, el marido no permitirá que tenga el mismo status ya que esto debilitaría su poder dentro de la familia (comunmente a la mujer se le exige cumplimiento de labores domésticas como una cuestión fija e independiente del trabajo).

Los padres de la familia mexicana siempre oscilan entre la simulación y la represión, entre la hipocresía y la mala fe. Siempre se encuentra al hombre respetuoso en su hogar, que cuida a sus hijos y ama a su esposa, pero este hecho tiene en realidad otra expresión: ese mismo padre tiene casa chica, o no está muy a gusto en su hogar y comunmente los hijos son utilizados para la relación conflictiva con su esposa. También, podría encontrarse otro tipo de padre: el desobligado pero que se encuentra arrepentido de sus errores y quiere cambiar, pero que muy difícilmente lo manifiesta como un deseo real y no una pose que le permite mantenerse en los engranajes del círculo vicioso. Esto no intenta ser una explicación, tampoco maniqueo de la familia, pero creemos que se asemeja mucho a la realidad.

Por otro lado, los padres son también extremadamente celosos, exigiendo a las mujeres a reducirse a vivir en un universo exclusivamente y excluyentemente doméstico, cerrado y monocorde, que las hace vivir alrededor de ellos y en función de los hijos. Por ello cuando los hijos empiezan a

ejercer su libertad individual, la madre recurre a todo lo imaginable para que no se salgan del seno materno.

El hecho es que siempre el hijo será culpable frente a la madre, y este hijo cuando se case volverá a repetir el esquema paterno chantajista: del padre agresivo y autoritario que nunca es auténtico; porque además los padres están muy ocupados en su carrera al éxito y al poder, o están hundidos en el caso más brutal manipulados por la mujer chantajista y abnegada, a la cual no le alcanza el gasto para vivir porque tiene que mantener a cinco hijos.

Así pues, la familia mexicana no es solamente el núcleo social que organiza las relaciones sexuales, que protege a los hijos y que da pautas de conducta, sino que también es fuente de desequilibrio psicosocial. La familia que estamos descubriendo aquí es una familia incoherente e irracional, que a veces funciona como ideología, es decir como débil apoyo para los males del exterior; de tal forma que la estructura de la familia se vuelve una ficción. Prueba de ello son los estudios de caso realizados por Careaga que demostraron que la agresividad y violencia familiar de la clase media, es muy semejante a la agresividad y violencia familiar de *Los hijos de Sánchez*, que representan al mundo proletario, por ejemplo. (20)

(20) Careaga, *op. cit.*, p. 112.

La crisis de la estructura familiar se expresa a todos niveles, por medio de relaciones físicas y morales violentas entre los padres y los hermanos, a través de chantajes sentimentales, histerias, neurosis, gritos y golpes físicos, aunque aparentemente sean muy educados. Sus perturbaciones psicosociales dentro de la familia, hacen que estallen violentamente. Estando atrapados en una moral mitológica de amor y libertad, fraternidad y confianza, en realidad viven en familias donde también impera la competencia, la agresividad, la desconfianza y la simulación. La llamada "familia feliz", ideal de la mayoría de las familias pertenecientes a cualquier nivel de escala socioeconómica, no es más que una expresión ideológica de la sociedad, porque en este tipo de familia aparece la explotación del padre a la madre, de la madre a los hijos, la competencia entre los hijos por conseguir la legitimidad, el abuso de poder de los padres hacia los hijos y la agresividad creciente de todos en una lucha sin cuartel por el poder interno. La llamada "familia feliz" únicamente es una ilusión y una mitificación sobre la realidad social.

Tal parece que los estudios sociológicos sobre la familia, (y los más honestos), demuestran explícitamente que la mayoría de las familias son una institución núcleo de neurosis, de agresiones y de verdaderas situaciones demenciales. Que en muchos casos se vive en la constante espera del milagro que modifique su forma de vida y que

además se de por generación espontánea; lo que aquí hemos intentado plasmar es no solamente nuestra apreciación muy personal del sistema familiar, sino también una reflexión acerca de la crisis familiar que está viviendo la familia en este tiempo. Y sin embargo los matrimonios siguen viviendo juntos porque les da miedo la separación, ya que en nuestra sociedad el divorcio es visto como un fracaso en la vida sentimental. El divorcio tiene su origen estructural que parte de la infidelidad y llega al encuentro de otro objeto erótico, pasando por la incompatibilidad de caracteres, la frustración constante o los conflictos sexuales; esto indiscutiblemente puede hacer mucho más daño a la propia vida de la pareja y de su descendencia que una ruptura, por lo que no podemos dejar de hacer énfasis en que será otro elemento más de influencia para los hijos en función de los valores de la familia, y que se tendrá una gran tendencia a repetirse.

1.2 *La madre como deidad parental*

La noción de maternidad

Posiblemente uno de los aspectos que mayor trascendencia ha tenido, o así se ha demostrado a lo largo de la historia de la humanidad, es aquel que intenta conceptualizar al hombre y a la mujer dentro de cierta "naturaleza" (21) que pertenecen a uno u otro, y que a su vez

(21) Naturaleza como concepto filosófico que admite varias interpretaciones donde de acuerdo con el significado de voz

establecen una orden de relación entre ambos. Hablamos de la ya antigua y todavía polémica conceptualización acerca de lo que debe entenderse como masculino o femenino; sobre todo vinculado a aquello que de algún modo le es propio a cada entidad como un universo de significaciones e implicaciones propias posibilitadoras del ejercicio social de habilidades.

Son estas naturalezas o instancias, como preferimos llamarlas, las que a largo de la historia han contribuido en la construcción de un concepto de mujer, o mejor dicho femineidad, donde el acento esencial es la relación que guarda la mujer con su cuerpo como entidad creadora, reproductora(22) que funda además una de las dos vías de parentesco y origen de la familia. Símbolos, teorías y discursos han ensalzado y glorificado esta función(23) que sin duda ha sido pilar fundamental no solo de la condición femenina histórica sino de la segmentación social de los papeles del hombre y de la mujer que en la actualidad son visibles todavía en relación a oportunidades y tipos de trabajo y en cuanto a espacios en conformación como la

latina expresa aquello destinado a ser, a nacer. En el caso del ser humano aquello que le destina un modo de ser o actuar es la participación de una cierta instancia, ya sea masculina o femenina, que lo constituyen.

(22) Véase a este respecto los primeros tres capítulos de Simón S., *El carácter de las mujeres*, Barcelona, Herder, 1969, donde la autora analiza la constitución del carácter desligándolo de concepciones fisiobiologistas en donde además se considera la cultura en tanto imágenes colectivas y modelos sociales como parámetros de relación.

(23) Que de muchas formas puede verse a este predominio del rol materno bajo la perspectiva de una riqueza o de un "handicap". Esto último sobre todo en las crecientes sociedades industriales.

familia, la oficina, el hogar, etcétera.

Es lo biológico, pues, lo que de alguna manera ha situado a la mujer en un papel de reproductora, o como dice Levi-Straus "son sujetos atravesados por el cuerpo", donde pareciera que lo únicamente significativo de ella ocurre en su interior y nunca al exterior; noción que vino a repensarse desde el siglo XVIII con tendencias de pensadores como Diderot o más tarde Kollontai preponderantemente, que en busca de una comprensión más objetiva de la realidad entera, abandonando costumbres y tradiciones del pasado con miras a elaborar una nueva teoría del hombre se vieron inducidos a precisar la imagen femenina que les ofrecía su tiempo rebasando después la época y revalorando entonces la situación(24) de las mujeres, concluyendo finalmente que es el mundo construido por el hombre el que crea mujeres, que para alcanzar la plenitud como ser humano completo deben escapar a la imagen que el hombre se forja de ellas. Se anunciaba ya en opiniones de este tipo, el feminismo que como movimiento social de mayor resonancia estallaría con todas sus implicaciones y en una mayor parte del mundo a partir de 1968.

(24) Consideramos una situación como la posición de una persona o cosa en determinado sitio o lugar (Alonso, M., *Enciclopedia del idioma*, México, Aguilar). Además véase el trabajo de Kollontai, A., *La mujer nueva y la moral sexual*, México, Fontamara, 1987, p. 157, dado que su importancia radica en que probablemente fue ella la primera feminista que elaboró y publicó una teoría compleja sobre la condición de la mujer asociada, además de la propuesta de la revolución socialista.

Aunque no es evidentemente la finalidad de este trabajo abordar la constitución de la femineidad como condición genérica, puntualizamos lo anterior porque sirve de referencia acerca de lo que aquí nos interesa y que tiene que ver con esa "función primera" que históricamente le ha sido asignada a la mujer y que es la maternidad. Hacemos notar la noción de que es un hecho histórico debido a que (y apelando todavía a esa naturaleza femenina, es decir a esa "condición"), en casi todas las culturas y en casi todos los tiempos, salvo ejemplos concretos como los derivados de la antropología en donde en ocasiones se invierten los roles y es el hombre el que asume el cuidado de los hijos, (25) la maternidad se ha mantenido vigente no sólo en lo que resultaría lógico, que es la preservación de la especie, sino vigente en tanto el "actor" que inicia, lleva y culmina todo el proceso: la mujer.

Mencionamos además el hecho del feminismo como corriente de pensamiento revolucionario, puesto que no solo se limita al cuestionamiento de la condición de la mujer y su vínculo con la maternidad, sino que define elementos a considerar como coadyuvantes a la transformación de seres humanos en tanto géneros, lo cual remite a la historicidad de esta construcción. Sin embargo, tal cuestionamiento no permite por sí mismo, como es obvio, adjudicar un nuevo

(25) Véase Harris, M., *Introducción a la antropología general* (1981), *Nuestra especie*, 1982; *Antropología cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

carácter y una nueva actitud a la mujer, y pese a que ha venido a pugnar por una mayor acción de la mujer a nivel social y con ello a reivindicar su *status* de ser humano y no de objeto, no es menos cierto que ha representado una encrucijada en la vida de las mujeres entre lo que se es, lo que se debe ser y lo que se hace; entre lo instituido y lo alternativo, entre lo tradicional típico y lo "moderno".

Uno de los planteamientos de Beauvoir en *El segundo sexo* es el siguiente:

No se nace mujer: una llega a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana. La civilización en conjunto es quien elabora ese producto... (26)

Beauvoir deja entrever así que los elementos que conforman esta condición femenina son esencialmente las circunstancias, las cualidades y las características que lo definen como ser social, cultural, y que por ende parten de un proceso histórico; proceso que se circunscribe a la definición de relaciones de producción que Marx cita:

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia... (27)

(26) Beauvoir, S., *op. cit.*, t. II, p. 13.

(27) Marx, C., *Manifiesto del Partido Comunista*, (Obras escogidas), Moscú, Progreso, 1969, p. 187.

Es así como al abordar la maternidad, lo hacemos no desde la idea de que ésta se desprende de una condición propia a la "naturaleza" femenina, sino desde la perspectiva de que el hecho ha condicionado a su sujeto mujer en algo que social e históricamente le es implícito como tarea y que ella psicológicamente ha asumido como su función primera.

Durante mucho tiempo se manejó una idea que causaba revuelo en el pensamiento, acerca de la mujer y su adscripción al rol materno donde el vínculo va más allá del cuerpo mismo; lo figuraba una tendencia "natural" que impulsaba a la consecución de este papel. Tal noción tenía que ver con la posible existencia de un "instinto" materno que parecía movilizar y llevar a cabo la función fisiológica reproductora del cuerpo femenino.

La definición del instinto según los diccionarios es la de *Conjunto completo de reacciones exteriores, determinadas, hereditarias, comunes a todos los individuos de una misma especie y adaptadas a una finalidad de la cual el ser que actúa no tiene conciencia en general: nidificación, persecución de la presa, movimientos de defensa, etcétera.* Sin embargo, como puntualizan psicoanalistas entre los que destaca el trabajo de Marbeau-Cleirens, (28) son precisamente los ensueños, los proyectos, fantasías, ambiciones, amor, (29) diálogo espiritual, los que sobrepasan ampliamente

(28) Marbeau-Cleirens, B., *Psicología de las madres*, Barcelona, Estela, 1969.

(29) La noción de amor a la cual nos referimos implica la

el automatismo animal y preparan y disponen el nido humano.

Por ello sobran ejemplos en donde la acción de algunas mujeres hacia sus hijos contradicen dicho "instinto", como aquellos citados en estudios donde las mujeres son madres perversas que casi nunca amamantan a sus hijos, los crían con brutalidad o no experimentan dolor por su muerte; ejemplos todos que si bien pueden corresponder a prácticas usuales de grupos humanos primitivos, (30) no son exclusivos de ellos, sino que también se presentan en aquellos más "civilizados", como los de las grandes urbes.

Es, pues, que estas nociones ponen claramente el acento en la inexistencia de tal "instinto", y enfatizan como hecho contradictorio y más bien real, el que el asumir dicha función adquiere una dimensión psicológica posibilitadora de la comprensión de la femineidad fisiológica como fuerza creadora, y con ello, la afirmación de su persona y la insertación en la sociedad en el seno del mundo de las mujeres con respecto a los hombres. (31)

conjunción de sentimientos, es decir de un sentir hacia un objeto que puede ser multidimensional y que será abordado más adelante en el capítulo III.

(30) Los ejemplos pueden encontrarse en trabajos como los de Margaret Mead *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laia, 1979; Goetz, citado en Marbeau-Cleirens, B., *op. cit.*, Malinoski B., *La vida sexual de los salvajes*, Madrid, Morata, 1975.

(31) Puesto que si el desempeñar el rol materno constituye una "imposición social", entonces el cumplirlo de alguna manera satisface dicho requerimiento y reafirma a la mujer como tal.

Dicho en otras palabras, si partimos de la idea ya confirmada de que el instinto materno no existe, sino que lo que existe es un sentimiento hacia un objeto (pero que bien podría ser hacia el sexo opuesto, el medio ambiente o incluso ella misma y no sólo a un hijo) esto constituye además la representación de un mundo conceptualizado como femenino, en el cual la mujer busca identificarse.

Hacemos mención de este tipo de elementos constitutivos de la noción de maternidad, debido a que al jugarse en la mujer, lo que ella misma posee como bagaje de conformación en cuanto al rol femenino inculcado por su propia madre dentro de la familia, es algo que referirá explícita o implícitamente en la relación que después, como madre, guarda con su hijo cuando éste es de su mismo sexo, es decir, mujer.

Quizá en correspondencia al orden de lo cultural es bien sabido que el nacimiento de un hijo varón, aun hoy en día, causa mayor revuelo de lo que una niña a lo largo del tiempo ha representado. Las expectativas durante el embarazo en torno a ambos sexos han sido, y todavía son, desiguales; imbuidas por nociones como aquella de que las mujeres sufren más, o aquella otra donde se dice que las mujeres sólo vienen a sufrir, contrapunteadas con ideas de que el hombre constituye el sexo fuerte o que son más resistentes al dolor, no hacen nuevo el hecho de llamar la atención sobre la existencia de una marcada preferencia por el nacimiento

de hijos varones que de mujeres.

En el trabajo de Greer, *Sexo y destino*, se menciona cómo algunas prácticas de grupos humanos en todo el mundo hacen relucir el embarazo como un motivo de celebración que se ve coronado con el momento en que el niño nace, lo cual constituye un momento de alegría para toda la familia, en especial cuando la mujer satisface los anhelos de sus iguales produciendo el niño que todos están esperando ver -y que, en muchos casos, se pretende sea de sexo masculino-.

Cuando esto no ocurre, no es raro encontrar datos que nos hablan de otro tipo de acciones, como el rechazo a la mujer y/o a su hijo, el ocultamiento o el infanticidio, que generalmente se articula como medida de planificación sexual, como medida de asegurar la supervivencia del grupo, o simplemente como respuesta a una ideología con respecto al sexo de los niños que se ha venido practicando todavía hasta nuestros días. (32)

Esta preferencia acerca del sexo masculino en el nacimiento de los hijos viene a ser retocada, además, por aspectos de tipo ideológico-psicológico que en la mujer cobran mayor relevancia por cuanto hablan de una negación acerca del propio género sexual.

(32) Greer, G., *Sexo y destino*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985, p. 368, aborda además la relación que guarda la maternidad como práctica sociocultural en donde se sintetizan prácticas como el aborto o el infanticidio fundamentadas en razones de existencia de cada grupo.

Tales aspectos se manifiestan abiertamente o enmascaradamente en la relación estrecha que tanto madre como hija llevan a cabo, y en la cual la identificación de la hija con respecto a su madre como modelo primario de una categoría mayor que son "mujeres", cumple uno de los factores elementales.

El hablar de estos aspectos que influyen en la concepción que la mujer toma acerca de su papel como tal en primera instancia, y en segundo plano de su cualidad de generadora de vida, ha ocupado hasta aquí las primeras líneas debido a que deseamos poner en claro que la relación de la madre con su hija parte de una base que es la propia conciencia que la mujer tiene de sí como madre (lo cual evidentemente tiene implícitos muchos conceptos culturales con respecto al género), y que más adelante impactan sobre un sujeto que es la hija y que, de acuerdo a este orden de ideas, tendría que ver -como ya apuntábamos anteriormente- con lo que la madre tiene de sí y lo que la hija asimila de ella (la autonegación de la madre con respecto a su género y la posterior identificación hija-madre que se establece entre ambas).

Al hablar de que los sentimientos parten también de una "educación" y no sólo de una cualidad propia del "alma" de cada quien, como decía Platón, (33) concebimos al ser humano, concretamente a la mujer, como un ser cuya especificidad

(33) Platón, *Diálogos*, México, Porrúa, 1989, p. 627.

sensible y de creación de sentimientos se desprende, primero, de experiencias a partir de las cuales se crea una manera de "leer " la vida ligando a ella una particular forma de sentir.

No existe una manera concreta de educar a las niñas a este respecto, es decir a crear sentimientos en relación a las cosas o los eventos, sin embargo éstos se desprenden de lo que a las niñas les toca vivir y que esencialmente está cargado de contenidos y significaciones contrarios a lo que son las mismas acciones, eventos o cosas, pero para los hombres.

El agente socializador y catalizador de dichos contenidos y significaciones ligados la experiencia es la madre, que en el caso de las niñas y en el plano de esa identificación hija-madre, que ya señalábamos, va moderando todo el material y lo pone al alcance de su hija no sin antes insertar también sus propios juicios positivos y negativos al respecto, sin ser ni siquiera conciente de ello. Es aquí en donde generaciones de mujeres han seguido pautas de educación sentimental relacionadas al sexo y la maternidad muy similares, que se mantienen vigentes en muchos sentidos.

Cuando un hijo nace, las expectativas que los padres proyectan en él poseen mucho de lo que ellos mismos como personas, y no necesariamente como pareja, poseen en tanto

fantasía, anhelos o frustraciones, y es en gran medida este material, aunado al sexo del niño, lo que hace que la manera en que cada uno de los padres se relacionan con los hijos sea diferente.

Históricamente la mujer ha sido relacionada a la tarea de crianza de los hijos y al ámbito doméstico, y aunque es bien cierto que el hombre no participa en este tipo de labores lo suficiente ni se integra en apoyo al "trabajo" de la mujer, es también muy cierto que estas actividades cumplen el papel de crear espacios de conformación de individuos donde se marcan los roles, las actitudes, las tendencias, etcétera. Y no es que el desempeñar tales actividades por parte del hombre le haga "afeminado" o pierda su hombría como antaño solía pensarse, (34) sino que estas actividades, además de dividir funciones del hombre y la mujer, crean una cierta conciencia acerca del propio sexo, la tarea y los iguales que, en el plano de la identificación, los padres se articulan como modelos preponderantes.

La niña aprende pronto por interacción con su madre que el hogar es su lugar, y que dentro de este espacio, al igual

(34) Aunque evidentemente la validez de esta idea sigue siendo actual en tanto todavía prevalecen juicios al respecto de la actividades domésticas de los hombres más de lo que se supone, pues incluso aquellos que consideran la división del trabajo por sexos como un producto social, no superan la idea de que el cuidado de los hijos es materno, y a su vez esencialmente femenino. Ver Beals R., y Hoijer, H., *Introducción a la antropología*, Madrid, Aguilar.

que su madre, debe reconocer todos sus satisfactores. Para ella la vida no está afuera como podría serlo en los niños, donde la identificación con el padre les impulsa a la exploración fuera de casa corriendo riesgos en las aventuras. Aun cuando en ella se haga presente esta inquietud de conocer más allá de sus fronteras, el cariño de sus padres y la sobreprotección funcionan la mayoría de las veces como los límites fundamentales que basados en toda una ideología del sexo, imposibilitan a la niña a encontrarse con esa experiencia. (35)

La madre como educador o posibilitador de experiencias, como lo denominábamos anteriormente, es en este sentido trascendente, puesto que cumple lo que bien podríamos llamar dos planos de enseñanza: la *formal*, en tanto imparte una instrucción de lo que la niña debe hacer como bañarse, vestirse, cómo comer, decir sus primeras palabras o dar los primeros pasos, etcétera, y la *informal*, que como modelo desempeña más en un plano de no-conciencia de sí misma como interactuante con su hija y que puede tener mayor trascendencia, dado que sirve como punto de referencia en la niña acerca de lo que se le dice que haga, diga y sienta, y

(35) Mendoza, J., Malinalli Tenepal. *Historial psicobiográfico*, Psicología Iberoamericana, 1994, 2(3), pp. 53-66, cita que ya desde la sociedad mexicana se notaban actitudes sexistas en la ideología imperante, ya que al nacer el varón la placenta era enterrada en las afueras de la casa, y al nacer una mujer la placenta se enterraba dentro de la casa; en el primer caso representaba que la calle y el campo eran el reino del hombre, y en el segundo que la mujer crecería y se desarrollaría a partir de la casa.

lo que ella comienza a procesar como realidad.

Este medio de corroboración de la enseñanza tiene como centro a la madre y es dependiente de este vínculo la estructuración sentimental que se hace de los sucesos externos incorporados más adelante a lo interno con toda una red de significados.

Lo anterior lo ilustra magistralmente Mascetti, cuando al abordar los arquetipos que definen lo femenino y que además encuentran su representación en imágenes míticas, menciona que aún cuando existe una expresión de la mujer como guerrera, cazadora, violenta asesina, seductora y hechicera -y esto señale particularidades del carácter y la personalidad de la mujer que también existen-, pocas o en todo caso ninguna de estas imágenes cobra tanta fuerza como lo es la imagen arquetípica de la *Diosa Madre*, cuyo poder trasciende y sintetiza todo lo anterior, pues afecta a hombre y mujeres por igual, y no sólo en la esfera privada, sino que también influye en la expresión social y religiosa de todo ser humano:

El arquetipo de la madre es tal vez uno de los conceptos mitológicos y psicológicos más complejos. En él se cristalizan ideas como la vida intrauterina, la existencia en la obscuridad fuera del tiempo, el trauma del nacimiento, la "unidad" de la madre y el hijo, el anhelo de regresar a la amparada existencia del vientre y el conocimiento instintivo del origen de la humanidad. (36)

(36) Mascetti, M., *Diosas: la canción de Eva*, Barcelona, Robinbook, 1992, p. 148.

En cuanto a su relación como modelo psíquico cita:

El rol de madre, de iniciadora de un hijo en el mundo, es por tanto de importancia fundamental, pues representa la esencia femenina que configura los sentimientos íntimos hacia la vida y las relaciones con los demás en la psique del niño. A través de los ojos de ella, el niño aprenderá a comportarse y confiar en sus intuiciones. Tanto los hombres como las mujeres adultos conservan diversos hábitos que sus madres les enseñaron, sobre todo en la esfera íntima del hogar y la familia.(37)

Como vemos, todos estos aspectos enmarcan la proyección de la mujer en función de la procreación y la maternidad como esencia constitutiva de ser mujer, coronado, además, por actitudes y sentimientos coherentes entre sí, tales como la ternura o el sacrificio, que son inculcados en las mujeres por un orden cultural existente y por mediación de sus madres, ya que no hay que perder de vista que ellas mismas fueron educadas a su vez de manera similar, ensalzando la maternidad como algo inherente a su función existencial.

Sin embargo es importante señalar que esta imagen de la mujer como madre trasciende las fronteras del género, ya que si bien se ubica en la dimensión precisa del cuerpo femenino a nivel psicológico se ensalza como imagen arquetípica para todos los hombres y para todas las mujeres en la medida en que todos ellos comparten el mismo origen: el cuerpo femenino.

(37) Mascetti, M., *Ibid.*

Es este cuerpo femenino finalmente el que hace posible que la mujer se viva no sólo madre, sino también como deidad parental cuyo impacto es en sumo grado superior al del padre (aun cuando la imagen se estructura en el interior de un sistema patriarcal), gracias al vínculo primordial que lleva a cabo con el hijo. El poder de la madre mexicana es un poder sobre los otros emanado de ser-para y de los otros, y si bien no es absoluto constituye también la afirmación de la mujer como diosa dentro de la constelación familiar:

En la opresión, los oprimidos tienen también poderes derivados del poder mismo. Con ellos se defiende y subvierten el poder, o lo ejercen sobre otros más desvalidos que ellos. La mujer se encuentra en este caso, y tiene poderes en relación directa a los atributos del poder que pueda allegarse: edad, capital, valores, educación, cualquier cualidad del poder, pero lo más importante, lo que le da mayor poder, es lo que se lo quita: el cuerpo, la maternidad, la conyugalidad. En sus cuidados, la madre manipula, dirige, gobierna, se alía, enfrenta, enemista, chantajea, usa su cuerpo para atrapar a otros. Los únicos a quienes puede oprimir la mujer son quienes están bajo sus órdenes y bajo su cuidado: los sirvientes y los hijos. (38)

Por lo anterior no debe asombrarnos el hecho de que el ejercer este poder por parte de la madre, sea en mayor grado coartante y punitivo hacia la mujer misma como hija, si se piensa que dado el orden de ideas imperante en la sociedad mexicana la mujer será siempre más débil, más delicada y más frágil que el hombre, no importa lo que haga por evitarlo.

(38) Lagarde, M., *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, p. 417.

1.3 *Independencia emocional*

Como hemos visto hasta aquí, gran parte de la educación que la mujer recibe en sus primeras relaciones con el mundo, del cual su madre se desprende como su principal guía y modelo, gira en torno a dos aspectos fundamentales, cada uno con sus implicaciones propias:

- i) el ámbito familiar o doméstico como medio de desarrollo social, y
- ii) la maternidad como fuente de identificación femenina.

Si bien no pretendemos reducir todo el universo de significaciones, hechos y situaciones familiares de la mujer únicamente a estas dos condiciones, sí enfatizamos, al menos, el hecho de que tales condiciones son los pilares alrededor de los cuales se mueve la socialización de la mujer y de donde ella deriva formas particulares de sentir y relacionarse. Es claro que al respecto cabría hacer algunas consideraciones acerca de las mujeres que actualmente niegan reducirse a tales nociones, o que su misma actividad parece haberlas llevado lo suficientemente lejos de cumplir estos papeles. Sin embargo, como iremos viendo en los siguientes capítulos, muchas de estas mujeres a pesar de actuar conforme a patrones de modernidad y "liberación femenina" siguen estando en mayor o menor medida "atadas" sentimentalmente a estos patrones que les fueron inculcados

y que todavía forma parte de ellas, de su acción y de su conflicto.

A ese respecto podemos mencionar por lo pronto, que al ser "moldeadas" bajo esa perspectiva de lo que es ser mujer, es común encontrar que gran parte de las acciones que la mujer emprende motivadas por una sensibilidad propia y/o manipulada, tienen como objetivo alcanzar y reproducir esos planos de "realización" mistificada que además se justifican y se anclan en la relación con la familia de origen, de la que difícilmente (o quizá nunca) llegan a desligarse; sobre todo, del fantasma de la madre.

Es evidente que si bien la comunicación entre los sujetos que integran una familia es necesaria para poder establecer las pautas de interacción e independencia propias entre unos y otros, ésta nunca se da en forma clara y precisa, sino haciendo uso de grandes contenidos y significaciones implícitas y sobreentendidas, (39) donde lo que se dice no es realmente lo que se quiere decir, sino algo que se refiere a otra cosa. Mensajes conflictivos y toda una gama de insinuaciones hacen su aparición bajo la faceta de cariño desinteresado y protector que limita, coarta y reprime la independencia y los verdaderos sentimientos, dando lugar a otros, aprendidos y manipulados:

(39) Ver, Bosbormen, N. y Framo, J., *Terapia familiar intensiva*, México, Trillas, 1982, donde se reúnen a nivel de comunicación, trabajos de otros autores como Watzlavick o Minuchin, pp. 512-526.

Pronto llegará el hijo y ella se dedicará en cuerpo y alma al nuevo ser. Empieza una manipulación y un chantaje en el que el hijo o hija (sobre todo ésta) será la víctima. La esposa de hoy en adelante no tendrá más aspiración que servir al heredero. Y todo su mundo girará en torno a los hijos y el esposo pero sobre todo a los "reyes de la casa" a quienes vigila, persigue y agrede. Las madres (...) educan a sus hijos en términos de miedo y de chantaje sentimental.

Con el pretexto de que el mundo está lleno de trampas, de vicios, de gente malvada que los acecha, la madre va inculcándoles intereses sociales, miedos morales, patrones de conducta (...). Ya no golpean a los hijos, no los asustan con el "coco". Ahora han leído psicología, control mental, tienen educación, aunque de vez en cuando sigan amenazándolos si no comen con "inyectarlos". Después ejercen el control moral apareciendo ellas mismas como víctimas y no los hijos. (40)

Así con estos elementos, la máscara seductora de la madre buena se vuelve persecutoria y mala, más que por culpa por defensa y negación adaptativa, lo que Laing postuló como concepto de "defensa interpersonal", también llamado de "alternación" y que se describe como una maniobra en virtud de la cual una persona caracteriza la conducta de otra, en términos del efecto que tiene la conducta en los sentimientos de la primera. (41) Ejemplo concreto de esto es cuando la hija pide permiso para viajar sola o dormir con unas amigas fuera de casa y la madre no comenta lo que en sí representa la acción, sino lo que ésta le produce a ella (*me preocupa mucho, voy a estar con el pendiente, me partes el corazón, etcétera*). La conducta de A se define en términos

(40) Careaga, *op. cit.*, pp. 72-73.

(41) Laing, R.D., *Comunicación personal*, citado por Framo, *op. cit.*, p. 511.

de los sentimientos de B. La definición de estabilidad, independencia o enfermedad se da en función del efecto que la conducta de la hija tiene en la madre, por ello no en balde se ha llamado al sistema familiar mexicano "sistema uterino", no sólo en lo que se refiere al papel protagónico que la madre desempeña en el sistema, sino también y, sobre todo, por la implicación que este personaje tiene en tanto apoyo y respaldo a conductas, pensamientos, actitudes y sentimientos de sujetos que se han formado a partir y en dependencia de ella. (42)

Es claro, pues, que sea una relación positiva o negativa, es decir una relación de amor o de odio hacia sus hijas mujeres, la influencia que tiene la madre apoyada por todo el sistema familiar e incluso social, enfatizan el hecho de que la independencia emocional, o el encontrar en sí misma su seguridad, es algo de lo que generalmente carece la educación familiar que se da a las mujeres, pues revestido por comportamientos y actitudes morales, religiosas, etcétera, espacios como el de la pareja, los hijos, la relación con la madre o la familia misma, constituyen espacios bien definidos que sirven casi siempre como refugio necesario o indispensable donde anclar la propia seguridad y construir la personalidad.

(42) Ramírez, A., *El mexicano: psicología de sus motivaciones*, México, Grijalbo, 1987.

Ya Basaglia define cómo es que esta seguridad arraigada a un espacio y unas funciones específicas se desprenden del hecho de que cualquier mujer, a cualquier edad, sean niñas, jóvenes, adultas, viejas, son siempre madres-niñas-sin madre:

Se ha hablado de las mujeres como niñas sin madre, y esto da lugar a otras consideraciones que podrían explicar la capacidad de soledad de la mujer con respecto al hombre. Este estado de orfandad significa que para muchas mujeres no hay posibilidad de regresión al seno materno por no haber nunca una madre a la cual recurrir en busca de apoyo... La imposibilidad de regresión al amparo materno está simbólicamente explícita en el acto sexual. Al referirse al hombre se habla de un regreso a la tierra, al regazo materno, y de la anulación de un abrazo que acoge y contiene al mismo tiempo. ¿Pero hacia qué tierra puede regresar la mujer, hacia qué regazo, si ella ha sido catalogada sólo madre, sólo regazo?.(43)

Al ser estructurada a partir de la madre, tomada ésta como modelo de femineidad o de mundo femenino con todas sus implicaciones, la niña relaciona este mundo de cosas cognitiva y afectivamente, de modo que sus acciones le representan casi siempre una confusión entre lo que ella es, lo que piensa y lo que siente y que al mismo tiempo entra en conflicto con lo que se espera de ella, lo que su educación (moral, sexual, religiosa) le dicta qué *debería* de ser.

Para Victoria Sau la relación madre-hija es, por tanto, la más opresiva de todas las existentes, porque en ella transmite a la hija la esclavitud dentro de un mundo

(43) Basaglia, F., *Mujer, locura y sociedad*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1983, p. 40.

patriarcal:

La relación hija-madre es la más dramática de toda las relaciones porque pone en evidencia la condición servil de la mujer, más que ninguna otra, al verse obligada la madre a transmitir a la hija, por toda herencia relacional, la opresión, discriminación y explotación que ella misma sufre. La hija recibe con la asistencia de la madre la preparación necesaria para seguir perpetuando el sistema de relaciones patriarcal en el seno del cual será por una generación más una esclava. (44)

Entiéndase además que esta "esclavitud" -como lo señala Sau- no condena únicamente las conductas o las acciones de las mujeres, sino todo su universo cognitivo, afectivo y sentimental. Por lo mismo, esta relación estrecha entre madre e hija no sólo cumple demandas sociales de reproducción de sistemas, sino que en lo fundamental dispone sujetos como mencionamos antes "humanizados", donde lo psicológico y lo afectivo juegan un papel importante en la construcción y asimilación de nuevas experiencias. Tal ha sido en parte el trabajo de psicoanalistas de la talla de Horney, Fromm, o el mismo Freud, (45) que si bien es cierto difieren en su elaboración teórica-conceptual, mantienen el acuerdo sobre la importancia crucial que para la vida del individuo -presente y futura-, revisten las impresiones, experiencias y conflictos de la primera infancia que tienen

(44) Sau, V., *Un diccionario ideológico feminista*, Barcelona, Icaria, 1981, p. 121.

(45) Ver, Horney, K., *Psicología femenina*, México, Alianza, 1989, pp. 312; From, E., *La familia*, Barcelona, Península, 1982; Freud, S., *Teoría general de las neurosis: la vida sexual humana*, Madrid, Biblioteca Nueva, Obras Completas III, pp. 2311-2331.

influencia formativa sobre la capacidad de los sujetos para asimilar sus experiencias posteriores.

Esto último es lo que en materia de estructurar sentimientos enfatizamos de la relación de la madre con la hija. Si pensamos que el sentir significa estar implicado en algo del mismo modo que lo entiende y lo estructura Agnes Heller en su *Teoría de los sentimientos*, (46) entonces estamos ciertos al decir que dados los contenidos que se manejan en la relación familiar, y ante todo en el vínculo madre-hija donde se imponen modos de actuar y de pensar la realidad, es que se forma en la mujer una conciencia de sujeto con grandes implicaciones en su forma de sentir.

Que el campo de acción permitido por la sociedad actual, y el pensamiento determinado por ella, producen y fijan sentimientos particularistas, perpetúan y reproducen la alienación de los sentimientos, el carácter irrestrictible de ciertos efectos. El hombre está unificado, pero la personalidad está escindida. (47)

Esta personalidad escindida en el caso de las mujeres, es producto sobre todo de que no se elabora nunca -o al menos así se hace evidente- un proceso de individualización donde la mujer pueda desligarse y ser independiente emocionalmente, o en términos de Heller dejar de estar

(46) Obra que iremos retomando continuamente en este trabajo, y en donde, para una mayor claridad de los conceptos que se vayan precisando será necesario consultar la obra directamente. Heller A., *Teoría de los sentimientos*, Barcelona, Fontamara, 1989.

(47) *Ibid.*, p. 11.

"implicada" con la madre. Pero romper con esta implicación equivaldría a asumir que no es posible ser todo lo que estereotipos culturales dicen de una mujer en términos de afectiva, de apoyo, de crianza, educación, etcétera, y además darse cuenta de las limitantes que su propia madre tiene o tuvo, lo cual sin duda es tanto más difícil en la medida en que supone lo que los psicoanalistas llamarían una "herida narcisista".

La personalidad escindida es evidente y cierta si se toma en cuenta que aunque existan mujeres independientes económicamente que se hacen cargo de sus hogares, viven solas y que en la actualidad, como signo de la revolución feminista, ya no creen depender de un hombre. Tanto en ellas como las que permanecen en el ámbito doméstico, la sombra de la madre -y con ella de su influencia- es un común denominador.

Tan solo sirva de ejemplo que aunque modernas y liberales, pequeñas o grandes, muchas de ellas continúan evaluando sus acciones y decisiones a la luz de opiniones o juicios de la madre al respecto. Incluso si no en el presente, al menos dentro de las expectativas a futuro, uno de sus mayores anhelos es el de tener un hijo ya sea casadas o no, deseo que si bien no saben definir de donde surge, se alberga en el conocimiento más íntimo (aprendido de la relación con la madre) de que es parte de su naturaleza. Y aunque no queremos decir que tal deseo sea injustificado o

"malo", al menos llamamos la atención de que este patrón representa en mucho la implicación que la mujer encuentra con su madre tanto en participar de lo mismo que ella -la maternidad-, como encontrar a partir de esa condición un motivo, una razón al igual que su madre, de ser-de-otro que no es sino la búsqueda permanente por la madre perdida, (48) transformada y velada en la búsqueda de cualquiera que sea ese otro: la pareja, los hijos, la familia, la casa.

Las reglas, las normas o los afectos son algo que no permite del todo que una mujer sea ella misma. Funcionando con la madre como espejo de bien y mal, sentimientos contradictorios se aparecen y no importa cuan lejos o independiente económicamente viva una mujer *todas ellas son evaluadas con estereotipos rígidos -independientes de sus modos de vida- donde las que cambian son definidas como equívocas, malas mujeres, enfermas, incapaces, raras, locas. Pero todas las mujeres aún las que se ven a sí mismas alejadas de los estereotipos, cumplen parcialmente con ellos.* (49) El dejar de estar implicada con su madre o todo el sistema familiar es algo que difícilmente se alcanza por parte de la mujer, pues ya sea de manera positiva -actuando conforme lo que se espera de ella- o de manera negativa -en

(48) Esta idea de ser-de-otros, así como la de cuerpo-de-otros, es ampliamente trabajada por Lagarde, M. en toda su obra y se refiere a que dentro del orden de cosas que supone el mundo patriarcal, la concepción que se genera en la mujer es la de estar cautiva y servir para y por otros, pero nunca para sí misma (Lagarde, M., *op. cit.*, p. 400).

(49) Lagarde, M., *op. cit.*, p. 41.

oposición de ello-, los criterios o estereotipos de evaluación la tocan y permanecen influenciando así también la cualidad de sus implicaciones (sentimientos).

Lagarde menciona que lo importante, desde la perspectiva de la constitución de cada mujer en sujeto, es la necesidad de integrar a la madre y lograr a la vez la separación de ella, para arribar a la plenitud. En palabras de Friday, que considera que la relación madre-hija está fundada en la mentira donde ambas mujeres ocultan mutuamente aquello que las define como tales, explica:

...en tanto no aprendamos a fundir a nuestra madre en una sola persona, nos mantendremos en guerra contra nosotras mismas. Los gritos y los "slogans" pueden servirnos, en el mejor de los casos, para animarnos. No hay ninguna historia que cambie para las mujeres mientras cada una no se enfrente con la propia. (50)

El enfrentamiento, la confrontación con la madre, parecen ser en todo caso una de las más importantes vías de individuación para la mujer y aunque la posibilidad de alcanzar tal separación sea para algunos la pauta que desencadena procesos psicológicos importantes (51) no es

(50) Friday, N., *Mi madre/yo misma*, Barcelona, Argos Vergara, 1981, p. 414 (citada por Lagarde, M., *op. cit.*

(51) En los últimos trabajos de Freud se encuentra una re-evaluación dentro de su paradigma psicoanalítico otorgándole a la mujer una nueva posibilidad dentro del modelo psíquico en donde gracias a la irresolución del conflicto con la madre, la mujer desplaza el afecto hacia el hombre. Este trabajo fue más ampliamente desarrollado por el grupo de mujeres que trabajaron con él en esa última producción teórica (ver: Hamon, M. C., *¿Por qué las mujeres aman a los hombres?*, México, Paidós, 1992, pp. 250.

menos cierto que cobrar distancia entre lo que es la madre y lo que es una misma como mujer, resulta vital en el proceso de desarrollo como sujeto psicológico.

En *In her image* de Kathie Carlson(52) se aborda este proceso de separación de la madre mediante el empleo de tres distintas perspectivas que en conjunto exploran los distintos niveles de desarrollo por los que atraviesa la mujer. Tales perspectivas son la de un enfoque centrado en la niña, la del planteamiento feminista y finalmente la de una perspectiva transpersonal. Cada perspectiva enfatiza un punto de referencia sobre la madre, de acuerdo al modo en que es vivida.

Por ejemplo, la perspectiva de la niña aborda a la madre desde una postura egocéntrica, creyéndola todopoderosa y capaz de satisfacer las necesidades de la niña. Como muchas mujeres se quedan gran parte de su vida estancadas en este punto esperando la solución a sus problemas por parte de su madre o un otro en general (esposo, hijos, etcétera), es común que las grandes expectativas situadas alrededor de la madre casi nunca se vean satisfechas, lo cual lleva a la frustración y al dolor. Sin embargo se rescata la visión de la niña porque al ser egocéntrica busca o empuja siempre para sí misma, lo cual, en sí, es importante.

(52) Carlson K., *In her image*, Boston, Shambhala, 1990, p. 155.

La posición feminista posibilita contextualizar a la madre en un espacio social y cultural, lo cual permite una identificación con la madre como una mujer en sus posibilidades reales de satisfacer las necesidades de la niña. El enfoque transpersonal permite desligarse de la madre personal y pone en contacto a la mujer con otras fuentes de identificación femenina como otras mujeres, la historia, conexiones espirituales y, lo más importante, dar cuenta de la influencia que la visión del hombre (o del sistema patriarcal) ha tenido en el concepto de femenino legado como herencia.

Aun cuando trabajos de esta índole parecen ser la puerta a una mayor asunción de responsabilidad personal por parte de la mujer a su propio desarrollo psicológico y emocional, encontramos numerosos obstáculos que impiden que la acción emprendida llegue finalmente a producir el efecto deseado: difusión (algunos materiales sólo se encuentran en inglés, son caros y no hay muchos ejemplares); no hay profesionales especializados lo suficiente para abordar la temática, y posiblemente lo más problemático: *la dificultad de que las mujeres deseen romper la seguridad que supone un estilo de vida ya creado en donde tantas y tantas se muestran indiferentes y apáticas ante la transformación.*

Aunque tampoco podemos dejar de reconocer que existen grupos de mujeres que han emprendido esta difícil lucha de enfrentarse no únicamente al hombre sino también a la misma

mujer para poder lograr una identidad propia y de independencia.

Hasta el momento hemos identificado las características generales de lo que es el sistema familiar desde una perspectiva más amplia de lo que es como grupo, aterrizando después en la especificidad de la familia mexicana y su influencia como primer contacto del individuo independientemente del sexo.

Es pues la familia como primer contacto la que articula los cimientos de personalidad del individuo y en lo que a nuestro interés se refiere, en la conformación sentimental de la mujer, que dentro de este marco de referencia funciona a partir de la madre como modelo. La madre en este sentido es además de ejemplo, el soporte principal y/o centro de lo que la familia mexicana es, por ello al señalarla como imagen mitificada de lo femenino o del mundo sentimental brinda la pauta para repensar el actual nivel de independencia y expectativas de vida que la familia y los modelos de maternidad ofrecen a las mujeres.

De acuerdo a lo anterior, la mujer en contacto con su madre establece una valoración primaria de sí misma de modo que resulta difícil romper con la imagen que se espera de ella como mujer sin romper también con la madre. Los sentimientos moldeados a partir de esto le llevan a tener una idea de sí misma que además vendrá a ser retroalimentado

en su experiencia por otras instancias extrafamiliares como lo son el medio social dentro del cual actúa la familia y la cultura en general que crean un perfil de mujer y sentimientos específico. En el siguiente capítulo se aborda este punto con mayor amplitud.

Falta página

N° 62

Por estas características es que desde nuestro punto de vista resulta necesario hacer una revisión general de lo que ha sido el papel de la mujer en tanto su autopercepción, dado que elementos como los anteriores poseen una influencia determinante en la autovaloración femenina. (54) ←

Las ideas, las formas, las expresiones, el modelo de comportamiento, como iremos viendo más adelante, han sido impuestos por una cultura masculina en función de lo que debe ser femenino: dulce, suave, trabajadora, fiel, madre amorosa, esposa abnegada; de otra forma se sataniza y se inventa como traidora, simuladora, ambiciosa, explotadora, etcétera. Tanto una versión como la otra, sin dejar de lado el que ambas sean concepciones maniqueas, saca a la luz el que la mujer jamás aparece como ser humano sino como un objeto creado a partir de la ideología masculina.

Partiendo de una perspectiva socio-histórica podemos observar que en esencia a la mujer se le explica de una forma negativa, (55) como un ser que no es el hombre, por ello es que desde la antigüedad aparece como un ser de segunda que es utilizado y creado además con actitudes de dependencia y sumisión; tales actitudes se forjan desde la op. cit.).

(54) Autopercepción partiendo de esta subyugante presión del mundo masculino en tanto a lo que es, debe ser y no deber ser de lo femenino.

(55) Afirmamos esto puesto que aun cuando en casi toda las culturas han existido deidades femeninas, y algunas otras a su vez han sido gobernadas por mujeres, en general el papel de la mujer ha permanecido subyugado por el hombre.

estructura familiar a través de la relación padre-hija en primera instancia, y posteriormente en la relación conyugal (esposo-esposa), donde lo importante de esto radica en que la mujer nunca aparece como sujeto soberano. (57)

Su situación, tanto económica como social, nunca le han favorecido, prevaleciendo casi siempre por debajo de las del hombre, lo cual hace creer a la mujer desde pequeña que su dependencia y explotación son naturales, sin darse cuenta de que tales situaciones responden a un hecho social.

Simone de Beauvoir tiene razón al afirmar que "los hombres y las mujeres no han compartido el mundo por partes iguales. Ni en el plano sexual ni en el moral", y es que en ambos rubros la mujer se ha ubicado en un lugar desfavorecido, mediado primeramente por su ambiente familiar, como ya apuntábamos, y después en el ámbito social, donde las instituciones como la escuela se encargan de ponerla en contacto con nuevos patrones de conducta que la hacen concebirse como diferente a los hombres, y en comparación con ellos como débil. Pero no es menos cierto que la mujer ha tenido que aceptar imposiciones de este tipo, ya que ha sido formada para depender y someterse al hombre, lo cual aun tiene vigencia en nuestra cultura.

(56) Salvo algunas muy contadas y honrosas excepciones, la mujer no ha aparecido dentro de la historia a la par con el hombre, en cuanto como sujeto.

Negarse a ser el Otro, negar la complicidad con el hombre sería para ellas, renunciar a todas las ventajas que les puede conferir la alianza con la casta superior. El hombre-soberano protegerá materialmente a la mujer-vasallo, y se encargará de justificar su existencia; junto con el riesgo económico, la mujer esquivará el riesgo metafísico de una libertad que puede inventar sus propios fines sin ayuda. En efecto, al lado de la pretensión de todo individuo de afirmarse como sujeto, que es una pretensión ética, también hay en él la tentación de huir de su libertad y constituirse en cosa; ese es el camino nefasto, por pasivo, equivocado y perdido, y entonces resulta preso de voluntades ajenas, mutilado en su trascendencia y frustrado de todo valor. Pero es un camino fácil; así se evita la angustia y la tensión de la auténticamente asumida. El hombre que constituye a la mujer en Otro encontrará en ella, pues, complicidades profundas. Así, la mujer no se reivindica como sujeto, porque carece de los medios concretos, porque experimenta el vínculo necesario que la sujeta al hombre sin plantearse la reciprocidad y porque a menudo se complace en su papel de Otro. (57)

La mujer, una vez explotada, no encuentra otro camino que escapar de su responsabilidad, de su libertad, amparándose en la máscara de la femineidad, (58) del matrimonio, (59) la fidelidad, de la represión sexual y moral que ella misma también se autoimpone.

→ < A medida que se va estudiando la situación de la mujer se va descubriendo que es ella misma, por lo general, quien escoge el camino de la dependencia a los hijos y/o esposo y

(57) Beauvoir, S. de., *Op. cit.*, p. 17.

(58) Femineidad es en este caso como lo que a ella se le ha inculcado sin reflexionarlo, puesto que la femineidad abarca mucho más aspectos que rebasan lo superficial y a lo que hasta ahora nos hemos referido. Femineidad considerada como un complejo de perspectivas, aptitudes y limitaciones concatenadas.

(59) Esta fidelidad entendida como monogamia que, tal como lo define Engels, no es producto del amor sexual individual, sino del cálculo y la propiedad privada, esto es, en otras palabras, como resultado de un hecho social y no la expresión de un acto natural y libre.

la realización a través de ellos y no por ella misma, evitando de este modo el asumir su responsabilidad como individuo. Se ve, además, apoyada por la complicidad de los hombres, quienes han sido los responsables de haber creado a través de la historia un complejo sistema de relaciones, que sirve y ha servido desde siempre para justificar esa relación de opresión y dependencia.

F^m (Hasta el siglo XVIII, la mujer no era considerada como ser humano sino como una criatura irracional, caprichosa, necesaria, que no piensa como el hombre, que no es capaz de realizar actos heroicos ni de razonar. Ante estas perspectivas culturales el hombre aparece como un ser superior. En tal medida el más mediocre de los hombres (machos) se podía sentir un superhombre frente a la mujer y la mujer respondía en su acción y en su pensamiento en los términos que le habían sido impuestos por el hombre, con aparente debilidad y sentimentalismo que servían para ejercer su función cuidadora de la casa e hijos.) De este modo, tal como señala Careaga, (60) se empieza a descubrir que la imposición del hombre sobre la mujer es completamente subjetiva, que se encuentra entre lo que es y lo que podría ser; la mujer acaba por ser el sujeto de la procreación y nada más (El hombre es el inventor y el creador de todo: el que descubre, el que sueña, el que se forja una vida, el que logra el poder.)

(60) Careaga, *op. cit.*, p. 117.

También Simone de Beauvoir opina al respecto:

El homo-faber es un inventor desde los orígenes del tiempo: ya el bastón y la maza con que arma sus brazos para coger los frutos y aniquilar a las bestias son instrumentos con los cuales agrande su botín del mundo; no se limita a transportar al hogar los peces que ha recogido en el mar, pues antes es necesario que conquiste el dominio de las aguas, cavando piraguas; para apropiarse de las riquezas del mundo se anexa al mismo mundo. En ese acto experimenta su poder; se plantea fines y proyecta caminos hacia ellos: se realiza como existente. Para mantener, crea, desborda el presente, abre el porvenir. Por esa razón, las expediciones de caza y pesca tienen su carácter sagrado. Sus éxitos se reciben con fiestas y triunfos, y en ellos el hombre reconoce su humanidad. Hoy en día manifiesta ese mismo orgullo cuando construye un dique, un rascacielos y una pila atómica. No sólo ha trabajado con el fin de conservar el mundo dado, sino que ha hecho estallar sus fronteras y ha sentado las bases de un nuevo porvenir. (61)

Esto significa que tanto en las afirmaciones de Careaga y Beauvoir sobresale la indicación de que esta situación es el resultado de un proceso socioeconómico que hace a la mujer débil e incapaz de creación. En donde, por lo tanto, el mundo de la cultura, de los hechos, de las ideas, de los descubrimientos, de los viajes, está hecho por y para los hombres.]

¶ Sin embargo, como ya hemos mencionado, el hombre, al plantearse como creador absoluto, también cuenta con la complicidad de la mujer. Esto da pie a una dialéctica del amo y el esclavo donde ninguno de los dos puede prescindir del otro sin destruirse mutuamente. Ante tal situación desde la organización más primitiva van transformando, creando e

(61) Beauvoir, S., *op. cit.*, p. 90.

inventando estilos de comportamiento, ideas, moral para las mujeres y para otros hombres débiles y dependientes. Los hombres hacen los dioses, las mujeres los adoran. De este modo el hombre ha controlado a la mujer a través de la religión y de la familia, puesto que la opresión de la mujer se lleva a cabo, en términos sentimentales, en la voluntad de perpetuar la familia y mantener íntegra esta estructura social; en la medida en que ella se escapa de la familia, también escapa de la dependencia;

El hombre, a partir del cristianismo, crea una ideología más represiva para controlar a la mujer: la religión. Rochefort hace una reflexión sobre este punto:

La mujer tiene que someterse al yugo de la Iglesia. En las religiones como la cristiana la carne es maldita y la mujer aparece como una tentación temible. En todos los escritos de los primeros padres de la Iglesia hasta la Edad Media, la mujer es la encarnación de Luzbel: Adán fue inducido al pecado por Eva; todos los religiosos proclaman que la mujer es la abyección y la corrupción, de tal forma que hay que someterla con la imposición de una religión que abomina el cuerpo, el sexo, y que hace que la mujer aparezca como una pecadora y se tenga a sí misma asco y repulsión. (62)

De esto no sólo podemos explicar el aspecto cultural que involucra la religión como método de opresión efectivo y vigente hasta nuestros días, sino que también encierra implicaciones en torno a la sexualidad femenina; esto es que desde ahí van a nacer toda una serie de mitos, prejuicios, miedos y temores sobre la sexualidad de la mujer, puesto que con tales actitudes la Iglesia juzga y condena a la mujer.

Por otra parte, Eva Figes considera otros aspectos sociales a través del curso de la historia, por ejemplo: *Las revoluciones clásicas como la francesa o la inglesa no cambiaron en mucho la situación de la mujer, al contrario, la mujer fue más explotada.* (62)

En resumen, aun cuando estos fenómenos brevemente mencionados hicieron de la mujer un individuo más participativo socialmente, no modificaron de manera determinante su condición de opresión, explotación y humillación.

Ante tales actos ^{culpa} la mujer, por lo general, optó por no participar en la lucha, de manera que mistifica sus relaciones con el hombre, y el hombre hará de ella lo que él quiera que sea: su esposa, su amante, su sirvienta, su presa de éxito; la mujer se conformará con ser mirada y mostrada, a la que sólo se le permitirán caprichos y volubilidades. Es un destino impuesto (sobreimpuesto) y armado por el hombre, por ende la mujer siempre estará aprisionada. Las mismas mujeres que se dedican a educar a las hijas, o sea las madres, serán cómplices de los "machos": les eligen libros, juegos, escuelas, modales, ropas, peinados que confirmen las ideas y las hipótesis de los hombres; entre más mujer se sea, piensan las madres, debe ser más femenina y no participar en el mundo de la economía, de la política o de

(62) Figes, E., *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, Madrid, Alianza, 1980, 200 p.

la cultura más que como un reflejo o un eco. Esto lo abordaremos con mayor amplitud más adelante.

A partir de esta situación, la mujer aparece sólo como un objeto para adornar, para destruir y para presumir. O es más, será convertida en un sujeto-objeto de consumo voraz dentro del neocapitalismo.

fem
 Por otra parte cabe señalar el hecho de que si bien es cierto que las mujeres hayan vivido estas relaciones de opresión no significa que nunca hayan intentado rebelarse frente a ese sistema opresivo. Se ha demostrado que desde la revolución industrial, la mujer puede dedicarse a otro tipo de labores y que el hecho de que se les haya obligado a dedicarse únicamente al hogar y a la crianza de los hijos, no deja de lado el que sean aptas para otros trabajos.

Prueba de lo anterior es que en estos últimos veinte o treinta años hemos asistido a una importante transformación, donde algunas organizaciones femeninas (63) luchan por una igualdad de derechos.

En el aspecto histórico y psicológico probablemente no era posible llevar a cabo un desarrollo distinto del movimiento feminista, sin embargo, al considerar a

(63) Nos referimos específicamente a las organizaciones feministas de diversos países principalmente desarrollados, las cuales representan un testimonio evidente de este cambio de dirección. Junto a estas liberales también los socialistas en su tiempo exigían, dentro de una disparidad de opiniones, la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer.

posteriori este desarrollo, es evidente que se perdieron enormes posibilidades, entre otras, la de una toma de posición compacta por parte de las mujeres para convertirse en partes activas o, mejor dicho, en protagonistas activas dentro de aquellos sectores que se consideran como su campo de acción tradicional: la familia, la educación y la cultura. También es verdad que este proceso ha logrado manejar el peligro de la contraposición radical de las mujeres como grupo contrario a los hombres, lo cual habría dado origen a una situación realmente insostenible. Como menciona Simone de Beauvoir: *El vínculo que une a la mujer con su represor es de tal categoría que excluye, incluso en la represión, todo enfrentamiento.* (64)

Aun los movimientos feministas de Europa difieren mucho con los de Estados Unidos pero podemos afirmar que la "revolución" (65) que tiene como protagonistas a las mujeres, ha sido pacífica y prudente, tan intencional como involuntariamente. Es menester señalar también que la "revolución" de las mujeres no puede compararse con ninguna otra revolución social, puesto que no es posible contraponer una sociedad femenina a una masculina (cosa que en algún momento sucedió, como señalábamos, con algunos movimientos feministas, desencadenando en una propuesta que esencialmente significaba una lucha de sexos). El predominio

(64) Beauvoir, S., *op. cit.*, p. 106.

(65) Llamamos "revolución" al momento en el que la mujer lucha por sus derechos como individuo autónomo y con plena conciencia de ello.

del hombre, como apuntábamos antes, jamás se habría instaurado sin la complicidad de la mujer, pero por el contrario, tampoco puede concebirse una reparación de esta injusticia sin que el hombre soporte las consecuencias. Al hacer esta afirmación no olvidamos tampoco que el movimiento de emancipación pudo contar desde el principio con el apoyo del hombre.

Al considerar el esquema central que sirve de base al conocimiento de la igualdad de derechos entre los diversos países, se suele distinguir en la actualidad tres fases fundamentales:

* En la primera fase, bajo el influjo del liberalismo del siglo XVIII se comienza a observar una exigencia de igualdad, aunque muy vaga. 20

* La segunda fase le consiente a la mujer participar en la sociedad, pero la discriminación en las tareas se resiente todavía en la pretendida discriminación entre el hombre y la mujer.

* En la tercera fase la mujer, considerada ya como persona humana, obtiene mayores derechos y se acerca en mayor grado a la idea de igualdad.

La característica peculiar de esta última fase es la tendencia, desde hace un cuarto de siglo a no limitar ya el problema al terreno de la cuestión femenina propiamente

dicho, sino extenderlo a todas las relaciones hombre-mujer. Podemos decir que el fenómeno no se limita a un problema de crecimiento. El paso que ha dado el pensamiento actual del liberalismo individualista al existencialismo personalista ha contribuido en gran medida a ampliar la problemática del significado auténtico de la igualdad de derechos, en toda la dimensión del ser humano concebido en su totalidad, pero quizá resulta demasiado optimista la atribución de tan amplios horizontes al proceso de la "revolución" femenina.

El peso de la cultura para con la mujer, su libertad, su paridad con el hombre, sus relaciones recíprocas, no deben ser motivo solamente de reflexión. Las nuevas conclusiones a las que se ha llegado y que podemos observar claramente, que vivimos en la cotidianeidad tienen que encontrar una aplicación concreta en la vida diaria pero, al parecer, resulta mucho más fácil reconocer teóricamente la libertad de la mujer que disfrutar de sus beneficios en la práctica, puesto que existe la impresión de que las nuevas conquistas femeninas van siendo neutralizadas puntualmente por la sociedad; no sólo a través de la religión, como hemos visto, sino de otros métodos igualmente eficaces.

No obstante la ascensión de la mujer, en contra de lo que se esperaba, no ha servido para dar una nueva vida, nuevo vigor a su conciencia de sentirse finalmente un ser autónomo, aun cuando la ha impulsado a que asuma alternativamente el papel antiguo y el nuevo, incluso a

asumirlo contemporáneamente. La mujer, sobre todo la mujer casada, está demasiado cargada de trabajo y muchas veces ella misma es responsable de esta situación. Nadie la acusa de no cumplir con su deber en el ámbito familiar, pero con frecuencia se ve atada a una concepción de este deber que desde tiempo atrás no ha superado, y que tiene como consecuencia actitudes reforzadas por la cultura como lo *aceptable* y *común* de un mujer. Al verse impedida a realizarse a sí misma debido a violencias externas y/o internas, intenta compensar esta limitación intensificando su esfuerzo en los pocos campos que siguen estando abiertos para ella: la maternidad y el deseo de bienes materiales.

La renuncia a una antigua costumbre que resultaba profundamente familiar -y que en nuestro tiempo, al menos en apariencia, está superada- al igual que el provecho de otra que exige todavía el peso de la experiencia, exige una elección muy valiente. Esto vale la pena, en el caso de la mujer, especialmente por el papel que hasta hace 30 años ejerció en la historia, reaccionando generalmente de una forma conservadora. Sostener que está ya casi todo realizado y que la mujer no tiene más que acostumbrarse al nuevo estilo de vida, significaría cerrar los ojos ante los obstáculos que acechan a la mujer moderna.

Pero también la mujer libre de compromisos familiares y que no se siente muy atada a esos esquemas antiguos acerca de su propia percepción social, puede verse obstaculizada en

sus actividades sociales, ya que muchas veces prefiere asumir tareas meramente auxiliares y secundarias en vez de aceptar puestos de responsabilidad. El miedo suscitado por ^{conc.} la perspectiva de que los hombres puedan estar sujetos a la mujer, es un fantasma que no se ha podido erradicar del todo. Aunado a lo anterior, dentro de la vida privada, los hombres aceptan con gusto verse manejados por la mujer, pero evidentemente sienten como un descrédito para su dignidad varonil tener que soportar algo similar dentro de su vida profesional, en sus actividades culturales y sociales. Esto es ampliamente observable en nuestra sociedad. La discriminación aun dentro de la tabulación de sueldos en el cumplimiento de similares trabajos entre un hombre y una mujer, es prueba de ello.

Se puede decir que la gente se ha habituado a considerar a la mujer ya "mayor de edad", pero evidentemente siente que esta "mayoría de edad" tiene un carácter especial que, de acuerdo con las íntimas (o particulares) aspiraciones femeninas, se conforme con florecer a la sombra. De este modo también en la cultura universal y con matices más sombríos en sociedades más atrasadas que la nuestra se introducen nuevos mitos sobre la mujer, cuando todavía está en uso la demolición de los viejos esquemas, constituyéndose así otro testimonio significativo de que la mujer pueda ser tomada eventualmente en serio. Nunca se ha hablado y escrito tanto sobre la auténtica femineidad como

en el momento actual; prueba de ello son la infinidad de libros, artículos a todos los niveles que abordan la supuesta problemática femenina. No obstante, la realidad muestra que el panorama al respecto se encuentra diversificado y ambiguo en cuanto a concepciones y conveniencias de la femineidad en cuestión.

A manera de ejemplo de estos nuevos mitos, ponemos a los mismos creadores de la moda que tanto alardean de estar a la altura de los tiempos, mientras que al principio le concedía mayor libertad de movimiento a la mujer poniéndola al día según el cambio de sus exigencias, y saliendo al encuentro de algunas necesidades que experimentaba la mujer moderna.

◁La mayor parte de las mujeres se siente todavía prisionera de cierto modelo de femineidad implantado por la moda y la publicidad, pero no con la finalidad de ayudar a la mujer a ser ella misma, lo cual sería muy positivo, sino con el intento de provocar una elegante invitación al encuentro con el hombre, donde precisamente se realza el posible sentido de la moda en nuestra cultura: el de reducir a la mujer a una situación de objeto.▷ Las modas y la publicidad en general, no se preocupan de evitar esta situación sino que por el contrario, la incrementan y es aceptada de manera desapercibida aunque se grite a todo pulmón que la mujer es independiente y se ha liberado del antiguo ideal femenino.

Todos estos síntomas exteriores de la cultura sirven para hacer resaltar una incertidumbre fundamental, que tiene unas motivaciones mucho más radicales y sobre las cuales volveremos en este trabajo en más de una ocasión.

Abordando otro aspecto importante de la cultura, siempre se encuentra flotando la idea del "eterno femenino".(66) A este respecto Evans-Weis nos dice que el hombre, en el correr de los siglos ha determinado siempre la historia de la mujer según sus propias ventajas y criterios (por otra parte, no podemos decir que sus iniciativas hayan sido negativas para ella) y por ello ha creado también el mito de la mujer según sus propios deseos. No obstante, la imagen que el hombre va trazando de la mujer es múltiple dentro de su esplendor. Es posible reconocer en ella más o menos a la mujer, con tal que no la tomemos con demasiada prevención. En su imagen, el hombre proyectó sus aspiraciones y deseos, lo que le gustaría a él ser, lo que odia y lo que teme. Finalmente, en esta imagen ha encerrado todo lo que el hombre anhela, sin poderlo encontrar.

Como hemos venido mencionando constantemente, la historia del predominio del hombre está indisolublemente ligada con la complicidad de la mujer que no solamente ha

(66) El ideal del "eterno femenino" es ante todo un ideal hecho a la medida del hombre. En palabras de Nietzsche "el hombre crea a la mujer: ¿de qué? De una costilla de su dios, de su ideal". Nietzsche, F., *El crepúsculo de los ídolos*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1993, p. 39.

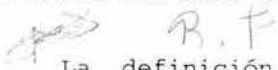

aceptado de buen grado el engaño, sino que ha colaborado activamente en la educación de los hijos y de las hijas, para hacer de éstos unos perfectos dominadores y de ellas unas criaturas sometidas. No hay duda de que hasta hoy la mujer no se ha dado cuenta de que es una persona autónoma, aun cuando se dedica intensamente a los demás (ser-de-otros).

Por otra parte en la literatura, en las películas y en las canciones, la imagen de la mujer que vive su propia vida únicamente en función de la de los demás es un tema muy socorrido y apreciado socialmente en nuestra cultura, aunque a veces se sobrepone el otro tema de la mujer que habiendo logrado imponerse en el plano social, se fija la finalidad de aparecer, en otras circunstancias, como un botón seductor.

Son muy pocas las artes que apoyan y contribuyen al desarrollo de la autoconciencia de la mujer, y cuando las hay en su mayoría son de procedencia extranjera y suelen pasar desapercibidas por el grueso de la sociedad, ya no sólo para las mujeres sino también para los hombres. Con esto afirmamos que culturalmente no existe en nuestra sociedad la producción de canciones, películas y libros, o, mejor dicho, son muy pocos los involucrados que han podido presentar a la mujer como un individuo que actúa y reacciona en este mundo, que vive en medio de los demás, que recorre el difícil camino de la autoconciencia y de la maduración,

renunciando quizá a mitad del camino pero siempre como sujeto consciente.

Retomando la cuestión del ideal femenino, mientras muchos afirman que no creen ya en el "eterno femenino", constantemente brotan modelos inéditos de idealización en medio de los fantasmas viejos ya superados, y para ello basta con abrir cualquier tipo de revista comercial femenina donde las iconografías utilizadas tienen siempre como tema los valores peculiares y esenciales de la mujer. Recordemos a este respecto la imagen típica de la mujer "femenina" y de la mujer "maternal". Modelos más acentuados en las revistas de moda especializadas donde los *slogans* publicitarios anuncian que tal o cual moda es o será clásicamente femenina, o bien que en ciertos detalles, a pesar de todo, le darán una nota de femineidad(67) ligeramente esbozada.

 La definición de mujer verdaderamente femenina ha adquirido en esta época un doble significado, respaldado por todos los mecanismos sociales y publicitarios. En la primera acepción  el término "femenina" significa obediente, sensible, un tanto sofisticada, cariñosa, nunca irónica ni sarcástica, provocativa hasta el punto que el hombre permita, maravillosamente ingenua y, desde luego, no falta 3b

(67) Con la expresión "nota femenina" se acostumbra definir todo lo que a primera vista parece contradictorio. En otras palabras, todo lo que en el pasado fue designado como femenino pasó de lo frívolo a lo misterioso, añadiendo a ello los caracteres que parecen indispensables para la manera de vivir de la mujer moderna.

de cierta inteligencia. Pero a veces la acepción "verdaderamente femenina" supone algo más, significando que la mujer no cuente ni con una sombra de agresividad y total sumisión al hombre, además de las características ya mencionadas. En pocas palabras, una mujer que es sencillamente mujer, prescindiendo de las maneras que aun exigen las costumbres sancionadas por la tradición, que demuestre ser libre, responsable, consciente y autónoma, se dirá que es "alguien" pero no se dirá nunca que es femenina.

En función de ello también la imagen de la madre ha padecido de notables transformaciones. La representación de la madre anciana, sufrida, venerable y canosa, se ha visto suplantada por la figura juvenil, atrayente e incluso seductora que aparece en los anuncios publicitarios de productos domésticos y en general (incluso en los del "Día de la Madre"). Es interesante observar cómo esta imagen es casi idéntica en los pueblos y en la ciudad y que según los grupos sociales no varía mucho. La maternidad y la juventud no son ya elementos antitéticos.

Muchas veces se trata la problemática de la actividad profesional de la mujer a la luz de los viejos esquemas, que no se proponían tomar el pulso de la realidad de la mujer en su situación concreta sino más bien definir a la mujer, o peor aún a las mujeres en general. "La mujer es mujer de casa", son las palabras de muchos hombres que pretenden dejar resuelta la cuestión, y no contentos con ello muchos

piensan todavía que también es necesario de vez en cuando, por "necesidad" o "deber", atizarle algunos golpes correspondiendo quizá con ese viejo dicho árabe que dice *Si tu no sabes porqué, ella sí lo sabe.* Esta tendencia a hablar de la mujer por medio de paradojas y recurriendo a lugares comunes genéricos, contribuye a despersonalizarla y a convertirla ya no en persona sino en una entidad anónima, cuyo único rasgo distintivo es el sexo al que pertenece. 2b

Por otra parte, y de esto nos olvidamos con mucha frecuencia, la mujer goza del privilegio de la novedad, una novedad que todavía no se ha hecho sensible a la rutina y a los hábitos de una práctica cotidiana. Por eso al enfrentarse a una tarea con la debida competencia, sentido de responsabilidad e interés profesional, podrá de todos modos aportar una contribución válida aun cuando no actúe en nombre de su femineidad. En vez de insistir en la cuestión de que la mujer tiene que enfrentarse con sus propios problemas ante todo de una forma femenina, sin saber qué es lo que quiere decir exactamente esta palabra, sería mucho más provechoso ayudarla a desempeñarse, aun cuando pueda resultarle difícil a ella misma separarse la estaticidad de los viejos modelos que siguen vigentes en nuestra sociedad -aunque sean muy atractivos los nuevos-, que han ido forjando con prisa la cultura de masas y que ha codificado hasta sus más mínimos detalles a través de la publicidad con sutiles seducciones. Sin embargo es conveniente que la mujer

siga su propio camino sin vacilaciones, aunque amenazada por el riesgo de tener que dar quizá un paso atrás, tal como lo expresa Jutta Menschik. (68)

2.2 El refrendo familiar ante actitudes impuestas como femeninas

La familia, quien es responsable de la formación de los individuos desde que estos nacen, se rige por ciertos patrones socio-culturales, algunos de ellos ya mencionados, y esto da como resultado que se estipule un tipo de trato específico para los individuos recién llegados de acuerdo al sexo (genérico) al que pretenezcan, partiendo desde la forma en que se carga a los hijos, como se juega con ellos, los colores de la ropa y los juguetes, etcétera)

Existen colores específicos tipificados culturalmente como femeninos, así pues, desde que nace una niña lo más común es que se vista de color rosa, amarillo, etcétera (colores tenues); desde el principio su trato será con mayor cuidado y ternura de acuerdo al ideal del "eterno femenino" establecido culturalmente; se procura que los juegos no sean rudos ni sucios (como jugar con tierra, etcétera), se les regalan muñecas, cunitas, paños para limpiar el polvo, escobas para que puedan jugar a la ama de casa. A los niños todo lo contrario en tanto la forma de vestir y jugar, se les regalan cochecitos, espadas, pistolas, útiles de

(68) Menschik, Jutta, citada en Firkel, E., *Identidad de la mujer*, Barcelona, Herder, 1980.

carpintero en forma reducida, etcétera. En ambos casos para reforzarles un patrón específico de conducta preparándolos para cumplir con un rol social preestablecido ya aun antes de su nacimiento. Sin embargo cuando lleguen a mayores tanto unos como otros están capacitados para conducir el automóvil y cumplir tareas similares, por tanto Jean Ronstand tenía razón al plantearse la misma pregunta que nos planteamos nosotros: ¿las muñecas y los soldaditos son responsables no menos que las hormonas de la diferencia de los sexos?

2b
Durante los primeros cinco años de vida la niña aprende gracias a una secuela de clichés y de lugares comunes, qué es lo que es lo que significa ser niña o mejor dicho, qué es lo que se espera de ella en cuanto niña; la femineidad culturalmente preestablecida, disponibilidad, pasividad obediencia. Pero en la sociedad la mujer provista de estas cualidades es la mejor aceptada. Es verdad que querer educar a una niña como varón no tendría ningún sentido, tomando en cuenta lo que respecto a esa forma de educación también le han quitado al niño, hasta hoy día, ciertos contenidos humanamente significativos sin olvidar al mismo tiempo los valores que tanto el hombre como la mujer tendrían que aprender en común para realizarlos en su vida. En este sentido podemos estar de acuerdo con André Mauriets cuando afirma que hasta ahora la niña ha sido educada en la pasividad, y que hay que revisar por completo este tipo de educación si queremos salir al paso de un resultado

semejante. Hemos de educar a la niña con los mismos criterios que al niño y despertar en ella el deseo de asumir con plena autonomía la responsabilidad de su propia existencia. (69)

Después de observar con detenimiento a la familia podemos comprobar inmediatamente que la vida de la mujer se vio encerrada durante siglos dentro de los límites que otros habían planeado. Le ofrecieron un espacio vital dentro del cual podía asumir un papel predominante pero excluyéndola a su vez de otras ramas esenciales de la vida, en las cuales ella tendría una tarea que llevar a cabo. No hay duda de que la mujer ha realizado con frecuencia, en silencio y con modestia, grandes obras pero y que muchas veces, por casualidad, ha sido alabada no tanto por sus obras como por la modestia con que ha logrado realizarlas. Es preciso reconocer que tales patrones de comportamiento hacia la mujer son reforzados dentro de la familia constantemente, no siendo así con el hombre, pues a la mujer se le convence desde niña que está bien ocupada en tareas útiles dentro del hogar y que es ahí donde puede realizar su propia felicidad, en la medida de los frutos o actitudes que de ella se esperan,

Su dignidad consiste en que siga siendo una desconocida, su gloria es la estima con que la considera su esposo, su felicidad se identifica con la

(69) Esto también porque entra en juego la formación bajo la cual fue educada en torno a la familia.

de su familia.(70)

La frase proveniente de Rousseau expresa no solamente la concepción burguesa de su tiempo, sino que se convierte en portavoz de una opinión considerada como la cima de la cultura occidental.(71) Esto nos explica, además, por qué se ha considerado siempre de gran importancia el que la mujer aceptase esta situación, pues no solo tenía que hacer lo que de ella se esperaba, sino que tenía que hacerlo de buena gana. En esas condiciones la formación familiar va conduciendo a la mujer a que en la medida que cumplierse con esas normas familiares se le permitirá dar rienda suelta a su ingenio y aprovechar sus dotes más particulares, siempre y cuando permanezca dentro de los límites de su clase y su destino de mujer.

Así, pues, podemos decir que la historia de la mujer como individuo se empieza a estructurar dentro de la misma familia; al decir "historia de la mujer" nos referimos a las perspectivas de realizarse dentro del cuadro de lo que se ha definido para siempre como su femineidad, sin posibilidad alguna de realizar su propia decisión en la totalidad de aspectos(72)

(70) Friedman, B., *La mística de la femineidad*, Barcelona, Jucar, 1976, p. 23.

(71) Careaga, *op. cit.*, p. 38.

(72) Argumentando que ella sacrificó su seguridad con tal de dedicarse en cuerpo y alma a ellos, porque abandonó sus estudios, o porque no trabajó en lo que había estudiado por darles lo mejor a ellos, etcétera. Esto depende de cada situación particular, pero lo que permanece como elemento general es el chantaje por cualesquiera que fuesen sus argumentos.

La coparticipación dentro de una familia resulta decisiva, pero es observable que en la mayoría de ésta, cuando el hombre no afronta responsabilidades de trabajo doméstico o de tiempo para dedicar a su familia, nadie se lo echa en cara; todos los integrantes se muestran comprensibles con él e incluso tienen las excusas más variadas, pero esto no es el único problema sino que la madre todavía no está acostumbrada a ver en su género (sexo) a la mujer en la totalidad de su dimensión humana, y con frecuencia recurre a la excusa bajo la cual fue forjada como individuo. El hecho de que la mujer desde el punto de vista biológico está más condicionada que el hombre y de que la maternidad supone una carga mayor de responsabilidades que la paternidad, llevándola a una deducción de desigualdad efectiva determinada por los sexos.

◁La aceptación de la mujer por parte de ella misma, de su propia femineidad, se interpreta como una renuncia irrevocable a todo aquello que el hombre ha poseído siempre de forma natural, y esta muy posible aceptación de su femineidad como mujer es refrendada fuertemente dentro del ambiente familiar.

Por otra parte, la mayor dificultad que se vislumbra es la que procede del hecho de que la mujer está muy poco acostumbrada a realizar una opción autónoma en la que se comprometa toda su vida. > Aunque también ha experimentado en

todos sus aspectos la manera de vivir con los demás, cuando se trata de proyectar su propio destino en vez de aceptarlo se encuentra ante un dilema, dilema que parte de lo vivido dentro de la familia presionando en ella esquemas aprendidos cotidianamente; lo que favorece y estimula su desarrollo individual será provechoso para los demás.

En la actualidad una mujer que no quisiera vivir exclusivamente para su marido y para sus hijos realizaría una opción que implica una serie de consecuencias que traspasaría los límites que le han impuesto desde el principio de su educación, pero estos cambios atienden más al impacto de la era de mayor publicidad. En el terreno de sus funciones estrictamente familiares, la mujer no tiene otro remedio que mantener el paso con todo lo que le rodea. (73)

◁Ante estas circunstancias se hace evidente que el papel de la mujer dentro de la misma familia está supeditado a un rol secundario y que difícilmente cambiará de manera visible y rápida en nuestra sociedad, tal como lo dice Helene Deutsch y con la cual coincidimos:

(73) Ejemplo de esto último son los comerciales de revistas de bodas, donde el eslogan principal es "Para la decisión más importante de tu vida", refiriéndose al matrimonio como el hecho más trascendente en la vida de una mujer; y no olvidamos que el hecho de casarse no necesariamente en términos de lo ideal, signifique que una mujer se convierta en ama de casa, pero en términos de lo real el promedio de educación en nuestro país y la desinformación y apatía característica de todas las clases sociales, nos brindan otro panorama menos dulce.

La tarea más urgente que le corresponde a la mujer y que no se contrapone a su misión connatural, consiste en ser la compañera eficaz y preparada para el diálogo con su marido y con los hijos que van creciendo. Pero la mujer solamente estará a la altura debida para cumplir esta misión con la condición de que con su propia iniciativa, supere de vez en cuando los confines de su mundo estrecho para enfrentarse con el mundo exterior. (74)

El modelo de vida de la mujer, incluso de la que desea seguir fiel al papel que se le enseñe como femenino tradicional, se diferencia fundamentalmente del que se le presentaba hace tiempo; por otra parte las mujeres aspiran a ocupar un lugar dentro de la sociedad, además del lugar que ocupan en la familia. Aquellas que interpretan estas dos misiones como única misión inseparable advierten con claridad las exigencias de un nuevo plan de vida más actualizado; por todas ellas la sociedad ha hecho muy poco y, en consecuencia, la mujer se ve abandonada a sus propias fuerzas y tiene que enfrentarse sola a las circunstancias: no recibe estímulos ni de sus propios hijos. No obstante del buen éxito de esta integración y unificación de las diversas misiones de la mujer, *depende en forma determinante que las demás mujeres, sobre todo las adolescentes, vayan albergando la suficiente confianza que las capacite para asumir el riesgo de llevar a cabo una vida distinta de la que se les*

(74) Este comentario no solo es aplicable, desde luego, a la mujer, pero lo enfatizamos aquí por las características del trabajo y por el importante papel que tiene la mujer, y predominantemente el hombre, dentro de la familia. Ver: Deutsch, H., *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1972, p. 52.

enseña. (75)

◁ No debemos olvidar jamás que apenas llega la mujer a imponerse en la sociedad, *el matrimonio y la familia le ofrecen posibilidades y contenidos más amplios.* (76) Justamente podemos preguntarnos si el hecho de que pueda realizar en la intimidad de su vida familiar más que en el pasado, la plenitud de su humanidad, no le ofrecerá quizás una doble alternativa:

1) La de formar su autoconciencia más sensible gracias a una experiencia capaz de recoger su propia personalidad, forjándose una voluntad ansiosa de cimentarse por medio de responsabilidades cada vez más comprometedoras. Como dice Helene Deutsch "el centrar la responsabilidad en uno mismo descentralizándola de los demás, sirve como respuesta a ambos". > El mismo impulso es el que induce a la mujer a realizar el doble aspecto de su propio enriquecimiento humano sin sucumbir por ello ante conflictos anteriores.

2) ◁ Por el contrario la segunda alternativa nace del conocimiento de que su misión familiar resulta tan rica que es capaz de llenar su vida entera, precisamente porque en la familia moderna aparecen perspectivas más amplias de actuar su propia humanidad. Pero esta última elección conserva su atractivo y su validez en nuestra sociedad y cultura en la

(75) Muriat, André, citado en Forward, S., *Padres que odian*, México, Grijalbo, 1992.

(76) Rousseau, citado en Singer, I., *La naturaleza del amor*, España, Siglo XXI, 1992, p. 73.

vida familiar animada y comprometida; la mujer mientras es joven no conoce tan fuertemente el peligro del vacío que irremediabilmente la empieza a perseguir en un determinado momento de su vida, agudizándose conforme pasan los años. >

Muchas de aquellas cosas que la educación tradicionalista hasta ahora designa como no femeninas, tienen que ser enseñadas intrafamiliarmente a las niñas. En países como el nuestro cargados de tradiciones seculares, este proceso de adaptación es largo y penoso, ya que la presión que ejercen los prejuicios y los mitos pueden seguir sobreviviendo muchos años más sobre las estructuras sociales de las que brotaron originalmente.

> En definitiva la mujer ha sido mitificada desde dentro de la familia, y este mito no es más que la sublimación de la mujer tal como ha sido querida y pensada por un ser varonil y tal como la han propuesto y plasmado las exigencias y aspiraciones de una sociedad en donde la mujer no ha encontrado una colocación exacta, por tanto se trata de la imagen de una mujer idealizada y cristalizada que ha ido dibujando con unas formas a veces brutales pero con frecuencia preciosas y refinadas (incluso espirituales), una situación caracterizada desde los tiempos primitivos hasta los actuales por continuas discriminaciones > Tales precedentes tienen que dejar huella en la manera de pensar y de vivir en el inconsciente; por lo demás, y a pesar del supuesto progreso, existe un evidente tradicionalismo que

intenta aprovecharse de la fascinación de este mito que ha sobrevivido, como suele ocurrir, a la misma situación que la engendró.

La rehabilitación de la misión familiar de la que hemos hablado aparece como un intento en contradicción con el curso de los acontecimientos, por ello no garantiza que sea un fenómeno de escasa duración y con el acostumbrado retraso de la evolución social. En comparación con las sociedades de primer orden podremos quizá asistir a un cambio como el que han cursado tales sociedades más avanzadas.

Betty Friedman lo puntualiza de este modo:

La mujer, o al menos la mujer de la burguesía y de la clase media que, por lo demás, es la que hace peso, llega en ciertos momentos a descuidar sus estudios, renuncia a sus compromisos sociales y solo piensa en retirarse a una existencia cómoda y confortable; bien manejada por una hábil campaña publicitaria se dedicará de buena gana y con no poca utilidad a trabajos domésticos totalmente inútiles. Estas mujeres se sienten de nuevo orgullosas de su condición de "desempleadas" se glorían de tener un diploma inédito: "el arte de ser mujer". (77)

Betty Friedman demuestra cuales son los daños que una mentalidad semejante ha causado a la mujer americana, y que es extensible a la mujer mexicana actual. En este ensayo de Friedman, nos dice Rochefort, se deduce con claridad que el impacto sufrido por la mujer americana de las zonas

(77) Aclaremos que en la cultura occidental desde su tiempo hasta los años sesenta, pero que en nuestra sociedad permanece vigente puesto que tal concepción resulta muy actual para la gran mayoría. Friedman, B., op. cit., p. 68.

residenciales es la consecuencia de una crisis de "rechazo". Muchas mujeres han recibido de sus propias madres el consejo y los ánimos para que se porten como ellas, pero por otra parte no han encontrado en su ambiente la alternativa de un ejemplo positivo en el cual inspirarse; al mismo tiempo cierta mística montada por la publicidad les ha impedido ir creciendo de acuerdo y en armonía con su propio mundo, lo cual es equiparable a la situación contemporánea de la mujer en México.

Creemos que el caso anterior es aplicable a nuestro país, puesto que lo vivimos en la actualidad. Existe una crisis tanto por lo que se le pueda decir o no a la hija y lo que culturalmente se le refuerza; muchas veces se contradicen las actitudes familiares en torno a su educación, lo que indiscutiblemente tendrá como resultado, tarde o temprano, algún tipo de crisis que variará de acuerdo al grado o situación específica y particular de cada caso, pero el resultado de fondo es que siempre será muy difícil superar esta crisis, ya que sobre sus perspectivas reales siempre recae la tradición de las normas de conducta preestablecidas que se ven reafirmadas por una situación de sumisión en la que la conquista de la propia identidad representa una dificultad cerrada a priori para la mujer, puesto que la mayor parte de los factores que determinan nuestro comportamiento están establecidos ya desde antes de nacer, y de esta ley casi nadie puede escaparse; incluso

antes de que hayamos tenido tiempo de darnos cuenta las estructuras sociales y culturales - en las que se encuentra enmarcada la familia-, han ido resolviéndolo todo en nuestro nombre.

Es casi imposible, sino es que abiertamente imposible, obligarlas a que nos sirvan de instrumento, y resulta a su vez muy difícil escapar de su influencia. Sin embargo, a todos nos es permitido en cierto grado imponer nuestra propia norma de conducta a los modelos preestablecidos y a los prejuicios. De la misma forma sólo si se llega a desenmascarar el nuevo y petulante mito de la "mujer femenina" que a primera vista parece tan inocente, se podrá evitar que la mujer no se libere y rechace la actitud de asumir una personalidad definida y no propia.

Pero aterrizando más directamente sobre lo que implica la familia en nuestra cultura, en cuanto al primer núcleo de formación del individuo y más específicamente a lo que debe ser femenino o al ideal de la femineidad que se inculca a la mujer a través de los modelos explícitos y los observables por parte del niño y más concretamente de la mujer, ⁽Gabriel Careaga nos brinda un panorama bastante claro y real por medio de los distintos papeles que la mujer va aprendiendo y desarrollando en tanto a su forma de vida. Nos dice:

La verdad es que la mujer sigue siendo educada dentro del rol de la preparación para casarse, cuando es joven se le deja ir a la escuela, se le permite tener amistades y se le encauza para tener un novio

oficial.(77)

Este sería el primer patrón reforzado hacia la mujer partiendo de su adolescencia. Aparece la novia y todo su rol consistirá en construir un noviazgo feliz, sueña con el príncipe azul, piensa enamorarse de él para siempre, al hombre del cual se enamore le entregará su virginidad. Muchas veces no le exigirá al novio que esté todo el día con ella, le permitirá tener amigos de ambos sexos pero con la condición de ser ella la primera; el novio tendrá que estar pendiente de detalles como no olvidar los cumpleaños de ella y sus padres, así como el de compartir fechas célebres como la Navidad.

Aunque la novia estudie su vida está en función de su relación amorosa, no tiene, a partir de esta relación, ni intereses profesionales serios y/o comprometidos, ni sociales; su vida se convierte en función de su biografía de noviazgo que la irá convirtiendo en un ser cada vez más posesivo y exigente de pruebas de amor; aconsejada por su madre, irá gustando también de ir sometiendo al novio, sentir que él depende de ella, manipularlo. Esto a consecuencia de una feroz educación social y familiar para cumplir con este rol.)

(78) Historia que se ha desarrollado, por lo tanto, dentro de unos límites muy estrechos, que dentro de estos límites referidos encuentra altibajos, que comprensiblemente no parecen considerar a la mujer como un individuo digno de autonomía y libertad. Careaga, *op. cit.*, p. 82.

Maquinan sueños como el que seguirá estudiando mientras el novio termina su carrera y del mismo modo también cumple los caprichos de él, se entusiasmará por actividades o aficiones no tan propias de sus gustos tales como los partidos de fútbol, los arreglos de un auto, etcétera, y así, en esta mecánica de intercambio de deseos y cumplimiento de caprichos de la pareja, la adolescente, sin quererlo quizá, se va transformando en novia manipuladora y cosificada como resultado de este noviazgo sobre el cual está centrada su existencia, y que la prepara para otro rol próximo: el de mujer casada.

Este segundo punto (el de mujer casada), resulta de la preparación que hemos mencionado, llevando a su objetivo principal en la vida: casarse. A partir de este momento su vida pasa a estar en función de la cotidianeidad del matrimonio; en esta relación prácticamente, y desde una perspectiva tradicional de amo-esclavo, el esposo permitirá y estará de acuerdo con que las mujeres sean libres y trabajen, pero su esposa no. La futura madre de sus hijos debe ser una señora de su casa, y esta ideología no sólo la acepta o la desarrolla el hombre, sino que también es avalada por la misma mujer, así, pues, la señora de la casa (la mujer casada), se va convirtiendo en un manojo de nervios, histérica y simuladora. Los primeros meses de matrimonio le da satisfacción recordando todos los detalles de su boda y luna de miel pero esto, aunque no

necesariamente es efímero, sí tiene un desgaste considerable con el paso del tiempo, porque ya transcurridos los meses y ya embarazada empieza a sentirse nerviosa y cuando llega el esposo ella quisiera que todavía estuviera de luna de miel y que la atendiera como antes, y que la "chiqueara"; pero ahora resulta que tiene que esperarlo todo el día y su casa no siempre le representa trabajo qué hacer, aunado a que no siempre va el esposo a comer pues no tiene mucho tiempo libre. Empezando a sentirse prisionera comienza a desarrollar un mecanismo que la libera momentáneamente de su angustia, y se da entonces el consumismo. Esto se manifiesta de acuerdo a cada nivel socioeconómico al que pertenezca pero es un síntoma real. Llenándose de hijos siente que el esposo ya no la quiere como cuando eran novios y día a día se vuelve celosa, pensando que con la llegada de los hijos su matrimonio y su situación de casada la obligarán a pensar que su vida tendrá sentido en relación a los hijos, convirtiéndose su familia en su mundo, reflejo de la que ella procede y así empezará a configurar su nuevo rol: el de la madre.

Este tercer punto, donde podemos abarcar como última fase en relación a la familia, es cuando se estructura una nueva personalidad de la mujer a partir de los notables cambios que acontecen no sólo debido al tiempo, sino que ahora su vida está en función de cuidado de sus hijos; la vigilancia, su alimentación, defenderse de los demás o

realizarse a través de ellos. Así que la madre jamás se sentirá abandonada, si el esposo la dejara de querer ella contará con el cariño de sus hijos, y para tal objetivo hace todo lo posible para convertirse en el elemento fundamental de la familia. Ella sufrirá, llorará, rogará, con tal de que sus hijos siempre la quieran. La madre siempre estará pendiente de inculcar el sentimiento, las ideas, e inclusive su visión política del mundo. La madre percibirá que tiene en los hijos un afiliado fundamental para la lucha del estatus interno frente al padre o los novios(as) de sus hijos.

De ahí que empiece a organizar todo un cúmulo de relaciones en las que ella manipulará al esposo porque le dio los mejores años de su vida, y a los hijos porque se ha sacrificado por ellos.(79) Siempre estará pendiente de hacerles ver que ella es una víctima, que siempre la deben de atender y hacer caso porque de lo contrario "lo pagarán". Esta madre exige respeto, amor, tolerancia, que jamás la contradigan porque esto le provocaría histeria, ataque y/o repercutiría en su salud. La madre descansará en un modelo de organización social tal como se lo inculcaron a ella.

En este mundo de enajenación de la sociedad mexicana, la madre espera como verdugo y como esclava, porque si es

(79) Crecer dentro del ambiente que le rodea es un hecho de que no logra apartarse del ambiente exterior que se mete por todos los rincones de su reino de casa-jardín-cocina (hijos). Por lo demás, basta con la televisión para que se rompa con el aislamiento.

enérgica o tolerante con los hijos, también es servicial y "alcahueta".

La madre siempre vivirá obsesionada por no quedarse sola, porque no la dejen de querer. Al acercarse a la edad madura, como los cuarenta años, sufrirá una grave crisis porque notará que a pesar de sus esfuerzos sus hijos también son seres que quieren e intentan tímidamente ser libres; entonces es común que en la madre surjan las neurosis e hipocondrías porque a estas alturas descubre que la monogamia y la fidelidad son ideas contrarias a lo que se le dijo, y que desde niña no pudo verlo nunca; descubre que el esposo la engaña y tiene una amante. Pero no obstante lo anterior, la madre ha triunfado. Su poder sentimental y moral es total; ella será la que definitivamente organice la vida de los demás miembros de la familia, la que diga cuáles son y cuáles deben ser los comportamientos de los hijos, la que diga cómo debe organizarse la casa, cómo arreglarse, qué debe comprarse, etcétera. Será la que sancione en definitiva las amistades de sus hijos, la que manipulará el sentimiento de culpa del esposo para cumplirle los caprichos; la madre se convierte así en una diosa, en un mito, un objeto sagrado, en la encarnación del bien y del mal; la que dicta las normas y/o intereses. Apegándonos a nuestra cultura sería la encarnación de Coatlicue, diosa amante, protectora, pero también diosa asesina que persigue e incluso mata a sus hijos. Ya aquí no es la madre sufrida o abnegada, sino que

este "sufrimiento" y esta "abnegación" son un arma más para el triunfo y el poder de la típica madre mexicana que manipula y domina a toda la familia.

Aunque estamos conscientes de que todas las familias tienen sus variantes y sus variantes psíquicas, creemos que en esencia estas tres fases describen la formación de la mujer mexicana, que si bien no es aplicable a la totalidad si lo es de manera visible a un gran número independientemente del estrato social al que pertenezcan, porque estas actitudes son cotidianas si se observa con detenimiento incluso dentro de la propia familia y se hace de lado el autoengaño (que es otra característica de la cultura mexicana).

Los patrones de los cuales hablamos, dan muchos elementos para discutir y analizar, porque lo que se forja en la actualidad dentro de la familia es una nueva modalidad de amas de casa, que son las mujeres que cuentan con una carrera, incluso tituladas, pero que sus expectativas no van más allá de tales esquemas aprendidos en casa y reforzados por la publicidad(80) y el entorno (en el mejor de los casos), porque mucho se habla de la liberación femenina en términos de lo ideal pero en la realidad no se ve modificada de manera significativa la concepción de la mujer, tanto por parte de la mujer misma como por parte del hombre, lo cual

(80) Deutsch, H., citada en Dowling, C., *Complejo de Cenicienta*, México, Grijalbo, 1988, p. 120.

llama la atención cuando estamos a umbrales del siglo XXI. De ahí que sea importante reflexionar sobre esta situación de la familia, que es cuna de individuos sin expectativas concretas en relación a vidas independientes y libres. (81)

2.3 Concepción de lo sexual en la mujer

La moral, el comportamiento sexual y erótico, son algunas de las expresiones más complicadas y difíciles dentro de la cultura mexicana porque jamás se interroga o reflexiona sobre el tipo de relaciones que se llevan y cuáles es el origen de comportamientos represivos o neuróticos, que si bien son aplicables a ambos sexos podemos especular que tiene una mayor repercusión psico-social en la mujer, dado su rol en una cultura de dominio masculino como la hemos ido describiendo a lo largo de este trabajo.

Dentro de este marco, son observables elementos como los que se juegan en las relaciones hombre-mujer en donde lo típico viene a ser, en el caso del hombre, la fantasía obsesiva por la conquista de mujeres en donde ideas sobre el sexo y el erotismo generalmente se ocultan y deforman, convirtiendo su estilo de relajación en una especie de donjuanismo cuyo lema "amar y dejar a las mujeres" oculta

(81) Pero para que las adolescentes cobren conciencia es importante que dentro de los programas de educación se implementen contenidos que atiendan a esta situación, y que al mismo tiempo también existan campañas de difusión sobre este tópico, cosa que hasta el momento no se ha dado, al menos de manera comprometida (más allá de mucha palabrería barata en nombre del feminismo, sin que el feminismo siempre lo sea.

tras la máscara de satisfacción y triunfo, una incapacidad de seducción.

La sociedad mexicana en su mayoría, desde la Colonia, tiene una serie de ideas totalmente erróneas sobre el sexo y el erotismo como resultado de la imposición de la Iglesia católica(82) que han dado una visión puritana del mundo, maniquea y sobre todo con culpa.

Aun dentro de las zonas más urbanizadas, aparece como un inconsciente colectivo todo tipo de prejuicios y culpas relacionados al comportamiento erótico, o mejor dicho, relacionados al "ejercicio mecánico del sexo", pues en la tradición de esta cultura represiva no existe, en realidad, espacio para la libertad y el erotismo, solo hay pornografía y mojigatería.

Es importante que antes de continuar podamos plantear la pregunta acerca de lo que entendemos por erotismo. Para

(82) Este tipo de comportamiento represivo y puritano es observable en diversos folletos distribuidos por la Iglesia católica o de cualquiera otra religión, conteniendo mensajes como éste: *La lujuria es el vicio que lleva a los placeres de la impureza, que están prohibidos en los mandamientos 6° y 9°... La lujuria es un apego desordenado de los placeres de la carne y a todo aquello que con ellos se relaciona.*

O bien los consejos a los adolescentes en términos de represión: "Es la impureza el deseo desordenado de deleites carnales, es decir, a aceptar cualquier deleite carnal fuera del matrimonio. La impureza da nacimiento a un vicio capital que se llama lujuria, la que acarrea males sin cuento". Estos son dos ejemplos visibles y bastante actuales que hasta el día de hoy diversas religiones se empeñan en seguir promoviendo. (Tomado de un folleto repartido a las afueras de una iglesia en la ciudad de México).

Georges Bataille es la aprobación de la vida hasta la muerte. El erotismo sería de esa manera un encuentro más profundo del ser, o como lo expresa Herbert Marcuse:

El erotismo es el triunfo sobre la muerte; es una forma de encontrar el cuerpo para convertirlo en un instrumento de placer y de plenitud. Es la expresión de la afirmación, de la dialéctica, de la aspiración amorosa, de la creciente receptividad de la sensualidad. (83)

Esto es, finalmente, que el erotismo siempre trae consigo la perturbación, la agitación, la extrañeza, el asombro de encontrarse con el cuerpo. Una forma de ser pleno y auténtico totalmente contraria a la sexualidad de plástico, protegida por la pornografía y otros instrumentos de publicidad que son una forma de negar al hombre y a la mujer. El erotismo plantea realmente lo que es el hombre y lo que lo hace diferente de los animales a través de un real conocimiento del cuerpo.

La actividad sexual del hombre no siempre es necesariamente erótica; sólo lo será cuando no sea rudimentario o cuando no sea simplemente animal. (84)

El sexo como expresión solamente animal y no erótica aparece sobre todo como el triunfo del cristianismo y de la religión católica de occidente, que empieza a negar al hombre y reprimirlo a partir del rechazo del cuerpo en nombre de un ideal. Así el erotismo comienza a configurar

(83) Marcuse, H., "Marxismo y feminismo", *Controversia 20*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1976.

(84) Bataille, Georges, *El erotismo*, España, Editorial Mateu, 1971, pp. 23-24.

una actitud que rompe con lo religioso y el ritual de casi todas las religiones.

Pero también esta forma que impone la religión da como resultado la aparición de la violencia moral y sexual. Se trata de la concepción de las relaciones amorosas como un hecho que causa pena, como una expresión de vergüenza y miedo, y también como una necesidad de ejercer lo sexual en un juego alternativo donde se peca y se arrepiente; donde triunfa momentáneamente el "eros" y aparece a continuación la culpa de manera más fuerte.

Este juego entre el actuar correcto (o mejor dicho, esperado) y la culpa por parte de la mujer con respecto a su sexualidad, pone de relieve el hecho señalado anteriormente, que tiene que ver con que su cuerpo es de otros y no de sí misma. Asimismo las funciones llevadas a cabo con este cuerpo, según los principios de la óptica masculina del mundo, excluyen determinadamente lo erótico como una posibilidad femenina o de las mujeres (al menos en las mujeres "decentes"). Decencia es en este sentido utilizada en el lenguaje convencional como la línea divisoria de las mujeres que "actúan bien" o las que "actúan mal".

Este actuar "bien" o correcto viene determinado por la concepción genérica del mundo, en donde, de acuerdo a elementos dominantes del entorno socio-cultural estructurados por ejes de ideología, se llega a una

cualificación del hombre y la mujer como "buenos" o "malos". Generalmente el acceso a discursos y fuentes de experiencia viene determinado por la condición de los sujetos, de modo que la ubicación de clase, género, nacionalidad, nivel educativo, formación técnica, intelectual o artística, estipulan la relación entre sujeto y concepción de mundo. No resulta difícil vislumbrar desde aquí que si el discurso histórico ha girado en torno a la visión masculina, sea la mujer la depositaria, en gran medida, de la "maldad" del mundo. (85) Volveremos más adelante sobre la tipificación de la maldad en la mujer.

En México, gracias a elementos y concepciones legados de la Colonia y la Edad Media, el papel de la mujer con respecto a la sexualidad ha quedado marginado al de un objeto de uso procreativo. Ideas religiosas con respecto a la mujer no han hecho más que mitificar y tratar de encasillarla dentro de este papel, siendo de tal suerte -y en su caso aún más agresiva que con los hombres- una de las mayores líneas de control y regulación de pautas de comportamiento, pensamiento y actitud que cada mujer y hombre dan en respuesta al cumplimiento de su ser como sujetos, es decir, de acuerdo a su rol genérico.

Desde que nace un bebé lo primero que suele hacerse con la pregunta a los padres de si es varoncito o niñita, es la

(85) Ver Nancy Friday, *Sexo: varón. Fantasías sexuales masculinas: el triunfo del amor sobre la violencia*, Barcelona, Vergara, 1981.

clasificación con respecto al género. Como apuntábamos en el primer capítulo, culturalmente tiende a ser más valorado el sexo masculino, y aunque no siempre se llegue a extremos de prácticas radicales que omiten la femineidad, (86) es claro que esta identificación del sexo del niño cumple las funciones de colocación automática dentro del mundo social, donde las pautas de comportamiento y expectativas para cada sexo están ya prefijadas.

Modernamente se llama género a lo que una persona dice o hace para indicar si es varón o mujer. Género, pues, es una señal. (87)

En cambio se prefiere reservar la palabra "sexo" para fenómenos anatómicos y fisiológicos; si bien ambas cosas están relacionadas en la determinación de lo que es ser mujer u hombre, es cierto que una no se debe a la otra. El sexo deviene de las características biológico-estructurales, el género de lo cultural, de lo social, lo psicológico, e incluso la historia.

Por ello la modificación actual en los papeles del hombre, y específicamente de la mujer en tanto "liberación", suponen un rompimiento de normas de comportamiento que en nada modifican lo biológico pero sí llaman la atención sobre la movilización de un grupo humano específico: el de las mujeres, el del género femenino.

(86) Friday, Nancy, *Sexo...* op. cit., p. 38.

(87) Ver Capítulo I, lo trabajado por Greer, (nota 27).

Cul.

Romper con lo establecido no es sencillo, sobre todo si se toma en cuenta que por lo general los varones se han acostumbrado a ver a las mujeres en actitudes domésticas como cuidando a los hijos, lavando la ropa, haciendo la comida, etcétera; de modo que verlas ocupadas en puestos públicos no sólo suele ser chocante para muchos de ellos sino que cuestiona severamente su propio papel de proveedores, y debilita en grado sumo su ego de suficiencia masculina.

Viene entonces uno de los recursos más socorridos: la denigración o satanización de la mujer por medio de la palabra, cuando no de la acción directa. Si una mujer se desempeña en los negocios, la política o alguna profesión exitosamente, puede ser llamada "agresiva", "marimacho" e incluso devaluada en su femineidad, lo cual nos hace pensar no sólo en la resistencia en adoptar una nueva imagen de la mujer y el dolor subsecuente ante la pérdida de la imagen anterior, sino también la movilización ideológica que esto trae consigo.

Es dentro del proceso evolutivo de todo ser humano donde se aprenden los roles sociales. Las niñas son claramente recompensadas por los padres u otros integrantes de la familia, amigos, etcétera, cuando cumplen con lo que se espera de ellas como lo que son: niñas. Si se juega a "la mamá y el papá", si son suaves y no agreden habrá sonrisas para ellas, palabras de elogio y mil y una oportunidades de

hacerles sentir que se les quiere. (88)

Es así como hemos visto como la cultura de nuestro ambiente se va incorporando, con el correr de los años, a manera de un idioma. La imagen y el ejemplo de los padres, los relatos de los maestros o las revistas y la televisión, contribuyen fuertemente a la conformación definitiva de estos roles o papeles.

La diferencia entre el hombre y la mujer en torno a los papeles o roles que les toca vivir, es obvia desde el punto de vista biológico atendiendo a su vez las implicaciones correspondientes.

No debemos olvidar que muchas de las implicaciones psicológicas, así como la serie de valores sexuales y la sexualidad misma, no parten de una asignación biológica fortuita; se puede creer que como el hombre (varón) no gesta y la mujer sí, dadas sus características físico-biológicas, la disposición de personalidad de ambos son diferentes y como a su vez se observa una diferencia en las actitudes sociales de ambos, concluimos de que son esencialmente diferentes cuando vemos que los roles y la conducta de ambos son producto de la cultura y no la causa.

Tanto hombres como mujeres tienden a adaptarse, a hacer lo que se espera de ellos; esto es a cumplir el rol que la

(88) Kusnetzoff, J., *La mujer sexualmente feliz*, Buenos Aires, Vergara, 1989, p. 24.

sociedad les asigna. Dentro de estos roles está fuertemente involucrada la sexualidad en su totalidad. Un ejemplo claro y común es cuando un hombre está preocupado y siente deseos de llorar, pero como al hombre se le enseña que no debe llorar porque si lo hace le dirán que es una mujer se reprime y se quedará con esa culpa interna. Estas expectativas sobre el papel que debe cumplir uno y otro género tienen especial importancia respecto al comportamiento sexual específico de hombres y mujeres, y esto es lo que trae consigo el alimento de casi todos los mitos que giran alrededor del desarrollo y de la sexualidad cotidiana.

La misma heterosexualidad forma parte de toda esta expectativa que alcanza casi siempre el umbral de lo indefinible parcial y totalmente.

Aunque ya hemos hablado del eterno femenino, en lo que se refiere a la conducta sexual se espera que la mujer "femenina" sea erótica, provocativa, que sea suficientemente atractiva para los hombres y éstos a su vez, respondan, se sientan atraídos por ellas y lo demuestren. Las mujeres que rompen con estas expectativas -las lesbianas, por ejemplo- son calificadas de "marimachos"; los hombres que demuestran inclinaciones eróticas hacia el sexo opuesto son sospechosos de homosexualidad, y ambas cosas son condenadas por la sociedad.

Todas las teorías predominantes en todas las épocas acerca de la mujer, han sido formuladas por los hombres. No es extraño que esto haya influido para que se le considere inferior física e intelectualmente, logrando que no pocas mujeres terminaran creyéndolo y trayendo como consecuencia un grave deterioro de su posición social y desarrollo personal.

El siglo pasado vio desfilar teorías sobre la mujer basadas en que no le interesaba ni agradaba el sexo, pues su aparato genital sólo servía para la procreación, entendiendo el hecho de que al estar capacitada para tener hijos, hacía suponer, por extensión, el deseo de tenerlos. De allí que se derive el tan sonado "instinto maternal", deduciéndose que si una mujer carece del deseo de tener hijos por una decisión personal o bien no se estremece cuando entra en contacto con un bebé, padece de alguna afección mental o algo parecido. Este tipo de razonamiento de "conciencia y desarrollo del instinto materno" puede justificar que la mujer se quede dentro de las cuatro paredes de su hogar para cumplir con su "sagrada misión".

Este "instinto maternal" (mitológicamente hablando) hace a la mujer cuidadosa del otro, (89) tierna, suave y paciente, lo cual justifica que se emplee como enfermera, maestra, doméstica y otras tareas de servicio tradicionales

(89) O-de-otros, como apunta Lagarde, *op. cit.* Este mito es al que nos referimos en el Capítulo I como inexistente.

de su sexo y sea explotada.

Este complejísimo proceso de socialización donde padres (familia), maestros, personas influyentes, amigos, relaciones, lecturas y medios de comunicación han influido, llevando años de impacto formativo y deformativo sobre la persona, se oculta cuando se dice que "así es la naturaleza humana". Lo único que la naturaleza trae consigo es la anatomía y la fisiología, el resto es producto de cada cultura y de cada grupo social.

Podría parecer que muchas vivencias en la infancia no tienen relación en torno a los valores sexuales, pero la realidad demuestra todo lo contrario. Un ejemplo de ello es el aprendizaje del tiempo y espacio en las niñas en edad escolar; es bien sabido que las niñas son más aplicadas al estudio que los hombres y que su adaptación a las normas de disciplina, concentración, aprendizaje y rendimiento es ligeramente superior a las de los varones de la misma edad.

Como innumerablemente lo hemos dicho, las escolares tienen un fuerte acceso comprensivo a los mensajes publicitarios de revistas y televisión. El cúmulo de mensajes sobre productos de consumo (cosméticos, jabones, aparatos de uso doméstico, prendas de vestir, etcétera) les impactan psicológicamente al igual que la imagen de quienes protagonizan los anuncios: "amas de casa" para los productos electrodomésticos y "chicas sensuales" para el resto de los

productos. Este tipo de imágenes viene a confirmar todos los papeles inducidos por los padres desde la primera infancia; las niñas tienden a imitar los ejemplos que se les muestran.

Una excelente investigación realizada en Montevideo en 1987 por el Centro de Investigación y Experimentación Pedagógica (CIEP), (90) demuestra que la mujer, ya desde la edad escolar, no puede disponer del mismo espacio físico que el hombre pues existe una limitación de sus movimientos y además carece del poder de decisión sobre el tiempo.

El grupo de maestros coordinado por psicólogos y antropólogos que realizó esta investigación, observaron el comportamiento de niños y niñas de una escuela primaria en su propio ámbito de estudio y recreo. Las conclusiones resultaron muy interesantes, sobre todo si tomamos en cuenta que se trató de un estudio realizado en un país latinoamericano donde con sus indiscutibles particularidades culturales tiene mayor relación con nuestra cultura que si habláramos de un estudio realizado en otra parte del mundo, Así pues se encontró que los niños acusaban a las niñas de ser egoístas, "de no prestar sus útiles"; a su vez las niñas no los desmentían, argumentando que los niños eran groseros, ofensivos y se apropiaban de los útiles de ellas sin pedirlos. Esto se observó en el primer grado y desde los primeros días de clase, lo que habla de los valores y expectativas que las niñas aprenden en sus hogares.

(90) Rochefort, C., *op. cit.*, p. 47.

Los útiles son la extensión del cuerpo de las niñas y ya en esta temprana edad ellas saben que no deben prestarse (los útiles y el cuerpo) a sus compañeros del sexo opuesto: "ellos sólo quieren eso", "solo quieren usarlos". Las niñas pierden los útiles escolares mucho menos que los niños, y los padres los reponen más rápidamente a éstos que a las niñas.

Lo anterior nos habla de numerosos y significativos valores ya incorporados y fijados a esa edad. El sentido de la posesión es de cuidado; la responsabilidad por la pérdida, la diferenciación respecto de los mismos valores en relación al sexo opuesto, la posibilidad de movimiento y apoderamiento espacial; incluso la investigación pudo profundizar en porqué algunas maestras sientan a los niños con las niñas.

En muchos casos la niña es más aplicada, más disciplinada y "calma" al niño, siempre inquieto e impulsivo. Esto trae consigo significaciones muy importantes, ya que desde niñas las mujeres actúan como celadoras del hombre, limitando sus movimientos y limitándose a sí mismas. Ya en la adolescencia los factores que intervienen en la socialización del individuo son marcados fuertemente en esta etapa. En los grupos de amigos con los que tenga contacto tienen gran importancia y ejercen presión para que se hagan cosas como vestirse de determinada

forma, tener los mismos gustos y lecturas, etcétera; los adolescentes suelen obedecer ciegamente a esta conformación microsocial.

En nuestra cultura la mujer adolescente siente en el clima social la imposibilidad de ser "femenina" y al mismo tiempo lograr actividades trascendentes, salvo en algunos rubros como el deporte. Esto es que ya desde esa edad la mujer ha sido preparada para el rol materno y del casamiento como "logros" de su vida. Aun cuando la vida moderna ha ido proporcionando oportunidades de mayor trascendencia y obtención de éxito para la mujer esto también produce en muchos adolescentes (mujeres) sentimientos encontrados y a veces conflictivos, puesto que la expectativa principal de la sociedad sobre la mujer continúa siendo ya adulta -siendo madre-. En el camino de la obtención del matrimonio y del marido las adolescentes pueden encontrar intensas satisfacciones: popularidad, ser conocidas por mucha gente, ser figuras valorizadas por su belleza, etcétera, pero tienen un fin ya determinado.

En lo que respecta a la conducta sexual se ha mitificado mucho a la mujer, en tanto que su formación está en función de la idea del eterno femenino como un ser pasivo (si se piensa que la mujer es pasiva, es porque el hombre es agresivo). Como consecuencia de esta concepción en la sexualidad cotidiana se piensa que el hombre es quien debe tener la iniciativa, la propuesta de la relación sexual.

Incluso en cuanto a la posición correcta para tener relaciones sexuales el hombre puede creer que dentro de la normalidad es la de estar él arriba. Esto es para él ser activo, la mujer debe siempre estar abajo, ser inferior; y esto se entiende como lo "normal", lo esperado. La mujer llega a pensar, segura de su papel pasivo, que no debe tomar la iniciativa, "no queda bien", y sólo puede gozar estando ella abajo, en la posición normal "natural". Estas ideas son transmitidas de muchas fuentes a la mujer desde su adolescencia y/o joven ya sea por amigos, familiares o parejas; a su vez muchas mujeres se sienten presionadas y fingen gozar plenamente esa relación sexual. Algunas piensan -porque lo han oído o han sido así educadas- que los varones abandonan a las compañeras que no alcanzan el orgasmo, o por lo menos las agreden o humillan.

Así como existen creencias culturales, de las que ya hemos hecho mención para ejemplificar, en ocasiones se supone que un hombre no debe llorar en tanto que a la mujer le resulta más fácil hacerlo, y esto se hace extensivo a la relación sexual. Los varones han sido educados para contener y disociar los afectos a la relación sexual; así nacen las relaciones con prostitutas (con ellas sí se puede), en cambio las "otras", las "decentes", no son aptas para la expresión de sentimientos o deseos sexuales.

Desde la óptica de la educación femenina tradicional que es la que prevalece en mayor grado en nuestra sociedad, a la mujer se le enseña que los hombres "sólo quieren eso". Esta disociación y contención del amor y la ternura en su expresión más pura, sincera e íntima, perpetúa los malos entendidos, la sumisión de la mujer al poder patriarcal y un continuo y acentuado desprestigio de la expresión emocional simple.

Hay que reconocer que en este campo se observan también ciertas modificaciones de manera gradual en comparación con épocas anteriores. Las mujeres aprecian cada vez más a los hombres que expresan abiertamente (también públicamente) su ternura, y en ambos casos tanto ellos como ellas consideran esta pauta de conducta más (o menos) masculina o femenina (que está en la esencia misma del ser humano).

Aunque hasta el momento hemos hecho un breve recuento de las diferencias y concepciones biológicas y culturales de la mujer en relación al hombre, y que han sido impuestas más o menos arbitrariamente por la cultura, debemos asumir que de todos modos existen, aun cuando sabemos que es cierto que hoy en día hay una fuerte tendencia a obviarla explícitamente hasta por la moda "unisex", y que persisten todavía fuertemente acentuadas en la conducta erótica.

↳ Las diferencias dentro de la relación sexual entre el hombre y la mujer son significativas; por lo general el

hombre suele centrarse sobre el estado del pene y por esta razón la mujer se siente excluida de este vínculo peculiar entre el hombre y su órgano sexual. No se siente partícipe de la relación porque el hombre primero se preocupa por él mismo (el pene y su desempeño), haciendo sentir a la mujer como un genital no como un ser humano. Aun cuando se le haga sentir como persona deseada por medio de caricias, adulaciones, elogios y piropos, tras la eyaculación del hombre se siente un decreto de desaparición, privada de la ternura brindada antes de ello. En la mujer el deseo es mucho más constante, el deseo y la mujer desean permanecer luego del orgasmo; tiende a sentir en permanencia, de forma duradera no discontinua, por eso el apartamiento del hombre suele herirla, resultado de ver lesionada este deseo de continuidad. ↵

Esta apreciación de un mismo fenómeno en diferentes formas para el hombre y la mujer es importantísima. Para el hombre pasar de una mujer a otra, de una experiencia sexual a otra es mucho más fácil al tener en compartimientos separados los afectos y el erotismo; para la mujer, que vive sus experiencias en totalidad y continuidad, no le es imposible pero le resulta mucho más difícil.

Esta necesidad casi visceral de la mujer de tener una experiencia de continuidad y malestar que le produce el alejamiento del ser amado, fue descrito sintéticamente por Simone de Beauvoir:

La ausencia es siempre una tortura... aun sentada a su lado, mientras lee o escribe, él la abandona, la traiciona. Ella odia su sueño. (*El segundo sexo*). (91)

La extrema dependencia hacia el varón hace que la mujer anhele estar cerca de él. Sólo él la complementa. Cuando conquiste su anatomía ese desesperado vacío, esa "tortura de ausencia", tenderá a desaparecer.

Categorícamente la mujer no es una suerte de hombre deformado que debiera reaccionar como él a los mismos estímulos o ser insensible y carente de goces y deseos. Biológicamente está capacitada para vivir con plenitud todas las etapas de la relación sexual si no en forma equivalente -deseo, placer, orgasmo- sí similar al hombre; pero desgraciadamente los prejuicios y tabús religiosos y sociales, errores y mentiras difundidos con facilidad en un mundo dominado por los hombres la han condenado al pudor, la desconfianza y la resignación ante la violencia de su discriminación sexual. Resulta relativamente nuevo que en nuestra sociedad se haya empezado a tomar conciencia y a divulgar que no existe ningún impedimento o razón para que la mujer no viva con plenitud su sexualidad, aunque esto ha tenido sus impedimentos.

La respuesta sexual femenina es precisamente privativa de las mujeres, y aun cuando es análoga a la respuesta sexual masculina se diferencia en multitud de aspectos, que

(91) Beauvoir, S., op. cit., p. 92.

ambos integrantes de la pareja deben conocer y recordar para lograr armonía y mayor placer en la relación sexual. Desgraciadamente, y aunque ya hace casi 30 años que W. Masters y V. Johnson diseñaron los cuatro estadios en que se divide la respuesta sexual de hombres y mujeres, son desconocidos para la mayoría de las personas, esto por la deficiencia y falta de programas de educación sexual y por la apatía y arraigados prejuicios de las familias tradicionales, que son la estructura mayoritaria de nuestra sociedad independientemente de su posición dentro del escalafón social.

Aun cuando podemos hablar de que el sexo es todavía tabú (aunque como ya hemos dicho socialmente empieza a existir una modificación gradual de esto), la sexualidad tanto para el hombre y la mujer acarrea problemas. Se habla de sexo, se escribe sobre sexo, se filma y se teatraliza sobre sexo; siempre existe interés por él, se pregunta, se comenta o se está ávido de información, pero la realidad indica lo incrédula y desinformada que está la gente en torno a la sexualidad. Esto, aunado desde luego a la inconsciencia respecto a la existencia de problemas -verdaderos pro-ble-mas- que afectan al ejercicio y desarrollo de la sexualidad humana.

Es muy importante que la autoconcepción que se forma un individuo de sí mismo, así como los valores sexuales, parten de como se lleve a cabo el desarrollo de su

sexualidad. Esto varía en cada persona puesto que depende de la familia, nivel socioeconómico y cultural en el cual se desarrolle, no obstante existen valores que permanecen y son muy similares en todos los individuos -en este caso específico las mujeres- donde el desarrollo de esta sexualidad es muy diferente y más difícil en comparación con el hombre, no solo desde la infancia sino ya en plena adolescencia donde se viven más y nuevas presiones puesto que la adolescencia implica crisis, que por lo general son angustiosas, siendo víctimas principales las mujeres con una educación plagada de equívocos y evasivas.

El desencadenamiento hormonal, el inicio de la menstruación y las transformaciones físicas, perturban y confunden a las adolescentes sino se atreven a preguntar, aunado a que están rodeados de adultos que no siempre están capacitados a responder sus preguntas con claridad y sensatez. La inestabilidad emocional, la ansiedad, los temores y la culpa pueden constituir un signo muy especial en esa etapa de su vida.

Por lo general es alrededor de los 12 años cuando se produce la menarca, hecho tremendamente conmovedor para la niña que se enfrenta repentinamente a una nueva realidad, primeramente porque por poco que sepa de la anatomía y fisiología de los genitales, tomará conciencia de que ahora es dueña del maravilloso -y a la vez temible- poder de concebir y esto hace que cambie, de una u otra forma, el

modo de relacionarse con los demás, en especial con los hombres; aunado esto a que sus menstruaciones serán probablemente dolorosas, incómodas e irregulares, no siendo fácil habituarse al uso de toallas femeninas ni al cansancio, melancolía e inflamación de pechos y abdomen que precederán a cada menstruación. Menos fáciles resultan las restricciones y comprender los mitos que rodean a este tema, puesto que no es común que las madres manejen esta situación de la manera más adecuada. Existen, además, innumerables e inconcebibles ejemplos de lo anterior, tales como el que muchas madres no permiten a sus hijas bañarse ni practicar algún deporte durante su menstruación, además de manejar otro tipo de mitos como el que su participación en la cocina puede contribuir a que no resulte bien el guiso, etcétera. Asimismo introducen dentro del uso familiar nombres eufemísticos tales como "indisposición", "asunto" o "visitas" que no hacen más que acentuar el desconcierto de la joven y confirmar su sospecha de que algo malo sucede con las menstruaciones, y por ende, con la femineidad de que es símbolo.

Durante la adolescencia los cambios del cuerpo es uno de los aspectos que más preocupa a la adolescente puesto que la necesidad de gustar y saberse bonita es imperiosa, ya que está relacionada con el deseo de ser aceptada integralmente como persona. No obstante, la adolescente rara vez está conforme con su aspecto, y si a esto añadimos que muchas

madres hacen de sus hijas blanco de sus críticas con respecto a su aspecto personal -o bien las amistades o la gente que la rodea- pueden dañar o marcar significativamente su autoestima. La rapidez de estos cambios corporales no le permiten adaptarse fácilmente y difícilmente coinciden con sus fantasías, ya que por otra parte son perfeccionistas y exigentes en demasía. La aparición del vello y el acné (resultado de la hipersecreción de hormonas andróginas) la suelen inquietar más de lo que los adultos pueden comprender. Lo más importante es que esta transformación alude en esencia la sexualidad, ya que lo más evidente de ella es el desarrollo de senos y cadera, el crecimiento del vello púbico, etcétera, signos inocultables de su femineidad siendo con frecuencia origen del pudor, vergüenza y culpa, fuertemente vinculados con los tabús que envuelven al sexo.

Durante la pubertad es fuertemente desencadenado el impulso sexual, encontrándose de manera crucial y contradictoria con las normas familiares y sociales más comunes. El desarrollo natural del cuerpo y sus impulsos llevan a la joven a satisfacer sus deseos y/o a reprimirlos al mismo tiempo, ya que la educación que se le ha dado se lo prohíbe y eso genera uno de los conflictos más significativos de este periodo. El espectro del embarazo y las enfermedades venéreas configuran una parte de las amenazas, la oscura y absurda noción de que el placer sexual es pecado o vicio, está dirigida a impedirle no solo el

coito sino también el autoerotismo.

Algunos de los informes estadísticos consultados revelan que la edad promedio del primer coito de la mujer puede situarse alrededor de los 17 años, mucho antes de la edad promedio del matrimonio. Pero la conducta sexual más frecuente de la adolescente es la masturbación, práctica condenada por siglos de prejuicios que no resisten al menos un análisis pero que deja huella indeleble de culpa. En ese sentido uno de los testimonios que se encuentra en *La sexualidad de las mujeres*, de Suzanne Horer, es el siguiente: "Cuando yo tenía 16 años, en mi familia se contaba que mi prima se masturbaba. La consideraban viciosa y anormal y su madre se empeñó en llevarla al médico [...] No era lo más adecuado para desculpabilizar, y yo me escondía más que nunca. Seguí masturbándome pero me sentía culpable. Cada vez me prometía que sería la última[...] y luego sufría. Es innecesario decir que una vez casada ocultaba a mi marido esas prácticas".(88)

Hechos como este son muy comunes en nuestra sociedad y esto lo sabemos si recordamos que en nuestra época de secundaria muy pocas compañeras aceptaban que se masturbaban.

Al final de la adolescencia y en los umbrales de la vida adulta la joven se enfrenta con nuevos cambios puesto

(92) Horer, Suzanne, *La sexualidad de las mujeres*, Barcelona, Herder, 1985, p. 36.

que no es una mujer completamente adulta aun cuando físicamente adquiriera a esta altura de su vida, un aspecto que jamás podrá después tener, la juventud física; pero interiormente las dudas pueden alterar su ánimo. La ignorancia del futuro, el deseo de saber quién es, qué desea, cuando va a terminar este estado de "duda cruel", el hecho simultáneo de la interrogante expectativa de lo que la espera en un futuro de desafíos, plagados de sueños y esperanzas.

La enseñanza de los padres y los profesores se convierten en mandamientos constantes con lo cuales, y a través de los cuales, se enfrenta a la vida. Los modelos familiares de la vida cotidiana, estilos de presentación, valores culturales incorporados a través de la escuela, la prensa, la radio y la televisión, y sobre todo los prejuicios que cargan las espaldas de las jóvenes, son los "instrumentos quirúrgicos" indispensables para "operar" este futuro.

Esto da como resultado que la gran mayoría desea concretar su sueño(93) de casarse antes de "volverse vieja"; otras tal vez más rebeldes (las menos) e independientes deciden emprender el camino sin compromisos sociales que las "aten" u "obliguen", al menos en cierta forma, porque la dependencia del hombre es un elemento difícil de vencer para

(93) Del que hemos puntualizado sobre todo en el trabajo de Careaga, *op. cit.*, sobre todo los capítulos III y IV.

la mujer ya desde su juventud, aun cuando se de la imagen de lo contrario, y de ello existen trabajos serios que lo documentan como es el caso de Colette Dowling en su libro *Mujeres perfectas*, donde nos habla del miedo a la independencia real aun en mujeres "triunfadoras" en el ámbito profesional.

Sin dejar de reconocer que estas elecciones marcan el camino de una vida, de ninguna manera son elecciones definitivas, inexorables. Todo ese bagaje cultural incorporado durante los primeros años (veinte aproximadamente), se pone a prueba durante los próximos 10 o 15 años. En algunos casos se fortalecerá, se confirmará, y en otros se producirán cambios o transformaciones que de igual manera no serán definitivos. Sin embargo este poder transformador, esta visión, suele ser limitada o utópica. A esta edad las jóvenes no creen en el poder de transformar los desagradables obstáculos de la vida, piensan que los sueños de ese momento se convertirán en triunfos del futuro.

Este tipo de mitos o tabús sobre la sexualidad femenina, la prohibición de la masturbación (entiéndase goce sexual), el realizar el acto sexual únicamente dentro del matrimonio, etcétera, son elementos fundamentales para que los sentimientos de culpa acosen e interfieran en el desarrollo de la sexualidad de la mujer, al menos de manera plena. Esto no solo da como consecuencia que muchas mujeres se casen a temprana edad, puesto que no debemos olvidar que

el matrimonio es la manera "legítima", socialmente admitida y además deseada de llevar a cabo las relaciones sexuales y salir de casa.

↳ Pero los problemas posteriores que va teniendo la mujer, en lo que se refiere al goce sexual, existen y son problemas de tipo emocional o psicológico, no es únicamente sinónimo de culpabilidad que muchos hombres aprovechan para humillar a estas mujeres. Estos problemas emocionales, psicológicos, no los ha buscado la mujer sino que tienen una doble vía: por una parte tienen estrecha relación con los vínculos interpersonales establecidos durante mucho tiempo con los familiares más cercanos y que se manifiestan con claridad en las relaciones cotidianas con la gente que les rodea, y por otro lado los problemas emocionales pueden estar relacionados con problemas neuroquímicos cerebrales, por lo que podemos decir que los problemas sexuales más comunes en la mujer se asocian a los dos. No dejamos de hacer énfasis en que la educación sexual y las deformaciones emocionales no dejan de contribuir fuertemente para que se de el elemento psicológico que interviene en tales disfunciones.

De manera breve hablaremos de las tres disfunciones más comunes y su relación únicamente con lo psicológico.

La *anafrodisia* es entendida como la ausencia de deseo sexual ya sea crónica o circunstancial; una alteración de la

fase vasocongestiva de la respuesta sexual. Los orígenes de esta disfunción puede remontarse a una mala o inexistente educación sexual y a un extraordinario desarrollo de la vergüenza y la culpa con respecto a la sexualidad, conflictos de los que debe encargarse un especialista. Generalmente las mujeres con este padecimiento evitan el tener relaciones sexuales lo más posible, aunque no debemos olvidar que también intervienen otros factores y por supuesto los conflictos de pareja (falta de comunicación, agresión, desafecto), que de ninguna manera pueden "revolverse en la cama" -contrario a los dichos que todavía afirman esto- por el contrario, desarrollan iras, rechazos y rencores que se evidencia en la intimidad sexual.

Vaginismo y dispaurenia son las segundas más frecuentes disfunciones. Se trata de la contracción espasmódica de la entrada de la vagina ante el intento de penetración. Cuando existe dolor en la penetración hablamos de dispaurenia. La contracción impide la absoluta introducción incluso de un dedo, y aunque a veces la afección es de origen físico (tricomonas, fibromas, ovario quístico, infección del aparato genital, etcétera), el factor psíquico está presente y la mayoría de las veces es el principal desencadenante.

Generalmente la mujer que padece vaginismo tiene miedo al pene, repugnancia y desconocimiento de sus propios genitales, y el espasmo involuntario del esfínter vaginal es sencillamente una defensa. A veces el problema se origina en

un acto sexual traumatizante previo, pero es obvio que en ésta, como en otras disfunciones, la educación sexual ha sido inexistente o errónea o se ha desarrollado en un clima de culpa y amenaza, que sólo será superado exorcizando los fantasmas del miedo e impurezas a través de un tratamiento de información y psicoterapia correspondiente.

La *anorgasmia* es el tercer problema disfuncional más común. Esta es la incapacidad total o parcial de acceder al orgasmo y resulta ser la más frecuente de las disfunciones femeninas, afectando la tercera etapa de la respuesta sexual. Como en otros aspectos de la sexualidad femenina, que ya hemos tratado, la desinformación, las creencias erróneas, los prejuicios religiosos, escolares y familiares, han hecho estragos en la capacidad orgásmica y orgástica de la mujer.

Hoy es sabido que no existe razón alguna para que una mujer que enfrenta sin problemas las dos primeras etapas de la respuesta sexual no pueda obtener uno o más orgasmos durante la relación sexual, pero el primer fantasma que debe ahuyentar es el temor de ser tildada de "frígida". La expresión "mujer frígida" parece más una acusación que la descripción de un problema sexual, se le ha llegado a asociar popularmente como frialdad de sentimientos, cosa imperdonable y absurda puesto que cualquiera constataría la sensibilidad, calidez y ternura de una mujer aunque no llegara a alcanzar el orgasmo.

Estaría por demás hablar de otras afecciones femeninas, puesto que no es el motivo de este trabajo, pero hemos relacionado unas cuantas con los aspectos educativos que intervienen en la conformación psíquica de los individuos tanto en relación al desarrollo de la sexualidad como a la autoconcepción como individuo.

Podemos ver por lo trabajado en este capítulo, que la mujer acaba por crear la percepción de sí misma a raíz de su contacto con el mundo social y la cultura en la cual está inmersa ella y su familia. De este mundo social y cultural vienen dadas la mayor parte de indicaciones y valores de lo que representa ser una mujer, de modo que los aspectos que caracterizan lo femenino tales como maternidad, bondad, dulzura, tendencia al matrimonio, etcétera, son rasgos generales atribuidos implícitamente a la condición de ser mujer independientemente de las barreras o estratos económicos que existen. Es evidente que en función de estos aspectos socioeconómicos la tendencia a que algunos rasgos se recrudezcan marca la diferencia entre un grupo y otro, aunque podemos decir, de manera global, que la expectativa que se tiene hacia la mujer como género es en esencia la misma.

Ejemplo de esto es la representación del mundo sexual femenino como una dimensión compartida por la mujer a nivel de cultura en donde siendo un espacio íntimo (el sexual),

podría esperarse una forma de autogobierno por parte de ella para ejercer el libre dominio de su cuerpo que, sin embargo, viene a ser escaso dado que es otro, lo social, lo que viene a sancionar o reprimir (mediante mitos, tabúes, prejuicios) este ejercicio. Es lo social a través de las instituciones como la Iglesia, la escuela y la familia la que cierra el espacio de acceso a información tan básica como el conocimiento anatómico y físico de su propio cuerpo, lo que crea condiciones adecuadas para desarrollar, en casos extremos (pero no por ello menos frecuentes), innumerables disfunciones y patologías.

→ Los sentimientos en este caso son el puente que une a la mujer y su autovaloración con lo sexual, lo cual está incluido dentro de una concepción de lo que es el amor. El amor y lo que representa como máxima cualidad sentimental deviene de toda la formación que la mujer tiene y que le han llevado a construir valores asociados a esto.

La versión maniquea de sentimientos buenos o malos o un tipo de amor mejor y más femenino que otro, es lo que se trabaja en el siguiente capítulo.

Rápidas manos frías
retiran una a una
las vendas de la sombra
Abro los ojos
 todavía
estoy vivo
 en el centro
de una herida todavía fresca.

Octavio Paz.

CAPITULO III

CONCEPCION DE AMOR Y DEPENDENCIA EMOCIONAL

3.1 *La mujer y su concepto de amor*

Una de las diferencias más claras que a lo largo del tiempo han definido el mundo de la mujer como opuesto al del hombre, es, sin duda, aquella que ya discutíamos en el primer capítulo como naturaleza y que, como hemos visto, tiene múltiples implicaciones sobre lo que se dice de la mujer. De esa manera gran parte del discurso que sobre ella se teje y que anteriormente hemos descrito como ternura, pasividad, abandono, abnegación, hogar, etcétera, etcétera, son todos elementos de un concepto mayor que los engloba y sobre el cual podemos decir que se caracteriza (o tipifica) la personalidad femenina: el amor.

Generalmente el hablar de amor o de la experiencia amorosa reduce los términos a una cuestión de apreciación subjetiva, por lo cual intentaremos en este apartado no sólo alejarnos un poco de lo que pudiera interpretarse como una valoración de lo que las mujeres sienten, sino, en todo caso, acercarnos a brindar algunos de los elementos que posibilitan sentimientos y que llevan a concebir el amor como una cualidad femenina por excelencia. Y no es que los hombres no amen, sino que sustancialmente hombres y mujeres aman o conciben el amor de manera distinta.

Tales concepciones de amor, como iremos viendo, no son sino legados culturales históricos que se juegan cotidianamente en la experiencia amorosa y en la forma en como cada persona las vive y asimila. Resultaría sorprendente un análisis de la cantidad de productos o formas de vida que todos los días se juegan y consumen en nuestra sociedad en correspondencia directa a ideas posrománticas o de amor cortés sobre la atracción y el vínculo entre los sexos, de los cuales todos participamos en mayor o menor grado. Esto resulta claro si se piensa que sobre ello giran en gran medida las relaciones actuales hombre-mujer, en donde gran parte de los contenidos en juego (sean de atracción, sexuales, fraternales, etcétera) versan todos alrededor de distintas formas de amor.

Cómo entienden las mujeres el amor es parte de su construcción histórica como sujetos, y en esto nos

detendremos un poco.

Decíamos en los capítulos anteriores que el curso que una mujer sigue desde su cuna está guiado estrechamente por el ojo socializador de la madre, y además de su ambiente socio-cultural, de modo que prácticamente "aprende" a ser una mujer. Esta educación acerca de cómo es una mujer, lleva implícitos -por supuesto- sus propios límites, como son normas o pautas de comportamiento ético y moral que restringen en gran medida sus acciones y encausan su forma particular de relacionarse con el mundo tanto interno como externo, pero donde lo fundamental viene a ser la forma en que se da esta relación, que es siempre sentimental. ¿O es que acaso existen mujeres que no se relacionen con las cosas y los eventos sin sentirlos?, y si es así ¿podrían decir que son suyos realmente? Evidentemente dentro de nuestro contexto cultural es poco probable que una mujer no sienta, y es que hasta cierto punto no han sido "formadas" para actuar de esa forma, antes al contrario, sus más profundas convicciones y más inquietantes indecisiones tienen como marco indistinto el sentimiento ligado a ello.

Sin embargo no podemos dejar de lado el hecho -por demás característico de la sociedad mexicana- de la formación que se da a la mujer precisamente en oposición a esto, y que es también la cancelación de todo tipo de sentimiento, aunque esto generalmente tiene que ver con aquellos sentimientos que puedan obstaculizar, frenar, e

incluso desviar, la trayectoria social que le ha sido asignada; pero dado que esto también pertenece a la formación de la mujer, es claro que tales ideas se mantienen dentro del esquema de lo que resulta "conveniente" o no en una mujer -sobre todo en lo relacionado a lo sexual-, y que encaja en un modelo dual de opuestos generalmente concebidos más como antagónicos que como complementarios: bueno-malo, hombre-mujer, intelecto-sentimientos, etcétera.

Desde temprana edad la mujer recibe instrucciones de la madre acerca de lo BUENO contrapuesto a lo MALO, reforzado más adelante por la relación con el padre, los hermanos, en fin, el otro social que va a ligar a ambas cualidades distintas de sentimiento. A lo "bueno" corresponden entonces todas las actitudes positivas, los reforzamientos, las fanfarrias y los vitoreos, mientras que para lo "malo" corresponde lo más obscuro y reprobable de los gestos, las actitudes de regaño, e incluso acciones punitivas, como son los golpes y las vejaciones. Todo esto imprime en la mujer una particular forma de relacionarse, amén incluso de cómo se concibe ella misma en función de lo que cree como bueno y/o malo, otorgándole una calidad de sentimiento a las cosas u objetos que no fue decisión suya o producto de su criterio (puesto que éste se va creando más adelante cuándo se empieza a crecer y a vivir comparando experiencias y significados de los eventos), sino del otro social y que poco a poco va siendo de ella. Romper con estos preceptos de

bueno y malo resulta particularmente difícil, puesto que a lo largo de su experiencia la mujer aprende a adaptar las situaciones actuando conforme a lo que ha aprendido. Ejemplo de esto son los casos en donde muchas mujeres actúan de acuerdo a lo que les dijeron que debía de ser todavía después de llegar a una edad adulta y de nunca haber estado de acuerdo con tales convencionalismos. Mujeres que aun viviendo solas, económicamente independientes, establecen formas de vida paralelas a las reglas que tenían con su familia de origen, tales como llegar temprano a casa, la forma de hablar, de comportarse, de vestir, de relacionarse con los hombres, etcétera, ya que de otra forma simplemente sienten que algo no está "bien".

Ejemplos como estos sobran y son muy diversos, pero lo que llama la atención no es tanto su afluencia en los registros de historias de vida o caso clínico, sino los elementos que tanto unos como otros involucran y que son, ante todo, del tipo cultural con respecto a sanciones impuestas a la mujer precisamente tomando como principio regulador lo BUENO.

El amor como tal no escapa a esta ordenación del mundo de cosas, sino al contrario crece en la misma como uno de los extremos catalizadores de la realidad. El amor viene a ser considerado entonces como la categoría máxima de la bondad, o de lo que hemos caracterizado como "bueno", de manera que al mismo tiempo se convierte en rótulo o medida

de la mujer: una mujer es BUENA en la medida en que se acerca a los parámetros que definen el amor tales como cariñosa, comprensiva, afable, cálida, que apoya, que sabe escuchar, que está siempre dispuesta a ayudar, etcétera. La bondad en estos términos no es sino la formulación típica de la personalidad femenina -o en todo caso lo que DEBE ser ésta-.

Por lo mismo al no corresponder las acciones, pensamientos y actitudes a este marco de bondad, se dispara automáticamente la sombra de lo "malo" como distintivo de un proceder que no deja espacio más que para una de dos opciones: o se es buena o se es mala. En México parece no haber tolerancia ni espacio para términos medios.

Debe ser claro en este punto que esta visión de las cosas, en tanto buena o mala, conduce por lo general a situaciones en las que la mujer se vive en constante juicio con respecto a lo que dice o hace, y todavía más allá con respecto a lo que no hace o deja de hacer, persiguiendo siempre la idea de "perfección" que funciona como una de sus máximas aspiraciones.

Hoy en día el viejo modelo de la mujer dedicada al hogar ha sido sustituido por el de la mujer empresaria o ejecutiva, que a la par del hombre conquista su espacio laboral rifando obstáculos; sin embargo esta imagen contemporánea de independencia no altera en lo sustancial la

base sobre la que las mujeres construyen sus relaciones amorosas, y esto se debe a que prácticamente nada ha cambiado en la forma en que las mujeres aprenden lo que es el amor. Es el "vuelo nupcial" que Alberoní llama y que tiene como base la influencia cultural en niñas y jóvenes, donde la expectativa de amor se funda en una imagen fantasiosa y poco real de lo que son los hombres:

El erotismo de las jovencitas contemporáneas busca anhelosamente un objeto perfecto y lo vislumbra, o bien en alguien de su ambiente que se destaca, o bien, en una estrella del espectáculo. Así construyen un modelo ideal de vida amorosa. Y quieren que se haga realidad. (94)

Es este ideal imbuido por la cultura el que les toca vivir a ellas como la búsqueda incesante de algo para lo que han sido preparadas.

El novio de la muchacha es un mortal, el más hermoso de los mortales. Pero ella, íntimamente, siente que está preparada para un dios. (95)

El erotismo de la mujer enamorada -según Alberoní y a diferencia de los hombres-, es mucho más complejo, pues no solo deriva del pasado más remoto transmitido de generación en generación mediante el lenguaje, las formas de pensamiento, los ademanes y los sutiles matices emocionales moldeados por la cultura, sino que en la mujer la sexualidad se funde con el amor y encuentra en ello su nobleza. Para

(94) Alberoní, F., *El vuelo nupcial*, Barcelona, Gedisa, 1992.

(95) *Ibid.*, p. 100.

ellas el placer del amor es intrínsecamente moral. El amor es entrega, es dar, altruismo, comprensión, RESPONSABILIDAD. Si bien el hombre es capaz también de sentir ese amor dispone de una sexualidad separada, rebelde, y para activarla basta con el cuerpo femenino o algún atractivo especial desvinculándose por completo de cualquier valor moral o social de la persona. Esta fusión del amor con la sexualidad no podría sin embargo, perdurar por siempre en la experiencia amorosa cotidiana de las mujeres de no ser por un elemento que imprime su propio sello vivencial: la fantasía.

Es, pues, la fantasía la que permite en gran medida la dinámica de imágenes entre reales y ficticias que se superponen cuando una mujer se siente atraída por un hombre, y es que, como acabamos de mencionar, no resultaría tan sencillo ligar la sexualidad al amor prescindiendo de la fantasía, puesto que en esencia se trata de dos fuerzas que parecen actuar en direcciones opuestas, por un lado (hacia adentro), el amor, el compromiso, la fidelidad, lo moral; por otro lado (hacia afuera), la sexualidad: excitación sexual, fuerza turbulenta, caprichosa, "inmoral". Ambas por lo general llegan fácilmente a hacerse formas antagónicas de amar y un papel que desempeña la fantasía con respecto a ambas posturas es precisamente el de integrarlas en una unidad que no se separe de lo moral o lo bueno y le permita movimiento. Una manera de alcanzar la completud mediante el

vínculo indisoluble del amor como condición para lo sexual; en otras palabras, la fantasía posibilita el mundo donde la mujer pueda vivirse plena tanto sentimental como sexualmente: construye los ideales sobre los cuales giran gran parte de los esfuerzos futuros por convertir lo imaginado en algo verdadero y concreto.

Nuestra muchacha se enamora del ídolo y desea entrar en su mundo, porque se identifica con todas las mujeres de las películas que vio en su infancia, con los personajes de las telenovelas, de las revistas semanales, con lo que le oyó decir a su madre y a sus amigas. (96)

La fantasía le permite el acceso a un mundo más elevado, más rico, más intenso y más lleno de significaciones que éste en el que se vive cotidianamente, por lo tanto viven el amor como una búsqueda de ese ideal. No vamos a discutir aquí de donde proviene la fusión del amor con lo sexual o de esto último como consecuencia de lo amoroso, pero en nuestra sociedad existe toda una serie de ideas de formación que llevan a la mujer a buscar lo sexual dentro de lo amoroso o como parte de ello, pero nunca, o muy rara vez como algo separado, disociado e independiente, como es el caso de las mujeres que encuentran la base de lo amoroso en un sentido inverso de lo convencional, es decir fincado en la satisfacción sexual. Pero esto lo discutiremos en uno de los apartados que más adelante analizaremos.

(96) *Ibid.*, p. 76.

En cuanto a la fantasía funciona para emprender la búsqueda de un amante en quien depositar su amor, de modo que al buscarlo elevan la mirada, porque él ha de constituir el puente que le permita alcanzar un tipo de vida superior. El amor visto así bien podría constituir un medio para alcanzar ciertos fines, que si bien no son ya del todo económicos(97) no es menos cierto que constituye parte importante de los proyectos de vida tales como casarse, fundar una familia, tener hijos, etcétera. Es pertinente mencionar que si bien estos fines son en buena medida impuestos o predeterminados socialmente, no es menos importante mencionar que la gran mayoría de ellos se funda precisamente en una visión y expectativas fantásticas con respecto al mundo o al futuro; por ello al mirar hacia arriba, el fijar la mirada en una persona de éxito o en alguien que pueda brindarles la oportunidad de jugarse de otra manera a la habitual, cobra fuerza en su imaginación y también en sus sentimientos, puesto que esta forma accede a ese mundo fantástico donde las significaciones son más elevadas. Ellas desean ese mundo ideal, lo esperan y por lo mismo no siempre admiten la realidad ante sí mismas. Llegan incluso a fabricar sus sueños, lo cual en todo caso es lo más común.

(97) Puesto que actualmente la mujer no piensa en "quien la mantenga" sino que se ha ubicado un lugar en el escalafón social de la economía que, si en cierta medida sigue siendo -en ocasiones- inferior al ingreso capturado por el hombre, en algunos casos es mayor y posibilita su "automantenimiento".

Desean estar enamoradas, no saben renunciar a ello, quieren vivir el gran amor. Entonces lo crean se convencen a sí mismas de que experimentan una pasión que no sienten. Quieren transfigurar a su hombre, quieren verlo extraordinario y lo logran al ignorar la realidad, al desechar las dudas, al falsificar sus experiencias. (98)

La sexualidad, tal como se vive, equivale a concebir el cuerpo como algo indisoluble al amor, y no tanto en la forma de preservarlo cuidarlo y protegerlo para sí misma sino en los cuidados que merece para el otro. El amor es, para la educación de las mujeres, la premisa básica o fundamental de la sexualidad, y no hay sexualidad femenina capaz de florecer al margen de lo amoroso sin tener como repercusión inmediata el prejuicio o la etiqueta de "mala" o "sucia", o simplemente egoísta. Esto supone que dentro del proceso amoroso vivido por las mujeres, el tiempo y el espacio para ser ellas no solo se "invierte" en el otro -que sería la argumentación favorita de la mujer enamorada-, sino que a todas luces se pierde. El amor plantea el conflicto entre ser ellas mismas o amar (y darlo todo) a un hombre.

A una mujer no se le permite amar si no es de acuerdo a la ideología tradicional, la cual define a la mujer únicamente en términos de sus relaciones con el hombre o de la carencia de ellas. Es conocida entre mujeres (y lamentablemente avalada por ellas mismas) la idea de que para ser auténtica, una mujer deberá amar a alguien, tener unas relaciones amorosas y también hijos a quienes amar, ya

(98) Alberoní, op. cit., p. 107.

que sin eso su vida adquiriría un sentido de vacío y soledad. Es como si en la opinión general la naturaleza de ser mujer demandara esas cosas. (99) El amor parece ser el medio básico para la plenitud.

Pero esa plenitud deja de lado el hecho de que amar constituye para la mujer -al igual que para el hombre-, dejar de lado los sueños y vivir con los pies puestos en la tierra. Estructurar la experiencia partiendo del orden real de las cosas sin disminuirlas ni aumentarlas es, en último término, la tarea más difícil para la mujer, puesto que el sistema en el que crece no ayuda en lo más mínimo a ubicar los acontecimientos amorosos mas que en la creación de un argumento de telenovela, donde puede vivirse como víctima o heroína. A este respecto el ser plena o ser "feliz" a todas luces refleja más un "vuelo mágico" que una posibilidad real capaz de concretarse en las relaciones. El amor funciona en la mujer como el disparador de las sensaciones y situaciones más inverosímiles jamás pensadas, puesto que la imaginación y la fantasía activadas por éste se emplean como vehículo que acompaña la acción, una acción encaminada a la búsqueda del sueño.

La magia de la mujer enamorada implica el misterio de la transformación, la elevación -por medio de la fantasía- del amor humano al amor eterno. Es una fuente, porque a

(99) Lee, J., citado por Masters & Johnson, *La sexualidad humana*, México, Grijalbo, 1992, t. II, p. 331.

través de él la mujer renueva sus energías y encamina sus esfuerzos, otorgando con ello un sentido pleno a su existencia.

Algunos autores, como Jung, por ejemplo, señalaron que la forma de amor de la mujer obedece más a un nivel espiritual, lo cual en todo caso nos llevaría a entender que las construcciones de amor que elabora la mujer van más allá del aquí y ahora, buscando afianzar su sentido en algo más trascendente:

Cuando una mujer se enamora, siente de súbito que ha dejado de ser ella. La llamada es irracional y se percibe como una relación magnética entre el hombre y la mujer, en donde la más íntima naturaleza humana parece buscar la transformación de lo masculino y lo femenino en unidad (que según los místicos sería la eternidad). (100)

Es mediante el impulso que genera el amor que se desencadenan innumerables imágenes de la mujer como benefactora o destructora, puesto que la manera en que se juega nunca puede ser impersonal o desapasionada, al contrario, pueda ser, quizá, lo pasional en ella ese lado obscuro de la naturaleza femenina el que posiblemente más le atormente incluso a ella, puesto que inspira el miedo a perderse, el explorar dimensiones nuevas del amor más allá de sensaciones conocidas; implica casi siempre la reestructuración del mundo interno, donde las prioridades parecen circundantes únicamente al objeto amoroso.

(100) Jung, *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, Bucc, 1990, p. 137.

El sobrevalor que la mujer llega a darle al amor y que trastoca todos sus espacios de vida tales como el trabajo, el estudio, la alimentación, el sueño, etcétera, le llevan a realizar un esfuerzo sobrehumano por cristalizar todas las ideas de felicidad que le fueron inculcadas y en donde el amor como tal, resulta ser el eje de su vida. Sin embargo, si bien este eje podría configurar un proyecto de vida con sentido auténtico no sólo para la mujer sino también para el hombre, deja de serlo -en el caso de la mujer específicamente- al otorgarle al otro cualquiera el poder de dirigir los pasos de su constante evolución.

Esto es lo que sucede en las relaciones que la mujer parece establecer con el mundo en donde más que interactuar con él, parece que busca un reflejo de lo que ella misma es. La infinidad de detalles, regalitos y cartitas con que suelen inundar al ser amado (no sólo la pareja, sino amistades, padres, hijos y todo aquel con quien se relacionan afectivamente) pone al descubierto que no es únicamente una forma de manifestar el cariño tan común a la mujer de todas las edades, sino que en muchos de los casos esta demostración de sus afectos lleva implícita la solicitud de que les sea devuelta la imagen de ella misma como valiosa o amada que necesitan para poder seguir adelante.

Las esperanzas de la mujer por encontrar a alguien que valore lo que tiene y lo que quiere dar es, a menudo, la causa más frecuente de sus malestares y sus fracasos emocionales de pareja, puesto que en la realidad es muy difícil encontrar ese ser fantástico del que les hablaron en los cuentos de hadas, y no aparecen más que hombres llenos de imperfecciones. Es común que en el encuentro y las relaciones con éstos, alguna de las aspiraciones y ensoñaciones que tiene como figura al "príncipe azul" se venga abajo.

Los tiempos modernos, la incursión de la mujer en las distintas áreas sociales y laborales y los movimientos de liberación, han generado mujeres que en mayor grado proyectan expectativas cada vez más reales hacia el amor, pero aun en estas es frecuente la desilusión que corresponde al asignar a otro cualidades mágicas que le hacen concebir al amor (o al amante) como un viaje emocionante hacia una meta, hacia el futuro. A diferencia del hombre, como lo hemos mencionado en este trabajo, la mujer se anticipa a éste mediante sueños e ideales al proyecto del amor y, por supuesto, está más dispuesta a darse, a entregarse para realizarlo; y no es que la mujer no sea capaz de vivir el amor como otra cosa, la actualidad demuestra que también ellas, al igual que los hombres, aprenden a separar la sexualidad del amor y a encontrar placer en una aventura sin proyecto, pero esto es sólo hasta ANTES del matrimonio, que

en todo caso sigue siendo la consecución final del amor, su meta, que, sin embargo, no ha dado lo suficiente para que ella conciba que una relación es la conciencia de la autonomía propia y del otro.

Esto obedece, después de todo, a la concepción de que el amor es el estilo de vida preescrito para las mujeres a nivel social, de modo que el que resulte opresivo y manipulador, además de agotador increíble para ellas mismas, no es sino otra de las muchas formas que adquiere la educación sobre sus sentimientos, de los cuales, el del amor, viene a ser el de mayor peso. Esto es importante dejarlo claro: la afectividad femenina expresa de manera permanente la carencia sobre la que se levanta la renuncia o la abnegación: ser de otros y para-otros. La mujer -al ser amor y comprensión-, da porque es carente y supone que a cambio recibirá lo que necesita. Gracias al estereotipo de bondad, pasividad y sumisión, le es obstaculizada la expresión directa de su agresividad o su erotismo, que se convierte en un elemento "negativo" que debe reprimir o transformar de acuerdo a la noción de bueno y malo que anteriormente mencionábamos.

3.2 *Perspectivas psicológicas y el ciclo del amor*

Dado que el amor apunta hacia una meta en la conceptualización general de las mujeres, y además esta meta está encaminada por lo común al matrimonio, hablar de amor

sin mencionar su relación con el matrimonio es dejar algo de lado. Es evidente que ambos términos no son sinónimos, pero nadie puede negar que en nuestra sociedad ambos tienen fuertes lazos entre sí; mientras que el matrimonio, a diferencia del amor, admite una definición legal, sus dimensiones psicosociales se hallan más estrechamente vinculadas al sentimiento amoroso. No creemos desde ningún punto de vista, que la unión matrimonial sea la única salida o incluso la mejor elección que pueda hacer el amor, mucho menos como está visto en México. Sin embargo, el matrimonio parece ser la solución ideal a las dificultades que la vida de las mujeres presenta en muchos sentidos.

Pero no solo es el matrimonio la vía concreta en que se cristaliza el sentimiento amoroso, sino en todo caso la más común, la más obvia. En nuestra sociedad, machista y con ansias de rótulos sociales, no podía dejarse de lado la inversión que en tiempo y fantasías ha de representar la relación de una mujer con un hombre, y es que hay que destacar que no solo la mujer apunta al matrimonio sino también el hombre, aunque por lo común esto obedezca a otras razones más de índole ideológica sobre la propiedad y los derechos sobre la mujer.

Atendiendo a la mujer en específico cabe decir que el matrimonio no constituye, en lo más mínimo, la satisfacción a sus necesidades de perpetuación del amor. Está más que visto por muchas mujeres que el matrimonio, lejos de

~~constituir~~ la consolidación de los sueños, representa el derrumbe de los mismos, la fractura de los anhelos, y no solo porque la convivencia con la persona amada en cuestión ~~represente~~ introducir la realidad dentro de la fantasía, sino sobre todo porque la educación que les es inculcada con respecto al amor, sólo contempla (como en los cuentos de hadas) ese estadio, después ya no se sabe que sigue.

Pero muchas mujeres se abrazan a la mentira de continuar enamoradas o de ser felices puesto que apostaron al amor, apostaron en grande y perder sería en todo caso perderlo todo. Aunque hombre y mujer por igual en la construcción de sus relaciones y el descubrimiento de sus afectos hacia otros atraviesan por el constante desmantelamiento de relaciones amorosas, es casi siempre la mujer a la que en mayor grado impacta una ruptura. No estamos con esto diciendo que sea una cualidad inherente a lo femenino ni a su naturaleza puesto que eso ya lo discutimos en los capítulos precedentes, sino que dada la formación que ha recibido la sobrevaloración del amor y de las relaciones amorosas hacen sensible su ánimo -mucho más que en el hombre-, a vivir la ruptura amorosa como toda una tragedia.

Al respecto creemos que son las ideas pertenecientes al concepto de amor las que obstaculizan en gran medida el vislumbrar la posibilidad de una separación como algo natural, y que en todo caso constituye parte importante en

el proceso de desarrollo. Sin tener que ahondar demasiado en argumentaciones de tipo científico (pues con respecto al tema del amor lo único posible son aproximaciones en orden de ideas), hemos de señalar algunas aproximaciones psicológicas que ponen el acento en algún tópico especial como coadyuvante del proceso amoroso.

Es conveniente mencionar que gran parte de nuestras actuales ideas sobre el amor deviene de un proceso histórico cuyo resultado ha posibilitado ideas, nociones, conceptos, clasificaciones y estructuras capaces de dar forma o de "contener" todo aquello que no se sabe exactamente qué es como sensaciones, intuiciones, emociones, sentimientos. A esto obedecen, por lo general, todas aquellas clasificaciones o nombres que puedan darse al sentimiento amoroso que, como iremos viendo en el caso de la mujer y de acuerdo a lo social, no todos ellos son considerados siquiera como posibilidades de expresión femenina.

En su clasificación del amor romántico, Lee señala la existencia de seis formas básicas de amor a las que designó con nombres griegos y latinos, señalando que es común que muchas relaciones lleguen a entrar en dos o más de ellas a la vez. En su trabajo considera la siguiente clasificación:

Eros: alude al amor basado en la atracción física, un magnetismo sexual intenso. Según este autor el amor erótico prende en un santiamén y se desvanece con no menos presteza,

a lo cual añade que pocas veces se convierte en un vínculo profundo y duradero.

Ludus: se refiere a una modalidad festiva y fortuita del amor. Los amantes lúdicos son propensos a ensalzarse en toda clase de habilidosos juegos sexuales, pero sin que sientan gran apego el uno por el otro. Se dan cita con distintos compañeros o compañeras y mantienen sus opciones evitando la dependencia con respecto a su amante. En esta variante del amor, el placer y los juguetes cuentan más que la intimidad o el compromiso con la pareja.

Storga: se refiere a la simpatía y al afecto que poco a poco, sin estridencias, se convierte en un amor sosegado, sin delirio ni alocamiento. Es producto de la amistad pero no se puede discernir un punto de arranque a partir del cual se pueda afirmar que una persona es consciente de que está enamorada. Es este un tipo de amor sólido y estable, capaz de resistir la crisis, pero le falta el apasionamiento intenso.

Manía: es, por el contrario, un tipo de amor arrebatado y confuso. La manía conlleva delirio y turbulencia emocional; el amante maniaco se ve impulsado por intensos apremios, por una insaciable necesidad de atraer la atención y mantener el afecto del ser querido. El enamorado maniaco trepa por la montaña del éxtasis o se desliza a las cimas del desespero. El amor de esa naturaleza es como una montaña

rusa; la cautivante vorágine, las subidas y bajadas se detienen rápida y bruscamente.

Pragma: consiste en un amor más controlado y práctico. El amante pragmático busca la pareja idónea teniendo en la mente una lista de cualidades que desea hallar en el compañero o compañera. Una vez que se localiza un candidato(a) idóneo(a) al amor pragmático, si existe mutuo acuerdo en alguna medida, puede traducirse en sentimientos más hondos.

Agape: esta categoría amorosa se basa en la tradicional concepción cristiana del amor, entendido como un cariño sin exigencias, paciente, bondadoso y omnipresente. Es curioso, puesto que el mismo Lee llegó a declarar repetidas veces que nunca llegó a tropezar con un caso puro de ágape, por lo tanto este tipo de amor es más un ideal que una realidad. (101)

Este autor considera que las relaciones amorosas más gratificantes son aquellas que se dan entre dos enamorados que comparten la misma actitud hacia el hecho amoroso, la misma definición de amor:

Un maniaco pide de su pareja apasionamiento y entrega, por lo que sería un tormento soportar una relación casi "deportiva", como la de los amantes lúdicos. (102)

(101) Lee, *op. cit.*, t. II, p. 43.

(102) Fromm, *El arte de amar*, Barcelona, Paidós, 1989.

Si por un lado este autor suscribe la idea de que hay más probabilidad de compatibilidad entre dos amantes del mismo tipo, no existen pruebas o garantías de que el estilo amoroso de una persona sea invariable e idéntico en todas sus relaciones amorosas. Lo más seguro es que el tono de cada unión derive de la personalidad, las necesidades y las experiencias anteriores de cada miembro de la pareja, incluso cabe, en lo posible, que el individuo sostenga una forma de amor o estilo que en el pasado no le dio buen resultado, lo cual viene a ser una de las características que se repiten una y otra vez en la forma en que las mujeres aman.

El amor romántico, entendido como tal, deja de lado algunas de las definiciones de Lee y centra su fuerza en dos actitudes amorosas preponderantes: la del eros y la del ágape. Son estas dos fuentes de inspiración amorosa las que en el seno de nuestra cultura construyen objetos de deseo, que al parecer en las relaciones entre hombre y mujer resultan en todo caso antagónicos.

Dentro de la psicología existe al parecer todavía algunos desacuerdos con respecto a las implicaciones que el amor tiene para con el sujeto, ya que autores de la talla de Fromm sostienen que el individuo tan solo puede lograr una forma válida de amor si ha llegado al estadio del desarrollo y expresión de la personalidad propia, (103) es decir, la

(103) *Ibid.*, p. 43.

configuración de la identidad del individuo. Esto nos hace pensar que en el caso de nuestra cultura, opresora de la mujer y que no posibilita este desarrollo de la personalidad sino a partir del amor o de la pareja, esta forma válida de amor resultaría simplemente imposible de alcanzar para ella.

Para que no fuera así sería necesario llegar a aseveraciones, según Fromm, del siguiente tipo:

Quiero que esta persona a la que amo se desarrolle y se manifieste en toda su extensión, a su modo y en su propio beneficio, no para darme satisfacción a mí. (104)

Pero esto difícilmente ocurre y menos aún con las ideas tradicionales de amor en nuestro país, que independiente del estrato social -aunque es evidente que imprime sus matices-, hacen a la mujer "empujar" la relación amorosa hacia la dependencia de la cual tendremos ocasión de hablar más adelante.

En lo que respecta a esas dos formas de amar que señalábamos como *eros* o *ágape*, trabajos como los desarrollados por Freud ponen de relieve la dificultad de fusionar en concepciones y prácticas de los sujetos lo sexual y lo espiritual (por así llamarlo). Eros pugna por la fuerza sexual que necesita manifestarse y corresponde a la libido freudiana, (105) mientras que el *ágape* propone un nivel de relación mística que no precisa de lo físico para

(104) Fromm, citado por Lee, *op. cit.*, p. 330.

(105) Freud, S., *Teoría de la libido*, en O. C. T., t. XVIII, p. 250.

concretarse.

Para Freud el núcleo de todo amor es "el amor sexual, con la unión sexual como meta".(106) Como la sexualidad implica el cuerpo (pero no necesariamente los órganos genitales), la teoría de Freud supone una economía en que el desgaste de energía se encamina hacia lo exterior o lo interior, dejando paulatinamente menos energía en una u otra instancia. Es todo lo opuesto a lo expresado por el amor de tipo ágape que se encamina mas a la vivencia del ideal, pero de un ideal asexuado que, como base de cultos religiosos, operan en la mujer mistificando y reprimiendo su cuerpo y ensalzando sus sentimientos más puros, los cuales, por supuesto, tienen contenidos morales.(107) Sin embargo, a diferencia de la libido freudiana, el ágape se alimenta del abandono, de la abnegación hacia el otro, que aunque representa el desgaste de energía hacia afuera eso constituye precisamente el sustento de lo interno como alimento.

Aunque no vamos a discutir más ampliamente aquí las implicaciones filosóficas o de raíces de pensamiento que tanto una como otra forma de amor lleva consigo, queda claro que hombres y mujeres no son educados en nuestra cultura -y

(106) Freud, *Tres ensayos...*, O.C.T., t. XII, p. 198.

(107) Ligados a lo que ya citamos antes como noción de bueno y malo, y que desde la Colonia en México funcionó como parte indispensable de la educación para la mujer. Ver al respecto: *Educación de la mujer*, de Vega, María y José J., México, Biblioteca Hispana, Edit. Jus, 1989, pp.190.

en muchas otras- con la misma idea de lo que es el amor. Los hombres, desde esta perspectiva y por su comportamiento, obedecen más a la idea del amor erótico, es decir aquel cuya premisa trascendente vincula al cuerpo como base y fin en sí mismo, mientras que la mujer obedece más, al parecer, a un esquema de tipo ágape en donde la fantasía y el ideal operan por encima del cuerpo, e incluso de la razón.

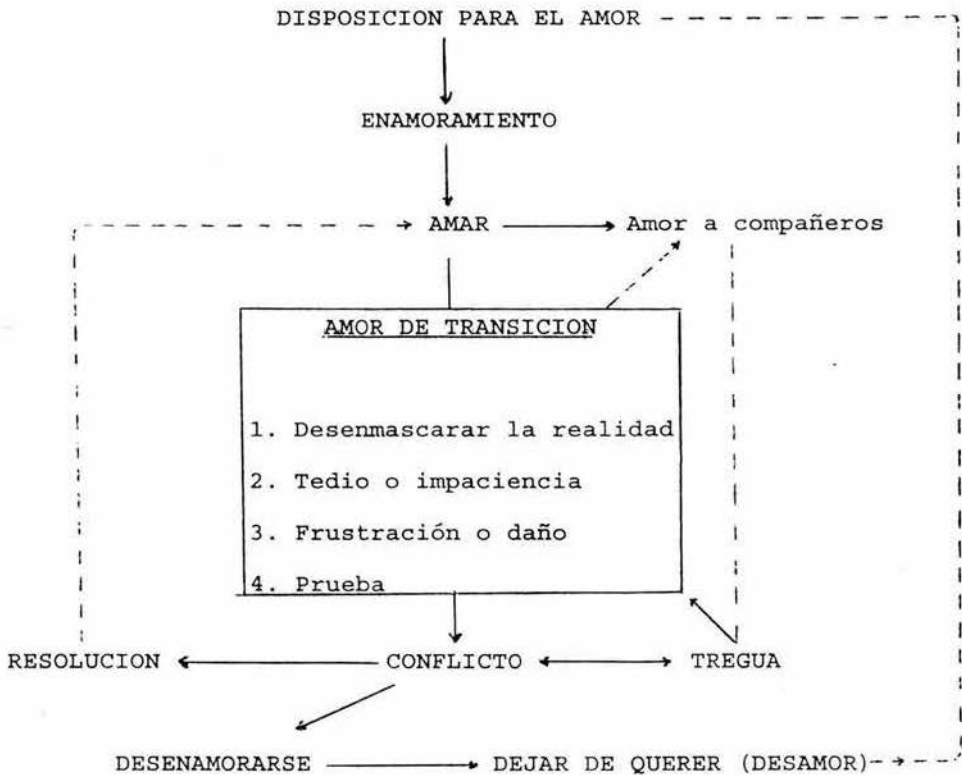
Lo que es cierto es que la mujer busca un sentido más pleno del amor, ya que busca no solo la satisfacción sexual (que incluso para muchas mujeres ni siquiera se juega como un elemento importante), sino también la comprensión, el respeto, el cariño, la amistad, la complicidad, etcétera. Lamentablemente, como hemos visto, su búsqueda escapa, la mayoría de las veces, a las circunstancias reales en que opera su vida.

El amor romántico, como todas las cosas, posee un inicio y una evolución, que de acuerdo a los elementos que se jueguen tendrá posibilidades de crecimiento en pareja o una inminente separación, sin embargo esto no siempre es tomado en cuenta por las mujeres, por lo que ya tocábamos respecto a la mirada y expectativas en el futuro. Un autor que también trabaja esta postura es Alberoní, quien plantea entre otras cosas, que del enamoramiento surge el "estado naciente" (108) que posibilita el cambio, la adaptación y el

(108) Alberoní, F., *Enamoramiento y amor*, Gedisa, Barcelona, 1993.

acoplamiento de nuevas experiencias entre un hombre y una mujer. Sin embargo este estado naciente no siempre consigue evolucionar al punto de representar la transformación del hombre y de la mujer que permita una unión duradera, sino que tan solo representa, al menos, la posibilidad del cambio.

Un esquema que proponemos para entender la evolución del amor romántico tanto para hombre como para mujeres, aunque con implicaciones a cada uno, es el siguiente:



Este esquema, que no pretende ni presupone englobar todas las posibilidades en que se manifiesta el amor, sirve al menos para ejemplificar la idea que tenemos con respecto a cómo se van presentando los hechos en la relación amorosa entre hombre y mujer. Es obvio que este esquema sólo delinea aspectos que acontecen en lo visible de una relación, sin embargo, la transición de un paso o un nivel a otro presupone la conjugación de elementos que tanto a nivel cultural, social e individual lo hacen factible.

Por ello decíamos que tal esquema, si bien sirve para hablar de la forma en que se presenta el amor romántico como un CICLO, atendíamos a la diferencia sustancial que cada etapa (o incluso todo el ciclo) representa para el hombre y para la mujer de acuerdo a la idea preconcebida que estos tengan con respecto al amor y las relaciones.

Dado que en la mujer la formación está en mayor medida encaminada a exaltar una visión de tipo ágape, el partir desde el inicio del ciclo con una disposición al amor de este tipo proyecta una línea distinta de la que puede representar para el hombre, por lo general más ubicado en el eros. Así, puede suceder que mientras ellas buscan el amor o la compañía ellos persiguen sólo lo sexual, o basan sus vínculos en la atracción. Si esto no rompe desde el principio las aspiraciones de la mujer de alcanzar un estado más evolucionado de relación, o si cuenta con la suerte de encontrarse con un hombre en igualdad de circunstancias a

las de ella con una disposición al amor similar a la suya, cabe la posibilidad de que ambos prosigan a lo que sería un enamoramiento.

Es en este punto precisamente donde se activan todos los elementos que le fueron inculcados a la mujer y que dieron origen a su concepto de amor. En el enamoramiento, la mujer no solo tiene ocasión de vivir lo que piensa del amor sino, además, de añadir sueños a la experiencia. Negaré aquello que pueda develar el rostro real de su amante como un simple mortal y lo investirá como la encarnación de sus deseos. Las experiencias propias de la infancia y del ámbito doméstico, que mencionábamos en el capítulo primero, cobran fuerza en tanto que es de ellas de donde proviene muchas veces el siguiente paso que la mujer da dentro del ciclo amoroso. Es bien sabido por los estudios que sobre ello se han hecho, (109) que las necesidades en materia de identidad, afectos o sexualidad que tenemos como adultos, se gestan en lo más primitivo de las experiencias infantiles, de modo que si se pone atención en las características que vive la mujer desde niña en el núcleo familiar de la sociedad mexicana, no es de extrañar entonces que la mujer quiera sentirse enamorada o vivir entregada a las sensaciones propias de un proceso amoroso.

(109) Ver: Fineltain, L., *Los traumas amorosos*, Barcelona, Herder, 1980.

Estar enamorada, implica de esta forma, no solo sentir "mariposas en el estómago", sino sobre todo, y fundamentalmente, ser apreciada y valorada como sujeto; significa obtener la atención que le es negada fuera de esa esfera por ideas ancestrales de dominio patriarcal. Significa entrar en juego y operar también en el otro aunque sea mínimamente, pero tomar parte activa en un suceso en el que no sea vista sólo como objeto. Significa, en términos de la educación que recibe, estar viva. Y es que no podría sentirse viva si después de haber sido formada con ideas de dar, no encontrara finalmente a nadie a quien darle lo que ha cultivado.

Sólo un aspecto todavía resta por integrar a la noción que las mujeres tienen del amor, y es que el amor, más allá de la fantasía y aterrizando también en lo sexual, puede ser, asimismo, un amor a las personas que implica la aceptación del otro tal como es, como ocurre en la realidad imperfecta de la existencia ordinaria, sin estigmas sociales que condenan la acción y despiertan sentimientos de culpa.

Uno de los hechos de la vida, al menos tal como lo experimentan los seres humanos, es que amamos a personas que parecen bellas o, de alguna manera, merecedoras de nuestra estimación. Las amamos como personas y, sin embargo, las amamos por algo más que por ser manifestaciones de la belleza o de la bondad. Las amamos por sí mismas y en ello se incluyen la bondad y la belleza. Amar a la gente como

personas es enteramente compatible con amarlas como cosas, ya que cuando el amor es una mutualidad de intereses recíprocos, permite que los hombres y las mujeres se correspondan con un amor combinado a la persona, al ideal, y a la cosa. Una forma de amor de este tipo es, sin embargo, todavía la utopía de una sociedad humana en su forma más humana, con mayor realce de la vida a la que lamentablemente la sociedad mexicana no parece acercarse todavía.

Como veremos más adelante, el amor para la mujer rara vez incursiona en el campo de lo sexual como punto de partida para la estructuración de una personalidad femenina, lo cual no es, en todo caso, responsabilidad completa de ella misma sino producto también de las presiones sociales que bajo categorizaciones enmarcan su sexualidad únicamente bajo el carácter de procreativa. Asimismo, dado que no parece haber freno a las fantasías de plenitud y felicidad que se otorga a las relaciones de la mujer con el hombre, es común encontrar (de acuerdo a nuestro esquema de ciclo de amor) que gran parte de las mujeres viven un círculo vicioso que se estanca entre el conflicto-la resolución-la tregua-y el volver a amar, como consecuencia de no tener una seguridad y un valor propio que le haga ser independiente y encontrar un sentido de autonomía.

3.3 Amor maternal y amor erótico

No podemos negar que el amor ha ocupado siempre una parte privilegiada en la existencia de la mujer, sino desde el principio al menos desde que ha nacido el concepto de amor romántico que, muy probablemente, seguirá siendo válido en el futuro. Cuanto más articulado quede el desarrollo verdadero de la mujer y cuanto más crezca su madurez, tanto más se comprometerá su amor en este crecimiento.

Una ética que no tiene como contenido la diversidad de orden biológico y que no se basa en malentendidos, ni en interpretaciones erróneas de la naturaleza femenina, ni en imperativos de una sociedad de tipo patriarcal, edificada necesariamente en la sumisión de la mujer y en su prolificidad máxima, tiene que favorecer necesariamente la experiencia del amor, pero de un amor distinto al que se ha asumido hasta ahora, sobre todo porque sale al encuentro de las esperanzas más íntimas y más queridas de la mujer, deseosa de sumergirse en él para vivirlo como una totalidad en la que adquieren relieve los restantes momentos de su vida. De Leebeeck(110) llega incluso a decir que "la mujer tiene grandes posibilidades para el amor, ya que le corresponde la tarea de conservar su calor y su carga emotiva".

(110) De Leebeeck, M., *Ser mujer*, Madrid, Educación Atenas, 1982, p. 79.

Esta concepción es quizá demasiado idealista, pero hay que admitir que en el pasado (y en algunas sociedades como la nuestra aún permanece), la mujer tuvo muy pocas ocasiones para expresar su auténtica vocación. Dado que la preocupación acerca de la nueva libertad se enfoca especialmente en las actividades que la mujer emprende con autonomía, pudiendo esto dañar su atributo fundamental, o sea el de estar destinada ante todo al amor. El doctor Ernesto Lammoglia(111) demuestra repetidamente en sus escritos que el odio androcéntrico profundamente arraigado en contra de la mujer, ha constituido en todos los tiempos un obstáculo para una relación armónica en el amor. Efectivamente, no es posible hablar de una relación sexual con igualdad de derechos si en el campo social no hay justicia ni igualdad en las relaciones recíprocas.

La conciencia de las nuevas posibilidades creadoras, derivadas del compañerismo entre el hombre y la mujer, han abierto también nuevas dimensiones a sus relaciones sexuales. (112)

Por consiguiente, no existe ningún motivo serio para preocuparnos de que la mujer no sea tan capaz para el amor, cuando sea finalmente consciente de su propia libertad y esté decidida, además, a hacer seriamente uso de ella. Lo que se perderá, por el contrario, nos guste o no, posiblemente sea esa ardiente pasión amorosa en donde la

(111) Lamoglia, E., *Triángulo del dolor*, México, Grijalbo, 1995.

(112) *Ibid.*, p. 80.

mujer se destruye encontrando su único motivo de alegría en existir exclusivamente en función de la persona amada.

La vida sexual de la mujer exige que el goce y el amor sean una sola cosa y que la pasión se realice en un vínculo verdadero. La relación entre el hombre y la mujer no es el fruto del deseo o de un acto de la voluntad, sino que es un fenómeno intrínseco a la armonía primordial de las cosas.

Para la pareja existen dos posibilidades, ambas dentro de los límites de este tipo de sexualidad que en el plano humano nos manifiesta hasta qué profundidad e intensidad puede llegar esa unión.

Resolverse a favor de un decisión individual, con el peligro de sacrificar al otro, sin el cual yo no existo, o bien inclinarse por una elección altruista, con el peligro de sacrificarme a mí mismo ya que no soy nada sin el otro. (113)

Es preciso reconocer que en el pasado la mujer ha escogido casi siempre la segunda posibilidad, ya que era la más conforme con su sensibilidad o bien porque las mismas circunstancias la empujaban a esa resolución y la habían enseñado a sucumbir a la fatalidad de esa lógica, pero todos sabemos perfectamente, y las mujeres sobre todo han descubierto una y mil veces con amargura y dolor, que la verdad es muy sencilla: no está bien que el amor se manifieste únicamente por una parte.

(113) *ibid.*, p. 84.

Una elección altruista aunque constituye para el que la comparte cierto peligro de convertirse en víctima del otro, no excluye a priori la esperanza legítima de verse correspondido aunque semejante esperanza no tenga que traducirse nunca en una abierta solicitud, ya que el riesgo de que falle la reciprocidad es inherente a la naturaleza del amor y hay que ser capaces de aceptar plenamente este riesgo. La gran fragilidad y vulnerabilidad del amor se deriva precisamente de este sufrimiento potencial que lo acompaña; en la historia del amor de la mujer ésta amenaza se concreta tan frecuentemente en hechos que, al final, puede considerarse como una característica de amor femenino.

Si el amor ha asumido un papel tan preponderante y tan vital en la vida de la mujer, esto se debe al hecho de que para ella no existía más allá del ideal y de la espera de un grande amor, ninguna otra aventura que tuviera validez en el plano humano. En la actualidad esta limitación no tiene significado alguno. En efecto son muchas las mujeres que viven experiencias intensas, incluso más allá de la intimidad del amor y de la maternidad. Aunque el amor deje huellas mucho más profundas en la vida de la mujer que en la del hombre, también a la mujer le queda espacio suficiente que puede llenar con otras actividades y otros proyectos. Esto lleva consigo, sin duda, algún cierto grado de liberación que al mismo tiempo hace que la mujer sea menos

vulnerable, aunque sin debilitar con ello la intensidad y la fuerza de su amor, sino más bien dándole, la mayor parte de las veces, nuevo vigor.

El matrimonio, la familia, la maternidad, los compromisos caseros, no son muchas veces más que una excusa que le permite a la mujer, en beneficio propio, sustraerse a otras importantes tareas. No coincidimos con esas pretendidas cualidades y virtudes femeninas, y tampoco creemos que la mujer nace con una inclinación más acentuada hacia el amor, lo que sucede sencillamente es que la mujer se ha apropiado de ese atributo favorecida por las circunstancias, pero está claro que no se trata de un monopolio exclusivo de ella a pesar de su carta de altruismo, la mujer ha procurado siempre atraer al hombre a las ataduras de su amor para poder vincularlo a sí. Para la mujer este resultado es una meta apetecida que sirve para enaltecer su triunfo, aunque no se trate necesariamente del mejor y más positivo final de su historia.

Sucede con muchísima frecuencia que la mujer se decide por el amor o, mejor dicho, por el matrimonio utilizando para ello el instrumento del amor, armada de una voluntad de dominio.

La voluntad de dominio ha sido, durante muchos siglos, el único instrumento de defensa de la mujer. (114)

(114) María, Rossels, en De Leebeeck, *op. cit.*, p. 84.

En realidad, a esa aspiración femenina se remonta la conocida imagen de la mujer que busca por medio de los artilugios más astutos subyugar a su marido y a sus hijos a su propia voluntad, (115) la que no les deja voluntad a los demás porque no la desea para sí misma; la que busca un desahogo para su propia sumisión, vengándose de todos los que entran en relación con ella. La afirmación, hoy tan común, de que la mujer se decide por el amor es exacta sólo con una ligera aproximación: mucho más que al amor a lo que se decide la mujer es a la seguridad del matrimonio, buscando en él una buena sistematización de su vida, aun estando totalmente falta de preparación para enfrentarse a él por culpa de la educación actual. El nuevo matrimonio cuyo núcleo se supone que es el amor y en el que el hombre y la mujer viven su gran compañerismo sobre la base de la igualdad, requiere que la mujer joven esté dotada de una claridad de intenciones, de una personalidad y de una madurez que muchas veces están en contraste con las orientaciones que le han dado.

Dado que la mujer (al menos dentro de nuestra sociedad) no cuenta al parecer con la instrucción que le brinde los medios para desarrollar esas características de desarrollo hacia dentro -hacia ella-, opta por manifestar su amor hacia afuera, siendo las más comunes el amor enfocado a la pareja o bien a la maternidad. En cuanto a esto último, podemos

(115) Como ya hemos descrito esta mecánica de la dinámica familiar en el capítulo II.

decir que no hay duda que la situación renovada de la mujer ha servido para transformar la imagen de la madre y de la maternidad más radicalmente que de la mujer amada. También a este propósito es absolutamente necesario poner en la balanza, para compararlos, por una parte todo lo que hay de bueno en las atribuciones tradicionales de la madre y de la maternidad, y por otra los nuevos elementos que han brotado del replanteamiento y de la experiencia de la vida. En el pasado, el objetivo más categórico y comprometido de la mujer estaba constituido por la maternidad, como ya hemos apuntado en capítulos previos. Se pensaba que el amor y la sensibilidad maternal eran dotes intrínsecas de una naturaleza sabia por instinto, cuál era su valor y cuáles las formas de expresarse. Por tanto la mujer era una creatura en función del hijo, y si no llegaba a ser madre no le quedaba más remedio que ser perfectamente desgraciada o sublimar por otro camino sus aspiraciones insatisfechas.

Parir es a la vez un hecho y un ritual simbólico de poder que realiza la mujer como síntesis de la maternidad, sin embargo es desmerecido en el momento mismo de su conceptualización como algo natural. Las funciones, las actividades, los trabajos, el despliegue afectivo y energía vital, son desvalorizados, conculcados de su carga social y cultural: las mujeres hacen todo, son madres en el cumplimiento de una fuerza ajena y extraordinaria que es la naturaleza.

Las mujeres son madres aunque no concurren en el hecho otros elementos tales como la edad, estado civil, las prácticas eróticas, el embarazo, la consanguinidad o la existencia de hijos, quienes en todo caso resultan elementos secundarios y es que la madre es fundante de la diada madre-hijo, en donde el hijo no es indispensable para que dé la maternidad. En efecto ésta puede ser ejercida sobre o por mediación de personas distintas a los hijos, parientes o no emparentadas, o sobre grupos sociales, o a través de actividades reconocidas como características de la maternidad. En pocas palabras, la mujer tiende a ser maternal con los otros.

Lo importante de esta parte en tanto educación cultural es la madre, y de otro lado los otros, pudiendo ser hijos, nietos, padres, parientes en general o personas no emparentadas como el esposo, el novio, amigos, alumnos, compañeros de trabajo, personas bajo cuidado. La mujer maternaliza a todos aquellos que requieren ser cuidados real o simbólicamente, lo sustancial es el tipo de relación establecida en donde esos individuos, o incluso instituciones, ejercen su poder sobre la mujer y en la sociedad, de manera que dan existencia social a las mujeres. Por ello el matrimonio o la conyugalidad no son las instituciones básicas, sino sus contenidos.

La necesidad de maternalizar no queda satisfecha ni siquiera al tener hijos, su carencia y su necesidad son, por consiguiente, inagotables y permanentes. En

ella se funda la permanente disponibilidad de las mujeres para cuidar a otros, para la entrega, para el amor maternal (a los hijos, o a los hombres). Las mujeres internalizan la carencia y psicológicamente buscan la plenitud y la cumplitud en los otros. Se trata de la dependencia vital: emocional, afectiva e intelectual de cada mujer, corresponde con su dependencia en los otros aspectos de la sociedad y de la cultura, tanto individuales como de grupo. (116)

Es necesario señalar que la maternidad es desplegada en la actualidad por la madre individual, la colectiva y por la televisión o, dicho de otro modo, lo primero que aprenden las niñas del ser mujer consiste en ser objeto sexual proveedor; aquello que concierne al ser objeto sexual erótico lo aprenden de manera simultánea, pero es reprimido por la cultura que no reconoce la sexualidad infantil, en especial la de las niñas.

Como anteriormente mencionábamos, una vez que la mujer encuentra respuestas a partir de su cuerpo, es decir resignificando las experiencias a partir de sí misma, es catalogada o etiquetada bajo el rubro de mala, que bajo su acepción social más común en nuestro país no viene a ser otra cosa que una "puta".

Putas es un concepto genérico que designa a las mujeres definidas por el erotismo en una cultura que lo ha construido como tabú para ellas. La prohibición del erotismo a las mujeres "buenas" crea la codicia de los hombres y la envidia de las mujeres en torno a las mujeres que lo encarnan. Ideológicamente se identifica puta con prostituta, pero putas son además las amantes, las queridas, las edecanas, las modelos, las artistas, las "vedettes", las exóticas, las encueratrices, las misses, las madres solteras, las fracasadas, las que metieron la pata, se fueron con el novio y salieron con

(116) Lagarde, *op. cit.*, p. 389.

su domingo siete, las malcasadas, las divorciadas, las mujeres seductoras, las que andan con casados, las que son segundo frente, detalle, de movida, las robamaridos, las que se acuestan con cualquiera, las ligeras de cascos, las mundanas, las coquetas, las relajientas, las pintadas, las rogonas, las ligadoras, las fáciles, las ofrecidas, las insinuantes, las calientes, las cojelonas, las insaciables, las ninfomaniacas, las histéricas, las mujeres solas, las locas, la chingada y puta madre, y desde luego todas las mujeres son putas por el hecho de evidenciar deseo erótico cuando menos en alguna época o en circunstancias específicas de sus vidas. (117)

Cabe señalar una distinción entre los términos prostituta y puta, generalmente empleados en nuestro contexto social, ya que si bien puta puede entenderse como la reducción y/o abreviación de prostituta el sentido de la acepción a la cual nos referimos es aquella en que la mujer se vive como sujeto erótico o para sí, (sin recibir por intercambio o mediación de esto una paga como lo es en el caso de la prostituta). (118)

A diferencia de las creencias populares las prostitutas no gozan, no obtienen placer en las relaciones eróticas. Como grupo social son frías debido a las condiciones opresivas en que viven el erotismo, debido, en concreto, a que ellas son objetivamente objetos sexuales (eróticos). La relación comercial del contrato implica que la servidora proporciona placer a quien compra su energía erótica, su esfuerzo sexual para otro, por ese tiempo y en ese lugar.

(117) Op. cit., pp. 539-560.

(118) Aunque no descartamos el hecho de que algunas mujeres promuevan a través de su erotismo favores múltiples por parte de otro, como pueden ser regalos materiales, oportunidades laborales, etcétera, sin ser necesariamente prostitutas de oficio, mas sí de beneficio.

Aunque las esposas son objetos sexuales -objeto sexual procreador-, y aplican su energía erótica y realizan un esfuerzo sexual para otro, lo hacen positivamente en el bien, en la conyugalidad del matrimonio, bajo el manto del amor y en el ciclo cultural de la procreación. La diferencia de la calidad y de contenido está dada porque cada tipo de relación sexual pertenece a una institucionalidad sexual y a una valoración ideológica diferente. Es el punto clave de la diferencia entre la esposa y la prostituta, pero también es indicativo de la similitud de aspectos centrales de sus formas de vida más que expresiones de su condición genérica.

Las ideologías han hecho ver a las esposas y a las prostitutas como antagónicas, e incluso como incomparables, pertenecientes a ámbitos o naturalezas distintas. En este sentido las ideologías son distorsionadoras de la realidad mediante la extrapolación de las diferencias y la anulación de las similitudes, incluso al definir con nombres distintos hechos semejantes. A este respecto Kollantai llama la atención a la actividad erótica de la esposa como una forma de prostitución matrimonial, develando en todo caso el papel básico de la sexualidad femenina para el intercambio como valor.

Cabe señalar un rasgo distintivo de nuestra cultura y no excluyente de otras, el que si bien a la prostituta se le margina, rechaza y desprecia, no es menos cierto que viene a

aseuline

ser un "mal necesario", puesto que la gran mayoría de los ritos de iniciación masculina relacionados a lo sexual tienen que ver con la prostituta como el vehículo a través del cual el hombre tiene acceso al conocimiento del dominio patriarcal: valorar a la mujer como un objeto intercambiable y/o canjeable por dinero, además de pertenecer como un medio de satisfacción de ciertas fantasías o requerimientos sexuales que dada la ideología predominante no podrían llevarse a cabo con la pareja. (119)

La mujer erótica ha interiorizado una concepción de la moral y de la ética que las acusa, las señala y las considera pecadoras, malas. No se trata de una concepción del mundo externo o ajeno a ellas; es la concepción dominante y como tal han estado conformadas por ella. A partir de esta concepción la mujer erótica se asume y toma conciencia de sí misma, sin embargo coexiste esta visión con otras visiones minoritarias cuya argumentación justifica su erotismo y se exonera a manera de contra-moral, pero el hecho es que las dos concepciones entran en contradicción y generan en la mujer erótica conflictos de identidad, en particular de aceptación, de afirmación.

Esta concepción forma parte de la ética laica sobre las mujeres. Desde esta visión el erotismo femenino es concebido

(119) Nos referimos a las prácticas sexuales de felatío, cunnilingus, sadismo, etcétera, que para mucha gente resulta inconcebible ponerlas en práctica con su pareja, de modo que resulta muy conveniente y justificable llevarlas a cabo con las profesionales del sexo.

como una transgresión a las normas, como atentado a la moral y buenas costumbres, o sirve para tipificar delitos como el escándalo, alteración de la paz y otros; y es que la mujer al ser erótica, no corresponde con la cualidad procreadora magnificada de las mujeres, sino que atenta contra la monogamia tanto de hombres como de mujeres.

Una contradicción básica para las mujeres consiste en que deben orientar y definir su erotismo de acuerdo con las normas dominantes y simultáneamente con las específicas de su género, de esta manera las mujeres tienen así una doble asignación erótica: están definidas en función de un erotismo pretendidamente neutro que abarca a todos, y de un erotismo asignado a su género, es decir, las mujeres tienen deberes, límites y prohibiciones eróticos, generales y específicos.

Kollantai detectó este hecho y lo llamó doble moral sexual, aunque no solo es un problema ubicado en la dimensión ética o moral. Se trata de relaciones, prácticas, normas, creencias y tabús que conforman un erotismo que, a más de diferente al paradigma, es ubicado en la naturaleza femenina y es valorado como inferior. El erotismo dominante recrea en su asimetría la discriminación, la subalternidad, la dependencia y la sujeción de las mujeres. Es un erotismo de opresión.

El cuerpo y el erotismo de las mujeres están tabuados para las mismas mujeres. La masturbación, por ejemplo, ocurre con menor frecuencia entre las púberes que entre los varones; las mujeres aprenden el erotismo heterosexual a partir del cuerpo, de la subjetividad, de las necesidades eróticas del otro no de las suyas. Es por eso que las mujeres no descubren sus propios procesos de placer ni las zonas de su cuerpo, ni aquellas prácticas que puedan permitirles disfrutar. En la pasividad que aprenden en la cama siendo de otro aprenden la esencia de su erotismo; desde la subordinación y en la entrega, amando a hombres que la someten y de quienes son aprendices. Uno de los resultados, tal vez el más importante y generalizado, es la frigidez.

Puesto que el erotismo de la mujer se funda en relación directa a las enseñanzas impartidas por otras mujeres, tal como lo muestra Angeles Mastreta en su libro *Arrancame la vida*, (120) encontramos que es ella incluso en su carácter de mujer "mala" la que cumple con el papel de ubicar al hombre dentro de un plano de enseñanza erótica que después le sirve a éste, para, a su vez, educar a otras mujeres. Es evidente que tal plano de instrucción otorga al hombre la hegemonía de las sensaciones, lo cual a su vez se traduce en la anulación del erotismo femenino y su placer subsecuente. Surge lo que Lagarde ha dado en llamar cuerpo-materno-

(120) Mastreta, A., *Arrancame la vida*, México, Cal y Arena, 1993.

deserotizado-para-el-placer-de-otro. Esto bien puede quedar representado por el mismo esquema que Lagarde emplea para ejemplificar esta situación:

Mala-mujer	Hombre	Buena-mujer
Enseña saber A y es	Enseña saber A	Aprende la renuncia,
		es,
Descubre al hombre el erotismo masculino y cómo obtener placer	Descubre a la mujer el erotismo y cómo dar placer	da placer
No obtiene placer	Tiene placer	No obtiene placer
Prostituta	Cliente-amo Amado-amo	Madresposa. Se apropia de un saber
		Obtiene placer, ejerce el poder.
Se anulan erotismo y placer de la mujer		Se anulan erotismo y placer de la mujer
Cuerpo-erótico para él		Cuerpo-materno(121)

Cabe apuntalar desde aquí que una de las más importantes repercusiones que plantea el erotismo femenino es la de dirigir las experiencias de la mujer hacia ella misma, más allá de los requerimientos que el mundo externo pueda plantearle. Esto por supuesto (al menos dentro de nuestra sociedad) implica el cargar con el estigma señalado

(121) Lagarde, *op. cit.*, p. 219. Ver lo relacionado a la *pedagogía del erotismo*.

anteriormente de la mujer "mala", cuya maldad radica precisamente en ser auténtica. La legitimidad de ser sigue siendo un problema de decisión.

Una de estas ideas es trabajada por Leonard en su libro *On the way to the wedding*, cuando habla en uno de los testimonios presentados a lo largo del mismo que la mayor dificultad para la mujer radica en tomar decisiones propias, cuyas repercusiones sean asumidas responsablemente:

¿Debo regresar y unirme a él, o debería intentar seguir adelante y alcanzar la cima sola? Sabía de antemano que él querría que me uniera para confortarlo pero después él mismo perdería todo respeto hacia mí por no haber intentado alcanzar la cima. Para mí esto fue el momento más difícil del viaje. ¿Es que acaso es amor continuar sola?(122)

Para finalizar podemos afirmar que tanto en una como en otra forma en que la mujer dirige su amor (maternal o erótico), ninguna alcanza a satisfacer sus requerimientos de estructuración de personalidad, puesto que ambas son contrastantes y se encuentran atravesadas por el otro (ya sea este esposo, amante, hijo, etcétera), quien propicia las condiciones bajo las cuales ella se rige.

3.4 Dependencia del amor

La independencia emocional es una situación que se relaciona con la manera en que son criadas las mujeres, ya que esta crianza, como ya lo hemos mencionado, va

(122) Leonard, L., *On the way to the wedding*, Boston, Shambhala, 1987, pp. 260.

indicándoles a éstas que han de formar parte de alguien más, que deben ser protegidas, apoyadas y animadas por la felicidad conyugal hasta el día de su muerte. Esto es una gran verdad, puesto que muchas mujeres han ido descubriendo la mentira que encierra esta afirmación.

La sociedad ha respaldado tradicionalmente la idea de que las niñas son inferiores a los muchachos, que carecen de capacidad para cuidarse por sí solas y de que las mujeres velen por ellas. Se ha visto que la prensa, la radio, la televisión y el cine, presentan a los hombres como seres más fuertes, más competentes y más despiertos que las mujeres, a las que con frecuencia se pinta como demasiado emotivas, indecisas, de pensamiento disperso, pasivas, ilógicas, manipuladoras e incluso malévolas. Tales estereotipos contribuyen a dañar la capacidad que pueda tener una chica joven de verse como una persona fuerte y valiosa.

Con tales puntos de vista, es evidente la disparidad entre los logros de ambos sexos. Si es probable que a las jóvenes se les alabe por sus modales y apariencia a menudo a los muchachos se les elogia por sus éxitos académicos y por su fuerza física. También es probable que a las niñas no se les estimule a conocer y a dominar la vida, y si en cambio a cultivar la habilidad de manipular a terceras personas para que negocien con el mundo en nombre de ellas. Lo que están recibiendo estas jóvenes son lecciones de desasimio; incluso después de haber crecido muchas mujeres han seguido

creyendo que es poco el control que tienen sobre su vida, viendo que son otros los que toman las decisiones más importantes que les afectan, llegando a sentir la vida como algo que les sucede. Este sistema de creencias, reforzado por la identificación infantil con las madres que son modelos de dependencia y desvalimiento extremos, prepara a muchas mujeres a aceptar relaciones similares.

Generalmente la mujer en sus relaciones suele pagar un precio demasiado alto por el amor, de manera que el estar enamorada implica sufrir, y dentro de esta mecánica suele centrar sus conversaciones sobre los problemas de su pareja, sus ideas, sus sentimientos, disculpando generalmente su mal humor, mal carácter, su indiferencia o sus desaires, adoptando ante estas circunstancias una actitud de comprensión. Esta actitud de comprensión lleva a soportar conductas, valores y características básicas discordantes con ella bajo la idea de que ellas son las responsables de propiciar un cambio, lo cual generalmente conlleva a las mujeres a establecer relaciones perjudiciales para su propio bienestar emocional e incluso quizás de salud e integridad física.

A pesar de todo el dolor y la insatisfacción que acarrea amar de esta forma, es una experiencia tan común para muchas mujeres que llegan a creer que es la manera en como deben ser las relaciones de pareja. La mayoría de las mujeres se rigen por esta forma de amor, llegando algunas

incluso a obsesionarse tanto con su pareja y su relación que apenas pueden funcionar como personas.

En este punto se examinan a fondo los motivos, por los que muchas mujeres, en busca de alguien que las ame, parecen encontrar inevitablemente parejas nocivas y sin amor. Intentaremos explicar cómo el deseo de amar, las ansias de amor o el amor mismo, se convierte en una adicción. (123)

Es visible desde aquí que la obsesión por un hombre encuentra su raíz no en el amor sino en el miedo, miedo a estar a solas, miedo a no ser dignas, a no inspirar cariño, a ser ignoradas, abandonadas, destruidas, brindando su amor con la desesperada ilusión de que el hombre por el que están obsesionadas se ocupe de sus miedos. En contradicción estos miedos y su obsesión se profundizan hasta que el hecho de dar amor para recibirlo, se convierta en la fuerza que impulse su vida repitiendo la estrategia de amar ciegamente una y otra vez.

No pretendemos decir que las mujeres sean las únicas que viven esta forma de amor, puesto que también el hombre puede conducirse de la misma manera en sus relaciones, de

(123) "Adicción " es una palabra que asusta. Evoca imágenes de consumidores de heroína que se clavan agujas en los brazos, llevando obviamente una vida autodestructiva. No nos agrada la palabra y no es nuestro agrado aplicar el concepto a las formas de relacionarse de la mujer con el hombre, pero debemos reconocer que muchas mujeres son adictas a los hombres al igual que cualquier otro adicto. Necesitan admitir la seriedad del problema para evitar caer en la trampa.

manera que sus sentimientos y conductas provengan de la misma dinámica y las mismas experiencias que la mujer. Sin embargo la mayoría de los hombres no desarrollan una adición a las relaciones debido principalmente a la interacción de factores culturales que los llevan, por lo general, a tratar de protegerse y evitar el dolor mediante objetivos más externos que internos, más impersonales que personales. Los hombres tienden a obsesionarse por el trabajo, los deportes, los hobbies, mientras que la mujer, debido a las fuerzas biológicas y culturales que la afectan, tienden a obsesionarse con una relación tal vez con un hombre también dañado y distante.

Las mujeres que crean un vínculo de dependencia hacia las relaciones de pareja tienen poca consideración por su integridad personal, dedican sus energías a cambiar la conducta o sentimientos de la otra persona hacia ellas, mediante manipulaciones desesperadas tales como invertir tiempo y cantidad en audiencias telefónicas, desplazamientos en distancia, etcétera, cuya finalidad más que el intento de ayudar a su pareja a descubrir quien es, es un intento de convertirlo en lo que ella necesita que sea; lo que mencionamos con anterioridad respecto a la falsificación de la experiencia. (124)

(124) Ver el primer punto del capítulo III, o consultar Alberoní, *El vuelo nupcial*, op. cit.

La dependencia al amor surge de la necesidad psicológica de evitar la independencia, puesto que ésta implica un esfuerzo mayor de construirse como sujeto y diferente a su formación tradicional que conlleva el "deseo de ser salvada". Siendo este un punto importante, probablemente el más importante con que se enfrentan hoy las mujeres, ya que han sido criadas para depender de un hombre y sentirse desnudas y aterrorizadas sin él. Se les ha enseñado a creer que, como mujeres, no pueden permanecer solas, que son demasiado frágiles y demasiado delicadas, y que están necesitadas de protección. Como resultado de tal educación ahora, incluso en nuestros días, cuando su intelecto les dicta que se mantengan firmes en sus decisiones, se encuentran con la rémora de sus problemas emocionales no resueltos. Aspiran a la libertad, a la total eliminación de freno, pero al mismo tiempo anhelan que alguien cuide de ellas.

Por lo general la inclinación de las mujeres a la dependencia permanece profundamente sepultada, porque también la dependencia es aterradora. Les angustia porque tiene sus raíces en la infancia, (125) en un momento en que estaban realmente desamparadas y hacen lo que pueden para ocultarse a ellas mismas esas necesidades; especialmente

(125) Distintos autores coinciden en que son los esquemas vividos en la infancia los que promueven un patrón de dependencia en las relaciones. (Ver: Susan Forward, *No se obsesione con el amor*; Collette Dowling, *Complejo de cenicienta*; Robin Norwood, *Mujeres que aman demasiado*, etcétera).

ahora con el impulso socialmente alentado hacia la independencia femenina, es fácil caer en la tentación de mantener inerte y escondida esa otra parte de ellas.

En los años setenta no ocurrió un cambio cultural que hiciera pensar en las mujeres y tratarlas de manera distinta que en cualquier otro anterior momento, aunque es imposible negar que se esperaban cosas diferentes de éstas. A partir de entonces se manejó que los sueños de juventud femeninos eran débiles e innobles, y que habían mejores cosas que desear como dinero y poder. La libertad fue una premisa que encabezó el movimiento feminista de esa época y que también concientizó que la mujer podía hacer con su vida lo que quisiera y creyera más importante, no obstante la libertad en esos y en estos momentos, mayormente en nuestra cultura, en general se presenta con un sinfín de posibilidades para cuyo aprovechamiento no están preparadas, por ejemplo: promociones, responsabilidad, la posibilidad de viajar solas sin ningún hombre que las oriente, la oportunidad de tener amigos propios, etcétera. Es imposible negar que también se abrieron con gran rapidez oportunidades de toda clase, pero esta libertad trajo nuevas exigencias: que crecieran y se desarrollaran sin la necesidad de esconderse tras el amparo de una persona considerada como "más fuerte", que comenzaran a tomar decisiones basadas en su propia valía y no en la de sus padres, esposos o profesores, puesto que la libertad exige que sean auténticas

y sinceras con ellas mismas. Y es aquí donde de pronto surge la primera dificultad: cuando no pueden seguir pasando por "buenas hijas", "buenas estudiantes" o "buenas esposas", y aun cuando pueda parecer inverosímil cuando se inicia el proceso de separación de los personajes de autoridad sobre ellas para apoyarse en ellas mismas, descubren que los valores que consideraban propios no lo son, pertenecen a otras personas, a seres que las sojuzgaron en el dominante ambiente que les rodeó siempre por completo y llega el momento de la verdad, tal como lo menciona Collette Dowling:

En realidad no tengo ninguna convicción propia. En realidad no sé que opino o creo. (126)

Y este puede ser un momento aterrador. Cuando se tiene todo por seguro parece desmoronarse dejándolas inseguras y horrorizadas de todo. Esta aturdidora pérdida de estructuras de apoyo (ya pasadas de moda), de creencias en las que se han dejado de creer para siempre, puede ser el principio de una verdadera libertad; pero el hecho de que resulte aterrador puede hacer retroceder de nuevo hacia la seguridad, lo familiar, lo conocido, la dependencia al otro.

Como ya vimos, este problema tiene su origen en la infancia, en la niñez, cuando el individuo (refiriéndonos a la mujer, claro está) se sentía seguro, cuando se hallaba para todo bajo el cuidado ajeno, cuando se puede contar o se

(126) Dowling, C., *Mujeres perfectas*, México, Grijalbo, 1982.

contaba con papá o mamá siempre que se les necesitaba. Ante esto se hace evidente cierta relación entre la tendencia femenina a la domesticidad y los ensueños infantiles que parecen permanecer demasiado latentes en la conciencia, y esto tiene que ver con la dependencia, la necesidad de apoyarse en alguien, la necesidad (volviendo a la infancia) de que se les oriente, se les cuide y se les mantenga apartadas de todo daño. Estas necesidades aun subyacen en la edad adulta y claman por ser satisfechas junto a la necesidad de ser autosuficientes. Hasta cierto punto la necesidad de dependencia es completamente normal, tanto para los hombres como para las mujeres, pero a estas últimas se les ha inclinado hacia la dependencia hasta un grado realmente malsano. Toda mujer acostumbrada a observar su propio interior (porque no todas están acostumbradas a hacerlo) sabe que jamás fue educada en el sentido que le agradara la idea de cuidar de sí misma, de sostenerse por sí misma, de hacer valer sus propios derechos; a lo sumo puede haberse entregado al juego de la independencia envidiando interiormente a los chicos (y más tarde a los hombres), porque parecían autosuficientes de una manera tan natural.

No es la naturaleza lo que confiere a los hombres esta autosuficiencia, es el adiestramiento, la práctica. Los hombres reciben lecciones de independencia desde el momento mismo de su nacimiento, del mismo modo que sistemáticamente se enseña a las mujeres que tienen una salida, que algún

día, de algún modo, serán salvadas. Este es el cuento de hadas, el mensaje que se les inculca desde su más temprana edad. Se pueden aventurar a hacer salidas al exterior por ellas mismas, pueden ir solas a la escuela, a trabajar, a viajar, incluso a ganar buen dinero, pero detrás de esto sus sentimientos al respecto muestran cierta cualidad finita. Según este cuento infantil basta con que la mujer sepa esperar lo suficiente, alguien vendrá algún día a llenar sus ansias de vivir verdaderamente (el único salvador que conoce el hombre es él mismo).

Puede ser que la mayoría de las mujeres no reconozca el deseo de ser salvadas pero existe dentro de todas ellas en un estado latente y a punto de surgir cuando menos lo esperan, filtrándose en sus sueños y empapando sus ambiciones. Es posible que este femenino deseo de ser salvadas, de acuerdo con Dowling, (127) se remonte a los tiempos de la época de las cavernas, cuando la mayor fuerza física de los hombres era necesaria para la protección de las madres y los hijos de este mundo salvaje. No obstante hoy en día las mujeres se hayan atrapadas en el fuego cruzado de las viejas ideas sociales y las radicalmente nuevas, lo cual, en algunos casos, puede llevar consigo un desmoronamiento de la falsa autonomía, claro está que las transformaciones personales y sociales no ocurren de la noche a la mañana.

(127) Dowling, C., *Complejo de cenicienta*, op. cit.

El "papel" de las mujeres en algunos países, incluso el nuestro, estaba cambiando mucho antes que el movimiento de liberación de la mujer tuviera nombre. El hecho de que las mujeres fueran inseguras y de que el camino que tenían delante no fuese completamente claro pudo haberlas asustado, pero la educación que han recibido ha sido enfocada precisamente para la no independencia.

Ante tal hecho es común que hasta las mujeres que más dicen sentirse seguras se envuelvan en una especie de capa de hostilidad, lo que la psiquiatría llamaría "fachada contrafóbica", siendo esto una especie de concha que los individuos construyen para ocultar el miedo y la inseguridad. Aun cuando se aparenta una personalidad exterior "fuerte" e "independiente" (especialmente comparándola con la que suponía debían tener las mujeres comunes) la personalidad interior se ve sacudida por la duda, y a veces con tendencias autodestructivas; pero así es como influye la crianza, puesto que está en función de formar a la mujer dudando de su inteligencia, dudando de su atractivo (sexual).

Esto repercute en problemas que se manifiestan en sueños y fantasías que a veces toman la forma de fobias. Afecta el modo de pensar, hablar y actuar de las mujeres y no solamente de algunas mujeres, sino virtualmente de todas las mujeres. Las necesidades ocultas de dependencia causan problemas al ama de casa protegida que tiene que pedir

permiso a su esposo para comprarse un vestido, y a la mujer de carrera con unos ingresos fabulosos que no puede dormir por la noche cuando su hombre se halla fuera de la ciudad.

Alexandra Symonds, que ha estudiado la dependencia, dice que es un problema que, según su experiencia profesional, afecta a la mayoría de las mujeres. Afirma incluso que a las mujeres más mimadas por el éxito tienden a *subordinarse a otras personas, a hacerse dependientes de ellas, a dedicar casi todas sus energías a la busca del amor, de la ayuda y la protección contra todo aquello que se considera difícil, desafiante u hostil del mundo.* (128) (Si esto sucede en una sociedad industrializada como Estados Unidos obviamente que es más acentuado en nuestra sociedad).

Sólo hay un camino que conduce a la liberación femenina, y este camino parte de la liberación de las mujeres mismas desde su interior. Nosotros, al igual que Collete Dowling, (129) sostenemos la tesis de que la dependencia psicológica personal (el deseo profundo de que otras personas cuiden de ellas) es la principal fuerza que las mantiene hoy en día. Dowling le da el nombre de "complejo de Cenicienta", que consiste en un entramado de actitudes y temores largamente reprimidos que tienen sumidas a las mujeres en una especie de letargo, y que les impide el

(128) Symonds, A., "Neurotic dependency in succesfull woman", en *Journal of American Academy of Psychoanalysis*, April (86), pp. 95-103.

(129) Dowling, C., *Complejo de cenicienta*, op. cit.

pleno uso de sus facultades y de su creatividad. Las mujeres, como "cenicientas", esperan hoy algo que desde el exterior venga a transformar su vida.

Nosotros sostenemos esta tesis como universal en la mujer, independientemente del nivel económico que tengan, puesto que el estudio realizado por Dowling incluye casos de mujeres divorciadas, solteras, con amantes, con carrera, que nunca han salido de su casa, algunas que lo hicieron y regresaron, mujeres sofisticadas y mujeres del campo, viudas, con educación o sin ella; pero virtualmente todas ellas se desenvolvían por debajo de las posibilidades que les concedía el ambiente concreto que les rodeaba, viviendo en una especie de "limbo" de su propia creación y esperando.

Al hablar ahora del problema de la dependencia o del miedo a la independencia total, estamos en el entendido de que representa un desafío interior puesto que se trata de un problema psicológico, y algunas veces es más fácil enfrentarse con un desafío exterior, que con una crisis o una tragedia, producto de estar a la altura de las exigencias procedentes del interior de uno mismo, en orden de arriesgarse, de crecer y de madurar.

Psicológicamente las cosas son más complicadas que el simple hecho de sentir timidez e inferioridad. Generalmente la mujer oscila entre una portentosa evaluación de su capacidad y los más degradantes sentimientos de

incompetencia.

Por otro lado, gran parte del temor de las mujeres se halla en el origen del "complejo de Cenicienta". La experiencia tiene algo que ver con ello. Si la mujer no sale de casa y no actúa siempre tendrá miedo del mundo, sin embargo, como ya hemos dicho, muchas mujeres consiguen notables éxitos en su carrera y profesión y aun así siguen sintiéndose íntimamente inseguras, por lo cual resulta sorprendente el hecho de que tantas mujeres conserven interiormente en nuestros días un cúmulo de dudas sobre sí mismas, mientras se comportan exteriormente con una confianza avasalladora. Las investigaciones psicológicas han permitido establecer que en estos "núcleos" de dudas característicos de las mujeres de nuestros días "nos encontramos con que las cualidades de la pasividad, la dependencia y en la mayoría de los casos de falta de amor propio, son las variables que diferencian a las mujeres de los hombres", explica la psicóloga Judith Bardwick, refiriéndose a estudios efectuados en la Universidad de Michigan (*De la psicología de las mujeres; un estudio de los conflictos bioculturales*, 1981).

Pocas mujeres necesitan de estudios para convencerse de esto, la falta de confianza en sí mismas parece perseguirlas desde su infancia con una intensidad muchas veces incalculable.

Por fuertes que sean sus deseos de vivir como personas adultas, flexibles, vigorosas y libres, interfiere la imagen infantil proporcionando los efectos de una inseguridad avasalladora, dando como resultado un inquietante fenómeno social. Por lo general las mujeres sólo tienden a desenvolverse bien por debajo de sus facultades innatas, por razones tanto culturales como psicológicas -por culpa de un sistema que en realidad no espera mucho de ellas, junto con sus temores personales de superarse y enfrentarse con el mundo-, las mujeres se mantienen a ellas mismas a ese bajo nivel.

Para evitar el ser mal interpretados, en este último párrafo, que se refiere al hecho de querer comportarse como adultos y ser impedidas por un fantasma de la infancia, definiremos lo que es la dependencia, de acuerdo con la psicóloga Judith Bardwick, de la Universidad de Michigan:

Al principio es el modo normal de relacionarse las criaturas con las personas mayores. Más tarde tanto en los niños como en los adultos, parece una manera de enfrentarse con la tensión, con la frustración o una protección contra la futura frustración. Puede ser afectiva: aferrarse a la conducta afectuosa protectora de otra persona, especialmente de un adulto. El comportamiento dependiente sólo puede ser la conducta de autoprotección: una persona obtiene ayuda para resolver un problema que no puede solucionar por sí misma. También puede ser agresiva, como cuando alguien le arrebatara para sí la atención o el afecto de alguien, evitando que lo reciba otra persona. En cualquier caso, la dependencia significa precisamente falta de independencia. Es dependiente quien se apoya en alguien que pueda sostenerlo. (130)

(130) Bardwick, J., *The psychology of woman; a study of biocultural conflicts*, Harper & Row, 1981.

También es importante hacer énfasis sobre el por qué de esta dependencia, o que es lo que principalmente sostiene esta dependencia. Al respecto la doctora Symonds nos dice que es el miedo lo que refrena a las mujeres: "Las mujeres no quieren experimentar la angustia que conlleva su proceso de desarrollo".(131) Esto tiene que ver con la manera como fueron criadas; de niñas no se enseña a las mujeres a ser "asertivas", ni independientes. El hecho de que las cosas hayan cambiado de repente y ahora se "permita" que las mujeres sean independientes las ha sumido en una profunda confusión interior. Alrededor del "núcleo de dependencia" que se les implantó y cultivó a las mujeres durante su infancia, brota, según la doctora Symonds, "toda constelación de rasgos de carácter que se hallan recíprocamente relacionados y que se refuerzan unos a otros". Estos rasgos tardan en desarrollarse "como sucede con cualquier estructura caracteriológica ya formada. Tales rasgos, no pueden borrarse sin angustia"; por lo tanto, es el abandono de toda una estructura caracteriológica -o la perspectiva de tener que abandonarla- lo que hace que las mujeres se sientan tan trastornadas. La estructura de dependencia ha sido calificada apropiadamente de "femenina" por los psicoanalistas más autorizados.

El siguiente fragmento del texto clásico de Helen Deutsch La psicología de las mujeres, puede parecer chocante

(131) Symonds, *op. cit.*

y pasado de moda (fue publicado en 1944), pero no hay que equivocarse ya que refleja a la perfección las ideas de nuestra sociedad mientras sucede el crecimiento de las hijas dentro de la familia. El concepto de mujer que tiene Helene Deutsch como "la compañera ideal para toda la vida", pertenece a la misma esencia de nuestro ser. Deutsch aseguró al mundo que es muy posible que las mujeres nunca sean tan felices como cuando se subordinan a los hombres:

Parecen ser fácilmente influenciables y se adaptan a sus compañeros y les comprenden bien. Son los auxiliares más encantadores y menos agresivos que existen, y ellas mismas están interesadas en conservar ese papel; no insisten en sus propios derechos, sino todo lo contrario. (132)

Al tocar el tema de la capacidad de la mujer para ser original y productiva, Helene Deutsch parece ser la maestra de novicias de un convento:

[...]siempre se sienten recelosas de renunciar a sus propios logros sin que por ello crean sacrificar algo, y se alegran de los éxitos de sus compañeros[...]

Sienten una gran necesidad de apoyo cuando se comprometen en alguna actividad orientada hacia el exterior. (133)

Como observa Helene Deutsch tal parece que las mujeres nacen "ideales" y tiene que esforzarse para mantener esa imagen. Y hablamos en presente porque a pesar de la época en que fue escrito el texto, para la sociedad latina y en

(132) Deutsch, H., *La psicología de la mujer: una interpretación psicoanalítica*, New York, Grune & Straton, 1945.

(133) *Ibid.*

específico la mexicana, parece muy actual. Como muestra lo siguiente: tiene que poder renunciar a sus propios logros sin pensar para qué se sacrifican, exigen a la mujer un esfuerzo constante. La mujer, para poder ser dócil y encantadora, se pasa la vida entera reprimiendo sus impulsos hostiles y sus resentimientos. Incluso a menudo sacrifica la más sana autoafirmación para que no se tome por hostilidad. Por esto -las mujeres-, reprimen con frecuencia sus iniciativas y renuncian a sus aspiraciones, y desgraciadamente acaban por ser demasiado dependientes, con una profunda sensación de inseguridad sobre su capacidad y su valía.

Para tales sentimientos de dependencia también es importante reconocer ciertos signos de retroceso. Hay indicios de que muchas mujeres no luchan por afianzar su independencia, sino que muestran una peculiar reacción contra su flamante libertad; un movimiento de retroceso es una especie de condicionamiento social al que las mujeres aspiran a una clase de trabajo o al trabajo mismo.

Ruth Moulton descubre un síndrome en la mujer que sirve de escudo y excusa para poder desarrollarse, al que llama "síndrome de crianza compulsiva" en el sentido de que no se desea la maternidad por la satisfacción que pueda representar, sino porque proporciona una situación que sustituye a la acción en el mundo. En efecto, las mujeres "usan el embarazo como pretexto para no trabajar o para ser

mantenidas". El fenómeno del "embarazo-para-evitar-el-esfuerzo" no tiende precisamente a favorecer el desarrollo personal como individuo (con esto no queremos decir que no existan los embarazos bajo otra perspectiva, sino que de alguna manera influye culturalmente esta situación para que sea tan común este hecho). Cuando las mujeres conciben y tienen hijos con el fin de evitar la angustia que comporta el desarrollo personal, caen en un perpetuo y destructivo círculo vicioso; muestran resentimientos por la estrechez y autolimitación a que las somete el papel que escogieron como salida, y a veces se vuelven fóbicas e hipocondriacas, y lo más importante de todo deberían tener la oportunidad de elegir, deberían poder decidir por sí mismas la conveniencia de trabajar o no trabajar, de procurarse o no un empleo para todo el día, de quedarse o no en casa para "dedicarse" a su familia.

Nadie debería acosar a las mujeres diciéndoles que "deben" o "no pueden" hacer esto o aquello. Insinuar que las mujeres eluden sus deberes quedándose en casa no puede ser más arbitrario, nos dicen los feministas, tanto como insistir en que permanezcan en ella cuando lo que desean es ir a trabajar fuera del hogar. Quedarse en él con los niños, limpiarlo, alimentar al marido y cuidar de él para que pueda sobrellevar las angustias derivadas de ganar el pan para los suyos, son contribuciones sociales importantes que todas las mujeres pueden hacer.

Por todo lo mencionado en relación a la dependencia de la mujer a que sea otro el que le da sentido a su vida y por la importancia social que implica para ella el amor, es evidente que en su mayoría las relaciones que mantiene con el hombre, al aparecer la dependencia, generalmente la conducen no sólo a un plano de realización del otro (y de su lógica insatisfacción personal), sino además a un nivel de autodestrucción permisiva.

Así lo expone el doctor Lammoglia:

Aunque parezca producto de una novela de terror o de una cultura lejana, cientos de miles de mujeres -y de hombres también- en este México de finales de siglo XX son víctimas de relaciones destructivas y lo que es peor son adictas a ellas. La mayoría difícilmente reconoce que su relación es disfuncional y mucho menos acepta recibir ayuda para salvarse a sí misma. (134)

En una relación destructiva uno de los integrantes de la pareja se dedica a abusar emocional y/o físicamente del otro, este abuso se caracteriza por una agresión constante que va desde la desvalorización, negación, subestimación, insultos, infidelidades, burla o sorna, además del abuso físico que va desde empujones y apretones hasta tremendas golpizas con fracturas, forcejeos, cachetadas, puntapiés, etcétera.

Pagar el precio del amor y la dependencia a éste se puede traducir como la negación del ser víctima de una relación destructiva, prefiriéndose el esconderse de

(134) Lamoglia, E., *El triángulo del dolor, op. cit.*, p. 25.

amistades y conocidos, antes que reconocer lo que se vive. A pesar de sufrir el maltrato las mujeres están convencidas de que les es imposible abandonar a su agresor o, en la mayoría de los casos, ni siquiera desean abandonarlo.

Que existan mujeres maltratadas física y/o emocionalmente por su pareja es algo muy común, sobretodo en la sociedad mexicana que, entre broma y broma, condecora de "hombre" a quien de vez en cuando le recuerda a su vieja quién es quién a través de una golpiza. (135)

Muestra también de este círculo vicioso de la dependencia del amor, y que permanece como una cuestión natural y desapercibida la mayoría de las veces por la misma mujer, son los numerosos estudios que se han realizado en torno a tal dependencia y la desigualdad que existe dentro de las relaciones de pareja, y cuyo impacto no ha sido significativo (todavía) dentro de la conciencia femenina.

Como vimos a lo largo de este capítulo, es el énfasis social el que da las pautas para la construcción del concepto de amor en la mujer. Dicho concepto pone de manifiesto el peso de las características consideradas como buenas, entendidas como sumisión, abnegación, entrega, etcétera, aún cuando en el momento de vivirlo sea unilateral, es decir que esto sólo acontezca o se viva en ella y no necesariamente en su compañero. Este concepto desencadena la fantasía puesto que en la mujer, por lo general, el amor se vive, se actúa y se piensa de manera

(135) *Ibid.*, p. 26.

ideal. Es por ello que cuando hablamos de tipos de amor ponemos el énfasis en que aún cuando existen diversas maneras de entender el amor, ya sea de manera lúdica, erótica o ágape, ocurre que casi siempre y en todas ellas la mujer se mueve en busca de la perfección de los afectos o lo que socialmente está visto como meta de toda mujer: lo bueno y deseable en su comportamiento. Por tal motivo aquel amor que no sea de tipo maternal pasa a segundo término puesto que la máxima realización del amor femenino se encuentra situado hacia otro perfecto que son los hijos, en los cuales pone en práctica los mismos rubros de su concepto de amor; además de que es más fácil poner en práctica lo que se ha aprendido del amor ideal y de una manera más recíproca, como sería con su pareja erótica, esto sin mencionar que cuando llega a optar por un amor de tipo erótico será satanizada o condenada socialmente.

En lo que respecta al amor en general, hacemos hincapié en que es común que éste viva como principal objetivo en la vida de toda mujer, ya sea en su expresión máxima a través de la maternidad y/o el matrimonio, lo cual trae como consecuencia la dependencia a un otro cualquiera que le haga sentir que vive esa dimensión ideal y fantástica que sólo el amor trae consigo. Cabe señalar que aún las mujeres que no culminan tal expresión en la maternidad y el matrimonio no se encuentran excluidas de dicha dependencia al otro, aunque por supuesto existe cierto número de mujeres que no se

encuentran en tal situación. El miedo a la soledad o a asumir la responsabilidad de un proyecto de vida propio e independiente sería en este sentido la consecuencia lógica derivada de todo lo que hemos comentado a lo largo de este trabajo, ya que desarrollarlo con mayor amplitud sería objeto de posteriores trabajos.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos ido exponiendo diferentes ideas con respecto a la forma en que las mujeres van conformando, a manera de desarrollo, su mundo sentimental. Es este mundo el que circunscribe cánones de actitud, de gustos, de experiencias, de metas -como femeninas-, con lo cual adquiere significación única y por supuesto diferente a lo que comprende a un "mundo masculino". Sin embargo, al hablar de conformación sentimental de los individuos hacemos hincapié en que la necesidad de evaluar los patrones que moldean a los individuos en el marco de nuestra cultura, no son exclusivos de las mujeres sino del hombre también, tanto para evaluarlos como para ofrecer alternativas diferentes de desarrollo. En este sentido, y dado que el proceso descrito refiere la influencia que tienen en un sujeto diferentes instancias, es válido decir que sirve también como espejo (aunque con características específicas) de un proceso análogo que ocurre con el hombre; en otras palabras, que el análisis aun cuando toma como eje primordial la conformación sentimental en las mujeres, sirve como referente inmediato de que existe un similar en el caso de los hombres, y que trabajarlos a la par de éste permitirá brindar más luz acerca

del entendimiento que tenemos con respecto a cómo estamos configurados como individuos.

En lo que respecta a los efectos que tal conformación deriva en las mujeres y los alcances que tanto en lo individual como en lo social encontramos, además de un serio planteamiento con respecto a alternativas de solución, hemos de señalar los siguientes puntos:

PRIMERO: Que la conformación sentimental que se brinda a la mujer en nuestra cultura carece de un sentido de intención o conocimiento consciente acerca de sus implicaciones, puesto que únicamente se conceptualiza como una cuestión de actitud genérica que orienta a la mujer a ser más "sensible y amorosa", así como condescendiente, lo que se traduciría en colocar siempre a un "otro" cualquiera (esposo, hijo, padre, madre) por encima de ella. Esta forma -inconsciente- de concepcionar la conformación sentimental, no concibe premisas fundamentales que brinden un espacio de realización más humano, puesto que al no contener sistemas de valores que permitan la autorrealización, en el sentido de permitir lograr una armonía de la mujer consigo misma y el entorno, hacen que lo "femenino" tipificado como tal, coarte, limite y corrompa la idea que ella pueda tener de sí como mujer.

Dentro de esta estructuración sentimental se contempla de manera premeditada la actitud de pasividad del general de

las mujeres frente al rol que les es asignado. Este papel de permanecer "reducidas al curso de los acontecimientos" no se presenta sólo en las mujeres, aunque es bien cierto que en ellas limita sus horizontes a espacios de configuración de lo femenino bastante estériles -por no decir típicos-, que no pueden (o no han podido ya), ofrecer tentativas de evolución y desarrollo. Estos espacios son los mismos que hasta hace mucho tiempo marcan la pauta de acontecimientos "importantes" y "trascendentes" de la mujer tales como el noviazgo, el matrimonio, la maternidad, la familia. Espacios de preparación donde la tónica recae en situar -como decíamos-, a un otro como soporte del curso de expectativas en puerta.

En este sentido haría falta replantear psicológicamente al "otro", lo que en la psique femenina se configura como tal y la finalidad que persigue y que hasta ahora, al menos en este trabajo, aparece limitado como una forma "corpórea" de eludir la responsabilidad de elaborar y asumir un proyecto de vida ("corpórea": como cuerpo o materializándose en alguien físico como otra persona, los hijos, etcétera).

SEGUNDO: La conformación implica la estructuración de roles hombre-mujer brindando elementos que echan a andar la maquinaria de las relaciones interpersonales que, incluso más allá de un ámbito doméstico, se representan en un nivel macro (lo social), en oportunidades de trabajo, remuneración del mismo y, todavía más importante, el tipo de profesión

que de acuerdo al género es más susceptible de ser llevada a cabo por un hombre o una mujer, por ejemplo las ingenierías para hombres, la psicología para mujeres; que a pesar de que existan mujeres ingenieras u hombres psicólogos la afluencia de un determinado género en cada carrera u oficio, es muestra palpable de una preferencia creada, más allá de capacidades o aptitudes, en el simple interés despertado culturalmente.

Este moldeamiento de lo que "debe" ser una mujer, representa, además, una de las más importantes fuentes de confusión y desequilibrio en la actual conformación sentimental que se da a las mujeres debido principalmente al hecho de que al enfrentarse a ideas de modernidad y desarrollo, la educación tradicional no posee verdaderas respuestas o soluciones al quehacer cotidiano que van adquiriendo estas nuevas "mujeres modernas". Así, aun cuando cada vez más mujeres creen vivir bajo valores de modernidad tales como independencia, libertad, etcétera, algunas de ellas siguen estando atadas por prejuicios, mitos y tabús que no sólo reflejan su contradicción en una desorientación con respecto a donde ir o que hacer, sino también -y por supuesto- en un plano de hechos inmediatos y cotidianos, tales como el propio conocimiento de su cuerpo, su sexualidad, la soledad, el noviazgo, el matrimonio, el embarazo, la familia, por mencionar sólo algunos. Un ejemplo de esto lo encontramos en casos donde mujeres modernas o

"liberadas" que trabajan, se mantienen solas y son independientes pero que, bajo el pretexto del "amor", sostienen relaciones con hombres donde el miedo a la soledad, el deseo de ser reconocidas, valoradas, protegidas, son la causa fundante del vínculo. La manera en que la mujer enfrenta estas situaciones, instrumentando respuestas que le permitan continuar su desarrollo, sin reincidir en fórmulas gastadas (que como hemos visto a lo largo de la historia no funcionan), son reflejo, en última instancia, del grado de autenticidad que posee su discurso de "modernidad" y/o desarrollo.

Aquí la discusión ha de llevar a profundizar en dos cuestiones pendientes: aquella de la condición actual de la mujer, en tanto seguridad psicológica, donde lo estable, lo conocido, representa "comodidad" y lo alternativo más que una opción puede equivaler a una ruptura psicológica de identidad o imagen femenina; y por otro lado el de la imagen misma de lo femenino, pues aunque es cierto que hombre y mujer no son iguales -no pretendemos que lo sean-, no puede erigirse un concepto de mujer -y su potencia- basado únicamente en la diferencia que, como hemos visto, alude por lo general sólo a limitantes y "polos negativos".

TERCERO: Que la sobreestimación que se le ha dado a los sentimientos de la mujer ubican las nociones de "amor" como sinónimo de femineidad, pero además "amor" en su forma más idealista o utópica como bondad y dulzura que ubican a este

actor (la mujer) como el que "siente por los otros", y esto es porque sus afectos generalmente le llevan a ser, o intentar ser, lo que los demás quieren que sea esperando no ser defraudados, lo cual reporta más un beneficio para los otros que para ella misma (a menos que se considere la usual conformidad que se encuentra al "hacer felices" a los otros, ganar complacencia, atención o, incluso, también amor como respuesta). Es por ello que al hablar de mujer y sentimientos aparezca la noción de amor, sin tampoco dejar de mencionar que en ocasiones permanece como una constante -aun en la mujer más liberada- el enaltecimiento del "amor" como el eje central, alrededor del cual se articule toda su vida. Lo contrario implicaría una disociación del mundo de la mujer: algo que no anda bien y que además es criticado por la mujer misma con respecto a otras.

Quizá una de las limitantes en este trabajo haya sido precisamente el no profundizar en la estructuración de los afectos a nivel psicológico por parte de la mujer, por lo cual sería no solo conveniente sino necesario, detenerse en esto dedicándole un espacio de mayor peso en futuras investigaciones. El papel de las representaciones psicológicas individuales y colectivas-culturales tienen mucho qué decir a este respecto. El amor tal como lo entendemos es más una concepción que una construcción lógica, es expresión a profundas aspiraciones psíquicas y sexuales de coherencia no racional sino vital estrechamente

ligado a los sentimientos, pues al conformar imágenes que son visión del mundo se constituyen también como una ética y una estética.

CUARTO Y ULTIMO: Aunque el tema en sí mismo abre la puerta a la discusión de muchos tópicos pendientes tratados aquí, o quizá no, queremos enfatizar un último punto y es sobre la manera en que la conformación sentimental de la mujer parece seguir pautas de repetición continua, y cómo esto afecta también en lo social.

Si bien no podemos señalar una única causa como génesis de la forma en que la mujer estructura su mundo sentimental, y mucho menos tener claro la manera en que en ella se vive todo esto, mencionamos por tanto un hecho que, desde nuestra perspectiva, llama la atención por cuanto que dirige o "guía" el proceso consciente o inconscientemente. Esto es la relación madre-hija o diada primaria, hecho que no es actual ni moderno sino más bien natural y de todos los tiempos. Aunque cabe decir que los contenidos de este vínculo natural no es en sí tan "natural" como social.

Mencionamos este hecho por razón de que, como se vio en el análisis a lo largo del trabajo, la madre cumple la función primera de servir como modelo de femineidad, o más aun, de lo que implica ser mujer. Esto tiene grandes repercusiones en todos los sentidos. Aunque en este punto no queremos atribuir a la madre la total responsabilidad de la

educación de sus hijas ni mucho menos esperar que sea "culpable" de una ineficiente conformación sentimental en las mismas, no podemos dejar de lado que su actuar sin conciencia lleva muchas veces a hacer de sus hijas una extensión de sus propias vidas, a intentar por intersicio de ellas el realizar sus propios sueños (también fantásticos e irreales), a conceptualizar el mundo como bueno y malo de acuerdo a sus reglas. No considera que la forma en que se estructuran los sentimientos en la niña no es condición inherente a lo humano sino un producto social de lo que ella como madre le está brindando. Todo esto inequívocamente lleva a la propagación, por generaciones, de la frustración, el sometimiento y el dolor. Pareciera entonces que la voz de la mujer es la de todas las mujeres de todos los tiempos; en cada una palpita una madre que en cierta medida es ella misma y que no ha alcanzado a comprenderse todavía. El papel de madre en el centro de la visión que nuestra cultura ofrece, viene a ser como un esquema de perpetuación de roles, pues al no motivar el avance mediante la educación y la autoconsciencia (dado que ni siquiera había reparado en los sentimientos como materia a tratar), impide la apertura en las formas de concebir el mundo. Entiéndase: educar sentimentalmente no es la calendarización de los afectos a que estamos acostumbrados (como 14 de febrero, 10 de mayo, 30 de abril y cumpleaños feliz), sino crear bases que contengan la más íntima expresión de lo que alguien siente al margen de un sistema capitalista, donde el "regalo" es la

cristalización física y material de lo vivido.

La relación madre-hija es de las más ricas en implicaciones psicológicas de las cuales falta mucho por decir y más aun en dilucidar: implicaciones, efectos, representaciones, símbolos, etcétera. Sin embargo, más allá de las limitaciones, podemos decir de manera breve que con los aportes de este trabajo y el planteamiento de eventos que crean o "moldean" a la mujer dentro de este mundo, se abren opciones para entender la condición actual de la mujer, que fue en todo caso el fin último de este trabajo. Entender esto debe repercutir de manera importante diferentes acciones que emprende actualmente la psicología en relación a la mujer como la terapia -individual o colectiva-, las relaciones familiares, la violencia contra las mujeres, la formulación teórica y/o práctica, etcétera, en donde es común que todo esto se presente como una totalidad psicológica por descubrir.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERONI, F., *Enamoramiento y amor*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- _____, *El vuelo nupcial*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- ALONSO, M. *Enciclopedia del idioma*, México, Aguilar, 1990.
- ALTAVILLA, E., *Proceso a la familia*, Barcelona, Plaza & Janés, 1972.
- BARDWICK, F., *The psychology of woman. A study of biocultural conflicts*, Harper & Row, 1981.
- BASAGLIA, F., *Mujer, locura y sociedad*, México, Universidad Autónoma de México, 1983.
- BATAILE, G., *El erotismo*, Editorial Mateu-España, 1971.
- BEALS, R. y Hoijer, H., *Introducción a la antropología*, Madrid, Aguilar, 1980.
- BEAUVOIR, S., *El segundo sexo*, México, Siglo XXI, 1980.
- BOAS, F., *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1964.
- BOSBORMEN y Framo, J., *Terapia familiar intensiva*, México, Trillas, 1982.
- BROWN, G., *El nuevo celibato*, Barcelona, Grijalbo, 1982.
- CAREAGA, G., *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México, Océano, 1986.
- CARLSON, K., *In her image*, Boston, Shambhala, 1990.
- COWAN, C. y Kinder N., *Las mujeres que los hombres aman, las mujeres que los hombres abandonan*, México, Vergara, 1988.
- DE LEEBEECK, *Ser mujer*, Atenas-Madrid, 1982.
- DEUTSCH, H., *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1972.
- _____, *La psicología de la mujer: una interpretación psicoanalítica*, New York, Grune & Stanton, 1945.

- DOWLING, C., *Complejo de Cenicienta*, México, Grijalbo, 1988.
- _____, *Mujeres perfectas*, México, Grijalbo, 1990.
- ENGELS, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, México, Quinto Sol, 1987.
- FAST, J. y Bernstein, M., *Química sexual*, Barcelona, Plaza & Janés, 1983.
- FIJES, E., *Actitudes patriarcales. Las mujeres en la sociedad*, Madrid, Alianza, 1980.
- FINELTAIN, L., *Los traumas amorosos*, Barcelona, Herder, 1980.
- FIRKEL, E., *Identidad de la mujer*, Barcelona, Herder, 1980.
- FORWARD, S., *No se obsesione con el amor*, México, Grijalbo, 1994.
- _____, *Padres que odian*, México, Grijalbo, 1992.
- FREUD, S., *Teoría de la libido*, Madrid, Biblioteca Nueva, O. C. t. XVIII, 1980.
- _____, *Teoría general de la neurosis: la vida sexual humana*, Madrid, Biblioteca Nueva, O.C. t. III, 1980.
- _____, *Tres ensayos para una teoría sexual*, Madrid, Biblioteca Nueva, O.C. t. XII, 1980.
- FRIDAY, N., *Mi madre/yo misma*, Barcelona, Argos-Vergara, 1981.
- _____, *Sexo: varón. Fantasías sexuales masculinas: el triunfo del amor sobre la violencia*, Barcelona, Argos-Vergara, 1981.
- FROMM, E., *El arte de amar*, Barcelona, Paidós, 1989.
- _____, *Horkheimer, Parsons, La familia*, Barcelona, Península, 1970.
- FULLAT, O., *La sexualidad: carne y amor*, Barcelona, Nova Terra, 1976.
- GREER, G., *Sexo y destino*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985.
- GURMÉNDEZ, C., *Estudios sobre el amor*, Barcelona, Anthropos, 1994.

- _____, *Teoría de los sentimientos*, México, F.C.E., 1981.
- _____, *Tratado de las pasiones*, México, Grijalbo, 1986.
- HAMON, M.C., *¿Por qué las mujeres aman a los hombres?*, México, Paidós, 1992.
- HARRIS, M., *Antropología cultural*, Madrid, Alianza, 1983.
- _____, *Introducción a la antropología general*, Madrid, Alianza, 1981.
- _____, *Nuestra especie*, Madrid, Alianza, 1982.
- HELLER, A., *Teoría de las necesidades en Marx*, Barcelona, Península, 1978.
- _____, *Teoría de los sentimientos*, Barcelona, Fontamara, 1989.
- HORER, S., *La sexualidad de las mujeres*, Barcelona, Herder, 1985.
- HORNEY, K., *Psicología femenina*, México, Alianza, 1989.
- JUNG, C.G., *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt Bucc, 1990.
- KILEY, D., *El síndrome de Peter Pan*, España, Vergara, 1985.
- KOLLONTAI, A., *La mujer nueva y la moral sexual*, México, Fontamara, 1987.
- KUSNETZOFF, J., *El hombre sexualmente feliz*, México, Vergara, 1987.
- _____, *La mujer sexualmente feliz*, México, Vergara, 1989.
- LAGARDE, M., *Los cautiverios de las mujeres; madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 1993.
- LAMMOGLIA, E., *El triángulo del dolor*, México, Grijalbo, 1995.
- LEONARD, L., *On the way of the wedding*, Boston, Shambhala, 1987.
- LEVI-STRAUSS, C., *Las estructuras elementales del parentesco*, México, Paidós-Artemisa, 1985.
- MALINOWSKI, B., *La vida sexual de los salvajes*, Madrid, Morata, 1975.

- MARBEU-CLEIRENS, B., *Psicología de las madres*, Barcelona, Estela, 1969.
- MARCUSE, H., "Marxismo y feminismo", *Controversia* 20, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1976.
- MARX, C., "Manifiesto del Partido Comunista", *Obras escogidas: 34-63*, Moscú, Progreso, 1969.
- MASCETTI, M., *Diosas: la canción de Eva*, Barcelona, Robinbook, 1992.
- MASTERS, W. & Johnson, V., *La sexualidad humana*, México, Grijalbo, 1986.
- MASTRETA, A., *Arráncame la vida*, México, Cal y Arena, 1993.
- MEAD, M., *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laia, 1979.
- _____, *El hombre y la mujer*, Buenos Aires, Fabril, 1970.
- MENDOZA, T., "Malinalli Tenepal. Historial psicobiográfico", *Psicología Iberoamericana* 2 (3), 1994.
- NIETZSCHE, F., *El crepúsculo de los ídolos*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1993.
- NORWOOD, R., *Mujeres que aman demasiado*, México, Vergara, 1987.
- ORANICH, M., *¿Qué es el feminismo?*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976.
- PAZ, O., *La llama doble*, México, Seix Barral, 1993.
- PLATON, *Diálogos*, México, Porrúa, 1989.
- RAMIREZ, S., *El mexicano: psicología de sus motivaciones*, México, Grijalbo, 1977.
- RAMOS, S., *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa Calpe, 1995.
- ROCHFORT, C., *La liberación de la mujer*, Buenos Aires, Granica, 1972.
- SANCHEZ, J., *Familia y sociedad*, México, Joaquín Mortiz, 1976.
- SAU, V., *Un diccionario ideológico feminista*, Barcelona, Icaria, 1981.

- SIMON, S., *El carácter de las mujeres*, Barcelona, Herder, 1969.
- SINGER, I., *La naturaleza del amor*, España, Siglo XXI, t. III, 1992.
- SYMONDS, A., "Neurotic dependency in succesfull woman", *Journal of American Academy of Psychoanalysis*, April (86).
- VEGA, M., *La educación de las mujeres*, México, Hispana-Jus, 1989.